

8-7-1731

BIBLIOTECA PATRIA

MELITÓN SAURO

POR

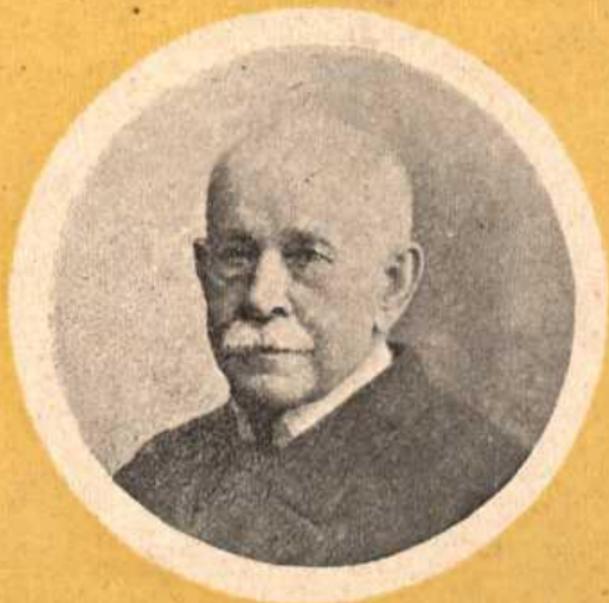
ISIDRO BENITO LAPEÑA

CON UN PRÓLOGO

DEL

M. I. SR. D. FROILÁN PERRINO

rectoral de la Santa Iglesia Catedral de Avila y catedrático de teología del Seminario Conciliar.



EVENDA

FANTÁSTICA

Preco: UNA PESETA

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS

* * PERSONALES. * *

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas. (1)

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.^a Angela D. de Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sra. D.^a Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

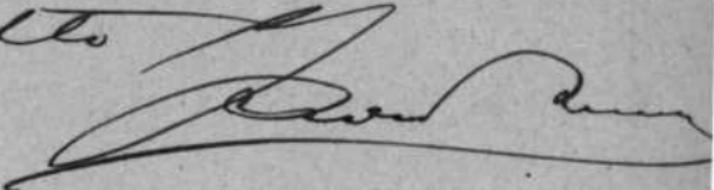
Excma. Sra. Marquesa de Villafuerte, Garachico (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Continúa en la 3.^a página de la cubierta.

(1) Los nombres de los Sres. Fundadores se insertan por el orden de fechas de las fundaciones.

A mi querido
amigo el Sr. Sr.
Marques de Benedito
y Pinos Altes. en
testimonio de singular
afecto



MELITÓN SAURO

ES PROPIEDAD

Biblioteca "PATRIA,, de obras premiadas.—Tomo CLII.

Melitón Sauro

LEYENDA FANTÁSTICA

DE

ISIDRO BENITO LAPEÑA

CON UN PRÓLOGO

DEL

M. I. SR. D. FROILÁN PERRINO

*Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Avila y catedrático de teología
del Seminario Conciliar.*

OBRA LAUREADA CON EL PREMIO

Angela D. de Rovera

OFICINAS:

FUENCARRAL, 138, 1.º, DERECHA

MADRID

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

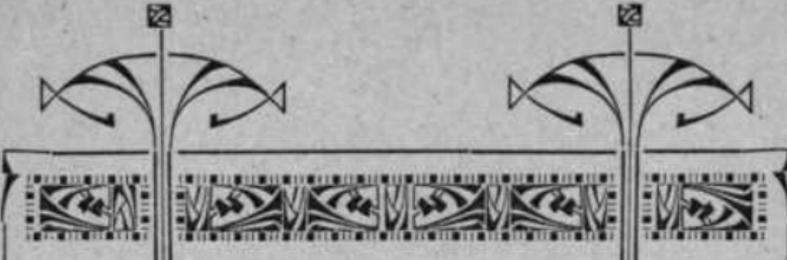
La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»)

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.



Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio
ANGELA D. DE ROVERA

Instituído en memoria y honra de sus finados, para el fomento de las **Buenas Lecturas**, por esta nobilísima bienhechora de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

... y lo recordarán, elogián y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y allmente.

† **ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.**
ARZOBISPO DE TARRAGONA.
(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).





PRÓLOGO

Leyenda fantástica llama su autor á este libro, y nada he visto escrito que tenga tan pasmosa realidad.

Real es el personaje principal de su obra, así como el escenario, en que se va desarrollando su vida.

¡Cuántos Melitones Sauros hay en nuestra patria, para desgracia nuestra, que, imitando al protagonista de esta historia en la primera parte de su vida, no le imitan en la segunda, para desgracia suya!

¡Pobre patria mía, figurada en Sabario, en la que se vienen demoliendo sus cimientos, las bases del edificio social, y á la que poco á poco se va llevando á los confines mismos de la anarquía!

Reales son todos los demás personajes, que intervienen en la obra, la *Verdad*, la *Razón*, la *Fe*.

¡La *Verdad*! ¿Qué cosa más real que la Realidad misma? *Verum est id quod est*. La ver-

dad es *lo que es*. ¿Hay cosa más real que Dios, el único que verdaderamente es, según la definición que Él nos ha dado de sí propio?

Pues esa misma es la definición de la *Verdad*.

La *Verdad*, por consiguiente, es Dios mismo, su Infinita Realidad, su divina Esencia conocida por el Padre desde toda la Eternidad, como el autor dice muy bien, y concibiendo aquel, al conocerla, una *Idea* de sí mismo infinita, personalísima, subsistente: un Verbo que es igual al Padre, el espejo en que éste se mira, el reflejo, *el esplendor del Padre y la figura de su sustancia*; Verbo que vino al mundo á revelarnos el misterio de la vida de Dios.

Sí: Jesucristo es la *Verdad*, que ha bajado del cielo para manifestarse en la tierra, la *Verdad*, que viene de Dios, y que es Dios mismo revelado por su Verbo.

Hijas suyas son la *Razón* y la *Fe*, otros dos personajes de este libro llenos de realidad.

Porque Jesucristo es el Verbo Creador y el Verbo Encarnado. Como Verbo Creador, fueron hechas por Él todas las cosas. *Per quem omnia facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est*. Por Él fue la luz en el mundo de los espíritus y en el mundo de los cuerpos. El fue quien creó la *razón* imprimiendo su imagen, un reflejo de su semblante, en el fondo del alma humana: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*.

Y como Verbo Encarnado, al revelarnos como un amigo á otro, los secretos de su propia vida, creó con esta palabra confidencial la *Fe*,

y con la fe la ciencia divina y la luz sobrenatural.

Razón y Fe, son, pues, dos realidades hijas de la *Verdad*, dos luces, que emanando del Verbo Encarnado, producen en el alma, que recibe la una y la otra, la *Sabiduría cristiana*, esa ciencia de que está repleto este libro, el más hermoso, el más práctico, el más diáfano, y quizás el más provechoso de todos cuantos ha escrito su autor.

Porque aunque éste no lo crea, lleno está Melitón Sauro de verdades, es decir, de *realidades*, del orden natural y del orden sobrenatural, del orden filosófico-moral y del orden teológico, verdades que han de producir seguramente mucho fruto en las almas de los lectores, que las han de paladear al verlas expuestas bellísimamente y con encantadora sencillez.

No es, pues, este libro una *leyenda fantástica*, aunque en él halleis hadas, escrita únicamente para deleitar un rato la imaginación de quien le leyere. Es un libro en que hablan la *razón* y la *revelación*, iluminando los entendimientos con los destellos de la *Verdad*, sin dejar de cautivar la fantasía con las bellezas del estilo, con los atractivos de la forma.

La *Experiencia*, que también toma parte en este libro, es un personaje también *real* y vivo. Es un viejo simpático, muy conocedor de la política de nuestra patria que abandonó asqueado, y que, al despedirse de este mundo, cuyo estado moral le arranca lágrimas, derrama sobre él libros á granel, todos laureados, llenos de belleza y pletóricos de cien-

cia no aprendida en las aulas, sino en los áridos y difíciles senderos de la vida, y sobre todo á los piés de la *Verdad*, despreciada y ultrajada, á los piés de Jesucristo, para quien el autor busca todo el honor y toda la gloria.

Froilán Perrino.

INTRODUCCIÓN

Muy lejos... más allá de ultramar existe una vasta nación católica, apostólica, romana, que, durante más de doce siglos, fue floreciente colonia de la noble España.

Prisabatino se llamaba la populosa capital de aquel pueblo cristiano y fiel monárquico.

Cierto día—de esto hace más de cien años—amaneció atacada (sin duda por fatal contagio) del impío tifus republicano; mas esta forma de gobierno duró poco, por fortuna para el país, en el cual, sin embargo, dejó perniciosísima semilla.

La baja é ignara muchedumbre que la trajo, la empujó enseguida hacia el abismo de las bastardas ambiciones, de las ruines dudas, de las crimonosas impiedades y de los asqueantes vicios, por lo cual no tardó mucho tiempo en ser ella misma su verdugo.

La única novedad que ella consiguió, y que la plebe consideró un *gran adelanto*, fue reemplazar el tradicional nombre de *Prisabatino*,

que la parecía largo, por el corto, modernista y frígido de *Sabario*, que es el que ostenta todavía.

*
* *

El primero y único presidente de aquella efímera república—don Jesús María Bueno—quien, por cierto, era un hombre de recta intención, de probada honradez y de vastísima cultura, al hacerse cargo de la presidencia de la república, pronunció en el Parlamento unas elocuentes y dignísimas palabras, que vamos á transcribir al pie de la letra, pues fueron cabalmente las mismas, que sesenta años después, reprodujo el tribuno español don Emilio Castelar en el suyo, y en caso semejante. Hélas aquí:

(1) *Yo que respeto todas las creencias, que respeto todas las filosofías, tengo derecho á expresar, en este momento, una creencia individual mía: yo creo en Dios, porque he encontrado á Dios siempre en el fondo de la Historia: porque he encontrado á Dios siempre en el fondo de la ciencia; porque he encontrado á Dios en el fondo de la naturaleza, y no extrañaréis, no tomaréis á mal que yo levante mis brazos al cielo y le pida á Dios sus bendiciones para que afiance la República; que afiance la democracia, y lo que queremos más que á nosotros mismos, este suelo, donde están las cenizas de nuestros mayores; este suelo donde se mecen las cunas de las generacio-*

(1) Sesión del Congreso de los Diputados en 16 de Agosto de 1873.

nes por venir; que afiance y salve la unidad, la integridad y la totalidad de la Patria.

*
**

Honorabilísimas y patrióticas palabras, en las cuales resplandece—como fulgura el diamante cuando la luz le hiere—la noble sinceridad de las convicciones y la severa fidelidad á los compromisos contraídos, que son los dos hermosos rasgos que caracterizan más cumplidamente la dignidad humana, y que deben ser, por tanto, el permanente lábaro de los políticos honrados.

*
**

Pues bien; al año de fallecido don Jesús María Bueno en aquel mismo palacio—que más que de austeros legisladores debió haber sido llamado entonces palacio de aléctridas—cuatro ó seis diputados, de discutible intelecto; de escaso valor social, y que, más que fabricando leyes, debían estar cumpliendo condena en galeras, pronunciaron palabras muy distintas, las cuales la pluma se resiste á transcribir, porque jamás debieron pasar, sin severo correctivo, allí en donde moren el decoro, la legalidad y la justicia.

Con la avilantez de apellidarse discípulos del honrado patricio don Jesús María, y á pretexto de ser *progresivos* continuadores de su política, aquellos malos patriotas propusieron, en el recinto de las Leyes, echar á Dios de las escuelas; suprimir su efigie en las oficinas pú-

blicas; y de los cuarteles y de la bandera nacional borrarlo.

¡Famélicos parásitos de su madre Patria y comunmente sin casa y sin prosapia definidas, que como nada tienen que perder en el incendio y cuanto apetecen suelen hallarlo en los escombros, queman sus tradicionales monumentos; y los museos que enorgullecen su gloriosa historia; y las seculares casas de los próceres; y todo lo que tiene algún valor para apropiarse impunemente los despojos.

En empresarios se constituyen de la inquietud y del desorden público y, como si emisarios fueran del Averno, vomitan blasfemias y doctrinas disolventes sobre las igneas masas, sabedores de que éstas acrecientan, tanto más sus recelos y rencores, cuanto más bajo es su origen y mayor es su ignorancia.

De ese charco social, de ese vil detritus que, como la ruín espuma, ha menester agitaciones para sobrenadar, salir á la superficie y elevarse, va á surgir don Melitón Sauro—á quien le cuadra el apellido como anillo al dedo—y que á ser viene el protagonista de esta fantástica leyenda.

MELITÓN SAURO

I

EL GRAN MURCIÉLAGO

¡Oh Redentor mío!... ¿Qué es esto ahora de los cristianos? .. ¿No están hartos, aún, con los tormentos que os dieron los judíos?...

(*Santa Teresa.*
Conceptos del amor, 1)

MELITÓN SAURO, ó séase: Su excelencia el Marqués de las Trompeterías, como él se hacía poner en la cédula personal y en las tarjetas de visita—que siempre las gentes más plebeyas y prosaicas gustan de nombres resonantes—es un hombre vulgarote y extremadamente fastuoso.

Alto, gordo, mofetudo, de ámplio estómago y prominente abdomen, pesa—sin género de duda—más de ciento trece kilos, y resopla, cuando anda, como una locomotora en marcha.

Frisa actualmente entre los cuarenta y cincuenta años de edad; pero se las echa de muchacho y presume de Narciso.

Pasa por soltero: no se le conoce en la Corte familia alguna, y sólo de él se sabe que espontáneamente, como los hongos, apareció una noche de otoño, vestido de gabán y de levita y con una caperuza encarnada en la cabeza, despotricando ampulosamente en cierta *muy honorable y benéfica institución* llamada Casa del Pueblo.

No tardó mucho tiempo en ser perpétuo diputado á Cortes... y en codearse familiarmente con los jefes de los partidos políticos, y con los próceres de la que se intitula á sí misma la *buena sociedad*.

Pero, no obstante el trato con la buena sociedad, este improvisado personaje conservaba siempre su nativa ordinariedad, y le sentaban el frac y la corbata blanca como á un gañán de la sierra el primer vestuario de quinto.

Rarísima vez se le veía en los teatros decentes, donde se representaban obras nacionales ó se escuchaba clásica música.

Pero se vanagloriaba de concurrir á los cafés cantantes y extranjeros túpis servidos por lunáticas tiradoras.

Le llamaban de mote «el gran murciélagos», porque vivía, más que con la luz del sol, en las lobregueces de las noches, las cuales pasaba en vela en tugurios en los que todo se halla al alcance de los muchos chelines y la poca vergüenza.

Entre cucotas y cupletistas francesas, toreros matones, niños góticos, y aristócratas trasnochadores, vagos y perdidos, quienes se parecen á los asnos de Canaán, que, holgando, se comían los pastos debidos á los bueyes

de Jacob, mientras estos bueyes trabajadores araban las tierras. ¡Así es la justicia del mundo! y ¡viva la fraternidad!...

Pasaba por rumboso y millonario; galleaba lo mismo en la *Casa del Pueblo* que en los casinos elegantes; llegó á ministro y hasta fue, durante algún tiempo, aunque poco, valido de palacio.

Sus contertulios nocturnos le apodaban con sorna *Antonio Pérez*, recordando al revoltoso privado del rey español Felipe II, y las mimalonas contertulianas *Punto-Karé*, porque era chato y *Rufonsón* (1), por lo discurseador y rufianesco.

*
* *

Un día, cierto periódico de la mañana publicó el siguiente cablegrama:

Londres 18.

El gigantesco vapor chino Theft (2) de 58.000 toneladas de registro bruto, que con soldados cochinchinos, mandingos, acantos y senegales, al mando de oficiales europeos, venía á conquistar, civilizar y republicanizar á la vieja Europa, ha naufragado á unas ocho millas del puerto de Monrovia, á causa de la explosión de sus calderas.

(1) En Sabarío suelen llamar rufos ó rufianes á los sacamuelas—ordinariamente yanquis—que ejercen su oficio y expenden sus específicos, al aire libre, en los mercados y en las ferias.

(2) Latrocinio en idioma inglés.

Más de mil soldados y veinte pasajeros han desaparecido sin haber podido salvarse.

Entre los pasajeros desaparecidos se cuenta al muy acaudalado sabariano Marqués de las Trompeterías, quien después de un viaje de veinte meses por América, el Japón y las costas de África, regresaba á su patria.

II

LA ISLA DE THE NACKED TRUTH (1)

Aunque es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan los cristianos, se pueden enmendar y salvarse, temo que se condenan muchos.

(Santa Teresa - Morada V, 2.)

COMO se curvan dócilmente las doradas mieses, cuando el viento del estío las conmueve, así se inclinó silencioso el náufrago, al llegar donde estaban las tres damas.

Fascinado por la hermosura y majestad de ellas, suspenso quedó, sin acertar á proferir palabra alguna.

—¿Qué venturoso azar de la fortuna te ha traído hasta aquí? ¿Quién eres y de dónde vienes?—le preguntó con sosegado acento, como para animarle á hablar, la dama que representaba más edad.

Igual que si estuviera distraído... Como si, más que atendiendo á estas preguntas, sumido se encontrara aun en el espantable sueño

(1) Locución inglesa que, traducida al castellano, equivale á decir: *La verdad pura y desnuda.*

del naufragio... Dudando si creer ó no en un despertar tan delicioso...

Como si los ojos de su espíritu estuvieran viendo, todavía, los horrores y pavorosas contradicciones de aquel horrendo trance...

Y, en fin, lo mismo que si aún se hallara en presencia de la inexplicable eternidad de hacía poco, el desdichado náufrago, hondamente conmovido, abrió de par en par los ventanales de su pecho y, ahondando hasta el más oculto rincón de la conciencia, se expresó de esta manera.

*
* *

—Soy sabariano... Me llamo Melitón Sauró... Mi profesión es la política, y poseo los títulos de marqués y de abogado.

El de marqués sin que ningún *cirujano* haya intentado analizar el color y la limpieza de mis acciones y mi sangre...

El de abogado sin haber pisado en mi vida ningún centro docente ni saludado, ni aún por el forro, el más pequeño libro de Derecho.

Mis padres fueron unos gitanos galos, expulsados de Francia por no sé qué fechorías, merced á las cuales debo la suerte de haber nacido en la muy noble villa y corte de Sabario.

Ví por primera vez la luz del día en una mísera covacha situada en el barrio extremo de aquella populosa ciudad; creo que estoy bautizado; he viajado mucho y ahora vengo de la república de Porcino.

A la edad de doce años—dijéronme que por

indómito y travieso—mis padres me arrojaron de nuestra ruín vivienda sin más ropa que la puesta, y sin una tarja (1) en el bolsillo.

Ya de niños suele apuntarnos natura los trazos, por los cuales serán enderezados nuestros pasos y procederes cuando seamos hombres, siempre mediante la constelación bajo la cual fuimos formados.

Unos enderezan sus ejercicios y sus fines hacia lo áspero, lo nocional y virtuoso, y otros, por el contrario, se inclinan por lo fácil, lo aventurero y lo vicioso, según el arcadúz que, á su mala ó buena fortuna, quiso darles la nativa vertiente.

* * *

Al llegar á esta parte del discurso las tres damas se miraron asombradas, como preguntándose si deberían intervenir.

La de más edad movió negativamente la cabeza y el náufrago continuó:

—Mis padres debieron incluirme, sin duda, en el segundo estado y, por más que debiera quejarme de su mal ejemplo, al fin eran mis padres y de ellos no me quejo.

Durante siete años viví sin morada fija en que hospedarme; sin cama segura en que dormir; comiendo con acritud lo que me daban, y sabiéndome mucho mejor lo que por mí mismo robaba.

Así bogueé, todo ese tiempo, por el hosco mar de la miseria, si bien atenuado por el dul-

(1) Moneda de cobre equivalente á 0,05 de franco.

zor de la vagancia; pero sin cesar cayendo y levantando á merced de su oleaje, como nave sin piloto, falta de norte al que dirigir su rumbo.

Oierta noche—en una taberna donde daban de comer y de beber por cinco tarjas—oí á un caballero, bien vestido, que predicaba á los concurrentes de este modo:

—¡Señores!—nos llamaba señores á los cuarenta ó cincuenta trapajosos que allí estábamos!

—¡Señores!—repetía varias veces—*Ahora la fortuna bienhechora está en Sabario... ¡Ella prefiere á los audaces!... Una simple medianía es suficiente para vencer á los sabihondos á los reyzelos y á los ricos, que son nuestros tiranos... ¡Buscad!... ¡Busquemos de entre las medianías nuestro salvador; el ídolo del pueblo esclavizado; del pueblo que desea ser libre y que tiene ansia de novedad y de emociones!... ¡Que os llaman masas inconscientes é ignorante vulgo?... ¡¡Demostradles el placer que tienen esas masas y ese vulgo en ver caer todo lo existente, y, si es preciso, también hasta lo no existente!!*

—¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Sé tú nuestro salvador!—gritaban todos desaforadamente, ébrios por el amflico y por la pipa repleta de tabaco.

Yo, mientras tanto, pensaba para mi capote.

—¡Ya soy un hombre! *

A partir de aquella noche ensanché, aún más de lo mucho que ya estaban, mi impudor y mi conciencia, y hasta sobrepujé la medida que aquel bien trajeado caballero habia dado á las exigencias de las turbas.

—¡Cuánta hipocresía y cuánta maldad hay en esa pérfida medida!—clamaron, á coro, las tres damas clavando en Melitón los espantados ojos.

—¿Qué queréis?... ¡Era preciso mentir y mentir!... ¡adular y adulé!... ¡halagar las violentas pasiones del inmundo populacho, y las halagué!...

Al fin no hice otra cosa sino reproducir—claro es que con creces, pues para eso habíamos progresado—lo que hicieron conmigo los agitadores que me precedieron.

No puedo quejarme de la suerte. Pocos años después era idolatrado por las turbas; en amo y señor de ellas halléme convertido, á la par que mi caudal ascendido había ya á más de diez mil libras esterlinas.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—oíase que consternadas murmuraban las señoras.

*
* *

—Yo no soy del todo el responsable—rumoró Melitón.

El destino fue el que me puso en una época de ardientes controversias; de enconadas disensiones; de insanas impaciencias y de agitadas exageraciones, y yo, por mi parte, no tuve que hacer más que seguir la corriente; dejarme llevar, pero—eso sí—barriendo siempre hacia mi personal provecho.

Comprendí que para ser hombre del día y hacerse dueño de los que gritan, era menester gritar traspasando los linderos de la

honradez y la razón... Pues me lié la manta á la cabeza, y grité y los traspasé.

—¡Miserable!—fulminó con indignado mirar y frunciendo el ceño la beldad más joven.

—¡Cállate, hija mía!—arguyó la más matrona; y luego, volviéndose á Melitón, le intimó con benévolo ademán la orden de continuar.

*
* *

—Confieso—prosiguió el viajero—que algo me asfixiaba aquel ambiente, dentro del cual el amigo desconfiaba del amigo; el hermano del hermano; y todos, á cual más, de su vecino.

Pero, ¿qué me importaba á mí todo eso? ¿Qué las desmedidas ambiciones de los unos; y las codicias insaciables de los otros; y las egologías y el recelo de todos, si yo realizaba mis propósitos?

¿No trastornábamos todos, en la medida que podíamos, el equilibrio social con recíprocos provechos?

¿No era común á todos aquella atmósfera de falsedad, de descreimientos y de duda?...

—¡¡Maldita, mil veces, vuestra funesta duda!!—volvió á interrumpir la joven, aún más indignada que antes y brillándola los ojos como el rayo cuando en las nubes centellea.

¡Mal haya, mil veces, esa peste luciferina que, con saña sin igual y con tentáculos de lapa, se ceba, á la hora presente, en la enfermiza sociedad moderna!

¡Esa mortífera ponzoña que, donde con fuer-

za prende, hiela el corazón; petrifica el pensamiento; y derroca la humana dignidad!

¡Ese cruel enemigo de las almas, que ciega los ojos de la discreción para que el hombre vea el bien en el mal; la virtud en el vicio; la falsía en la verdad; y que, al final, trueca el amor en desamor y la indiferencia en odio!

—¡Bien!... ¡Bien!... ¡Bien!... hija querida— repitió, por tres veces, la que parecía ser la señora—pero, como antes indiqué, aún no es tiempo de replicar á la franca confesión de nuestro huésped.

Prosigue pues tu relato, Melitón, y perdona las interrupciones de mi hija.

Recíbelas, no con enojo, sino más bien con la agradecida placidez con que reciben los altos lotos la saludable y mansa lluvia, pues las motiva una amorosa impaciencia en refrigerar, cuanto antes, tu enardecido y trastornado espíritu.

*
* *

—Lo mismo en Europa que en América, y que en las otras tres partes del mundo—que visitado he todas las cinco—entendemos todos los hombres cultos, como los antiguos epicúreos entendían, que la dicha del hombre está en el placer, en el bienestar, en la comodidad y el lujo; y por estrambóticos tenemos á quienes — creyéndose también cultos — por esos caminos no la buscan. ¡En eso, no somos tan tontos que hayamos progresado!

*
* *

Las tres hadas se miraron condolidas; pero Melitón, sin parar mientes en ello, prosiguió de este modo:

—La ruina de las naciones; la de los Erarios públicos, y la de los particulares, más ó menos mentecatos, no incumbe remediar á los hombres de este siglo.

Las cosas hay que tomarlas según son en el momento que acontecen.

Detrás vendrán los encargados de reedificar lo que destruyan las circunstancias y los tiempos. Porque esa es la ley universal. Para eso, sin que podamos evitarlo, da vueltas el mundo...

Las necesidades legítimas del progreso también piden dar de lado á la Religión y á la piedad, las cuales, sobre estar pasadas de moda, son absorbentes y tiranas y demandan un tiempo que exige, con mayor utilidad y justicia, la febril actividad del progreso; porque —como decimos allí—*el que marcha despacio atrás se queda.*

El intercambio universal y la libertad de contratación se han convencido de que, eso de que el comercio haya de ser considerado como la sangre vital de cada nación, está reñido con las actuales civilización y libertad.

El comercio puede, y aún debe permanecer ajeno á la política y economía de su respectivo país, siempre que así convenga al personal provecho; lo contrario es hacer el primo en favor del procomun, que nunca lo agradece.

La libertad ha de ser tan soberana en todo, que en ningún caso—por melindrosos escrúpulos de moralidad y de pudor—se amorda-

cen las lenguas varoniles, ni se limiten las elegantes *echancures des habits des femmes*, y otras minucias por el estilo que, al fin y al cabo, están muy por bajo de la independencia; de la estética, y de la libertad de la mujer y el hombre.

—¡Vaya una moral! — murmuraron entre dientes madre é hija.

*
* *

—Bueno—siguió despotricando Melitón— que esas fútiles preocupaciones fastiguen cuanto quieran al ánimo pusilánime de los simples timoratos; en el pecado llevarán la penitencia.

Yo puedo decir de mí que, gracias á esas reproductivas libertades y á la rodante fortuna (que no gusta de tontos), ni me ha hecho falta familia, ni necesito deudos, ni me ha sido impedimento el nacer en rotos y ásperos pañales, para que los estúpidos de abajo me hagan rico y me eleven, y para que, los no menos estúpidos de arriba, me encumbren á la poltrona de ministro y á la privanza de palacio.

¡Cierto que esta última acabóseme muy pronto!... ¡Más pronto aún que los halagos de la plebe, porque no son menos desagradecidos que el populacho los próceres, los poderosos y los reyes!...

—¡Con qué facilidad mueve y desarrolla sus malicias una alma raquítica, encerrada en un corpachón grande y grosero como el de este hombre!— bisbiseó para sí la dama de mediana

edad, quien dirigiéndose luego á Melitón, le dijo irónicamente y en voz alta:

—Se conoce que apesar de tu talento y experiencia, olvidaste que los grandes no gustan de oír verdades que contradigan sus propósitos...

—Puede que fuera así... Y también que ellos tampoco dicen verdad á nadie...

—Como que en vuestro mundo, todo lo que es favor mudable oculta siempre desengaños y pesares, como el reptil se oculta en la maleza.

—A fe que conoces bien el mundo.

—¡Vamos, que al fin y al cabo llegó un día en que la fortuna te dejó y falláronte las cuentas!... ¿No es así?

—Así fue, porque es el caso, que no sólo caí en desgracia en la lid política, sino que, á causa de que los avarientos aristócratas y los imbéciles plebeyos sufrieron fracasos mercedidos en una empresa, en la que solo yo salí ganando, unos y otros osaron residenciarme y hasta lanzaron sobre mí á la policía.

Pero gracias á unas míseras piltrafas, que á tiempo arrojé á la jauría policiaca, conseguí huir y refugiarme en la hospitalaria y muy noble república de Porcino.

—¡Muy noble!... ¡Muy noble!—asintió irónicamente la misma dama de antes.

Melitón, afectando no hacer caso de esta nueva interrupción, continuó.



—No me pesó mi destierro, antes bien me sirvió de gran provecho.

Comerciendo allí en el mantecoso negocio de ganado hozante, que constituye la más noble y portentosa riqueza de aquel adelantado país, centuplicué mi caudal en pocos meses.

Allí también terminé el *doctorado* de hombre del siglo, estudiando sobre el terreno la famosa trilogía modernista: *libertad, igualdad y fraternidad*.

En aquella cultísima república la *libertad* no puede ser mayor.

Los hombres y las mujeres son tan despreocupados y libres que, si se les antoja, se casan y descasan cuando quieren, y á veces cada veinticuatro horas.

Y no creáis que por eso sufren menoscabo alguno, ni el decoro de los esposos, ni la autoridad ni la moral.

Eso allí son pamplinas: todos se quedan tan tranquilos y tan frescos como si hubiéranse bebido un vaso de agua.

¿*Igualdad?*... ¿*Fraternidad?*... Como en ninguna parte. Cierto es que los aristócratas de Porcino no tratan ni sientan á su mesa á sus ascendientes los hombres de color; pero eso sucede solamente en las cosas baladíes..... Nunca en los negocios, que en aquella república ilustrada es lo importante y lo que aleja todo escrúpulo.

En la Bolsa, al tratar del ganado hozante, que constituye el pasado, el presente y el porvenir de aquel gran país, ya es otra cosa. Se dan la mano, se abrazan, se asocian y algunas veces hasta se besan, á la par que recí-

procamente se despluman. ¡Lo exige así el negocio!...

Y en corroboración de humanitaria fraternidad existe la ley de *Lynch*, que es tan expedita en sus trámites, que permite que, con zarpazos de tigre, una multitud alocada y ciega de ira, asesine en la calle á sus hermanos...

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—musitó la más niña de las tres beldades, tapándose con las albas manos sus ojazos azules, más habladores que la lengua.

*
* *

Melitón, cual si nada fuera con él, y con marcada altivez y aire despectivo, prosiguió diciendo:

—Como habeis visto, es cierto que fuí de Sabario desterrado; pero la tenebrosa rueda de la fortuna, comunmente tan inestable y veleidosa, tuvo siempre conmigo tal constancia que me favorece incesantemente hasta en el destierro y la desgracia.

Yo volveré á mi país, y entonces con el brillo de mis millones, mi buena estrella resplandecerá aún mejor...

—Mucho fías en tí—dijo la de mediana edad.—¡Cuidado no te equivoques!

—Allá lo veremos, si es que yo logro poner de nuevo los piés en la que, solo á medias fue mi patria.

—¿Hace mucho que la dejaste?—replicó la misma.

—¿Dejarla?... desde que empecé á pensar

seriamente en mi provecho... Que falto de ella sólo cuarenta meses.

—¡Que audaz y desvergonzado es!—balbuceó tristemente la más niña.

—¿Tan pronto olvidáis allí?—insistió la anterior.

—Yo bien comprendo que me cegó mi buena estrella y que no pude impedir que la vira de la soberbia me alcanzara.

Oierto que tuve la imprevisión de herir el orgullo de la imbécil aristocracia y de la estúpida plebe, y que parece ser preciso que transcurra algún tiempo para reconciliarme con la una y con la otra.

¿Pero no son cuarenta meses mucho tiempo en el actual progreso?...

A los cuarenta meses de ausencia, aunque mucho los aproveché en América acrecentando mi caudal y mis doctrinas, no pude sufrir ya, por más tiempo, la nostalgia de mi ansiado Sabario.

¡Habrían sido tantos los triunfos obtenidos allí, y tantos los que ambicionaba y podía alcanzar aún, que resolví volver á mi país!

*
* *

—En el puerto de Porcino, merced á mis buenas relaciones con el presidente de aquella cultísima república, me admitieron como pasajero, sin costarme ni un penique, en el colosal vapor *Theft* que, con tropas de varias razas y colores, se hizo á la mar con rumbo á Europa, para luchar en favor de la civilización, de la libertad y del progreso.

—¿Razas negras en favor de la civilización y del progreso has dicho?—interrumpió la dama—¡No lo entiendo!...

—Ni lo entiende nadie... ¡Vueltas que da el mundo!

Cinco días navegamos tranquilamente; pero al amanecer del sexto, tras de un trueno súbito y espantoso, el vapor se fue á pique en menos de dos segundos.

Preso de inenarrables tormentos sin ningún consuelo, sumergido me hallé de repente en una inmensa hoguera, que inflamada estaba de crepitantes llamas por lo alto, y de hirviente lava surcada por lo bajo.

¡Qué de horrores ví y sentí en los dos larguísimos segundos que duró aquella gran masa de agua bullente que, como si fuese colosal faro de petróleo, iluminó todo el espacio!

¡Yo ví que en popa el vapor se abría por el medio!...

¡Que la cubierta mecíase en el aire!... ¡Que caían de alto abajo las entenas, las anclas y mástiles!... ¡Que gritos de suprema angustia hendían el espacio demandando auxilio... ¡Que volaban, entre las llamas, cuerpos humanos sin piernas ni cabezas!... ¡Y cabezas sueltas que, con sonrisa demoniaca y gestos de desafío y odio, me arguían iracundas como si yo fuera su verdugo!... ¡Y que brazos aislados con manos temblonas y crispadas me amenazaban alargándose, cual si quisieran abofetearme el rostro!...

Pasado aquel interminable y hórrido periodo mis oídos cesaron de oír hasta el estruendoso y hosco bramido de las olas; y mis ojos

se sumieron en tinieblas; y luego el tremendo amargor del desamparo; y el anonadamiento más absoluto; y el espantoso término del sér; y la presencia de la nada; y la negrura más completa, en fin, me envolvió en un larguísimo segundo, y me envolvió para siempre...

¿Cuánto tiempo estuve así?... ¡Yo no lo sé!

*
* *

—A duras penas recuerdo que no sé cuando—pues parecíame despertar de eterno sueño—una neblina semiclara; algo así como un desespesor ténue de la más opaca sombra de negruzca noche aparecía ante los que debían ser mis ojos, á la vez que alguien, que también debía ser yo mismo, agitaba nerviosamente con los piés las aguas.

¿Sería aquella misma noche del naufragio ó sería otra?

Había perdido por completo la noción del tiempo; pero si asegurar puedo que, cual ninguna de serena y apacible, fue aquella noche, en que salí de mi letargo.

¡Solo!... ¡Sin más testigos que las estrellas titilantes en el cielo; sin oír otro ruido que el lamento prolongado de la marea descendente; sin saber por quien traído ni llevado, me encontré asido fuertemente á unas ingratas espadañas, las cuales pugnaban tenaces por desprenderse del ribazo á que hallábanse adheridas, á la par que yo también forcejeaba, con igual tenacidad, para no desasirme de ellas.

De pronto las solté,.. clavé las uñas en el

ribazo para saltar á tierra, y caí desplomado sin sentido...

* * *

¡Ah señoras! ¡Qué encantador amanecer cuando mis enlutados ojos abriéronse de nuevo á la consolatoria claridad!

Ya las fulgentes estrellas habían desaparecido, y hasta el perezoso planeta Venus se esfumaba pálidamente, dejando paso libre al cristalino y puro rubor de la más límpida alborada del resurgir de la esperanza.

Con melodioso coro de miles variadas voces, los madrugadores y alegres pajarillos saludaban gozosos al riente y mágico claror que despuntaba por oriente.

Pocos momentos después, la fresca y rubia mañana abría de par en par sus amplias puertas al luminar del cielo, que con su disco vivificador, vino á reparar mis fuerzas y á dar robusto y encantador relieve al más opulento panorama que jamás vieron mis ojos.

¡No!... ¡No era posible que aquello que yo animosamente contemplaba formara parte de la tierra que habitamos los mortales!

No, no hay, no puede haber, sueño tan dorado ú optimista; ni idealismo ó sentimiento alguno que, ni á mil leguas, se acerque al asombro y al gozo que en mi espíritu sentí.

* * *

—Recorrí vistosos campos que recreáronme la vista; y bosques de pródigos frutales que

con sus ubérrimos frutos saciaron mi apetito, reponiéndome las fuerzas; y frescas y abundantes fuentes, que calmaron mi sed y ofreciéronme inefable y plácido reposo.

A la media hora, sobre poco más ó menos, de caminar por este delicioso valle llegué á un pequeño montículo, todo él vestido de palmeras y de vides, y profusamente ornado de policromas plantas y flores.

A ese ideal montículo subí para otear, á mi placer, el horizonte.

Entonces descubrí este esbelto caserío, artística y elegantemente fabricado con muy vario y odorífero ramaje. Al pie de ese caserío os divisé á vosotras tres, que las tres sois, ciertamente, á cual más bella.

Confiado y animoso aceleré cuanto pude el paso y llegué aquí.

* * *

—Ya sabeis, pues, quien soy yo. También sabeis cómo vine hasta vosotras, y por qué vine... Ahora me toca preguntar á mí:

¿Vosotras quiénes sois? ¿Sois hadas valquirias, ó sirenas del mar, ó terrenas criaturas como yo?

¿Sois altas diosas con las cuales me es permitida la honra de tratar, no obstante mi terrena condición, ó sois, por mi desgracia, quiméricos fantasmas, prontos á esfumaros como espiral de incienso, y á dejarme sumido para siempre en inquietante soledad?

¡Compadeceos de mí y, por favor, sacadme pronto de mi ansiedad y espanto!

Manifestadme con franqueza y sin reparo qué es lo que de mí se quiere; qué es lo que yo debo hacer; y qué es, en fin, lo que aquí me espera.

Si sois íferas agoreras encargadas de anunciarme nuevos males, tampoco vacileis; despachad cuanto antes, que á veces duele más el golpe que se espera que el golpe recibido.

La que parecía ser la señora principal y tener mayor edad, contestó de este modo á Melitón:

—Para oirnos mejor siéntate, porque de seguro estarás cansado y quizás falto de alimento.

Luego, dirigiéndose á sus dos compañeras, díjolas:

—Servidle de comer y de beber.

*
* *

Acto seguido, con sumas delicadeza y diligencia, la más joven, en cuyos ojos azules había tanta lumbre como hay fuego en la faz del sol, ofreció al viajero, en bandeja de oro, variadas y sabrosas frutas.

La de mediana edad, no menos bella, pero sí más recelosa y mostrando en su mirada las refulgentes energías de una vigorosa voluntad, escanció, sobre tallada copa de cristal de roca, delicioso y confortante vino.

Hecho esto, tornaron á su asiento, y la que era indudablemente la señora habló así:

—Yo me llamo *Verdad*: soy la reina soberana de la isla *The naked truth*, que hace largo

tiempo borrarón los hombres del universo mapa, y á la cual tu buena estrella te ha traído para brindarte salud y salvación.

Esta hermosa joven es mi hija: tiene por nombre *Fe*; y esta otra, que es verdadera amiga y fiel sirvienta de nosotras dos, se llama *Razón*.

No somos, ninguna de las tres, ni fátuos fantasmas, ni tampoco falsas diosas, sino séres reales, de igual origen que el tuyo, y hemos sido hechas, como tú, por el mismo Bondadoso y Omnipotente Creador.

Pero sí somos los únicos y privilegiados emisarios de nuestro común y poderoso Creador, pues, iluminadas por su soberano resplandor, tenemos la misión de enseñar á todos, y á cada uno de los hombres, la ciencia eterna por la cual le puedan conocer á El.

—¿Entonces, por qué os encontrais aquí y no en el mundo de los hombres?

—Porque ellos, ingratos y suicidas, nos arrojaron de su mundo.

—¿Qué mal les hicisteis?

—¡Mal, ninguno! ¡Al contrario, cabalmente fuimos desterradas por hacerles bien!

—¿Cómo así?

—Ten calma y lo sabrás:

Mucho habrás oído hablar de mi en tu patria... ¡qué de alabanzas en mi favor no habrás escuchado allí...

Todo eso era fingido: en tu mundo son muy contados los que á fondo me conocen, y menos todavía los que pronuncian con sinceridad mi nombre!

El Sabio y Justo Creador de todas las co-

sas me engendró (1) en la eternidad de su Supremo Sér, y sigue dándome inestinguible vida para remordimiento y suplicio de los pérfidos, de los hombres falsos y embusteros, únicos enemigos que yo tengo.

A esta otra—añadió señalando á la sirvienta—la creó Dios al crear al hombre, y, por estimarla su obra más digna y la más semejante á El, la creó para que, de entre todas las criaturas visibles, sirviera única y exclusivamente al hombre, por ser su criatura predilecta.

Ella es la que á los nacidos de mujer tributa cuidados y caricias; ella la que los guía para que no se extravíen ó perezcan al cruzar los tortuosos caminos de la vida, y ella, en fin, la que con su prudencia satisface cumplidamente sus naturales y legítimos anhelos, necesidades y caprichos. ¿Quieres más?

—No por cierto: sobradamente noble y alta es la misión, que en el mundo tiene vuestra fiel sirvienta *Razón*.

—Pues bien, los *esprits forts* de la época, arrastrados por la moda, la han reemplazado por *domestiques* parasinas, y... ¡así les vá á ellos!

Nosotras, al verla abandonada y despedida de los suyos, la hemos recogido; yo la adopté como hija y la he incorporado á nuestro servicio.

—¡Generosa acción! ¡Pasmado me tiene tu poderío, tu magnificencia y tu saber!

¿Y arrojaron también de su lado, los groseros hombres, á tu bellísima hija *Fe*, despre-

(1) Ego sum veritas, et vita. - (San Juan. Cap. XIV, ver. 6)

ciendo los muy bellacos la bondad y esplendidez de sus encantos?

—¡Sí, Melitón!... Los descendientes de otros Santiagos, y Gonzalos de Córdoba, y Daoiz y Velardes sabarianos—porque también en Sabario como en España los hubísteis—se separaron de mi angelical y casta hija para glorificar y someterse á éticas cupletistas extranjeras, que carecen de robustez y de vergüenza.

—¡Sólo por decirlo tú lo creo! ¡¡Es tan grande el asombro que me causa esa ceguera mundanal que has denunciado!!

—Y eso que tú no conoces bien á mi amada hija *Fe*... Préstame atención.

* * *

Enjugóse la dama dos gruesos lagrimones que debían escaldarla las mejillas, á juzgar por lo que enrojecían su color, y, con más fuego que antes, prosiguió:

—¡Sí Melitón! ¡Postergada fue por esas viles cortesanas la parienta más cercana del Supremo Creador!...

¡La que hermosea cuanto toca, pues ella no tiene en sí cosa más ó menos bella, por ser toda ella belleza, como el árbol denominado bálsamo no tiene ramas ni tallos ni corteza ni hojas que no sean aromáticos!

La sola que en el mundo, lo mismo á *Razón* que á mí, nos complementa, por ser ella la justicia, la fuerza y la medida del amor.

La que, pareciendo débil, dota de valor y poderío á los hombres que la aman, para que en todos los combates venzan.

La candorosa niña que manda con imperio que se pare al sol, y el sol, con ser tan grande, la obedece.

La que imprime curso y fulgor á las estrellas, y calma los huracanes, y apacigua las olas, y allana los montes ó de un sitio á otro los traslada.

En suma: que la que trae á los mortales la dicha de que pueden gozar en el tiempo, y el gérmen de la bienaventuranza eterna, es necesariamente despreciada por esa desentida criatura, que, sin duda por un inescrutable capricho de la madre naturaleza, lleva el nombre inapropiado de criatura racional.

—Efectivamente que ello resulta un manifiesto contrasentido.



—¡Suicidas y desentidos son los hombres— prosiguió *Verdad*—que no se desposan, pronta é íntimamente con mi hija la portentosa *Fe*, porque con ella pueden desafiar sin miedo á todas las tempestades y peligros de la vida! ¡Y acometer las más árdidas empresas seguros de su éxito! ¡Y triunfar de las pasiones más ardientes! ¡Y derrocar á la mayor de ellas, que es el aprecio desordenado de las mundanales cosas!...

Mucho me resta aún que decirte de ella; pero dispénsame, Melitón: ¡siento que el más hondo pesar sella mis labios, y que ya las palabras se me hielan en la boca! ¡Es tan grande, tan maternal y tan legítimo el enojo que en

mi corazón provocan esos desdichados y mentecatos hombres!

—¡Qué privilegiada criatura es *Fe*! ¡Qué bien se ve cuanto la amas!

Te juro por mi salud, hermosa dama, que al desbordarse, desde la cumbre de tu cariño maternal, esa cascada arrolladora de legítimas querellas, ha caído impetuosa en las honduras de mi alma, rebosándola por todos lados, y á modo de torrente asolador, ha inundado de amarga indignación todo mi sér.

—¡Siento si te afligí...! ¡Pero es que amo tanto á mi hija, y es ella tan digna, también, de ser amada!



Después de una breve pausa, durante la cual mucho debió ser, en poco tiempo, lo que el náufrago dialogó con su conciencia, pues, súbitamente, cual si despertara de largo y deleitable sueño, con profundísima convicción clamó:

—¿Queréis volver conmigo á Sabario, ya de modo definitivo y para siempre?

—Ya lo creo que iríamos gustosas si tú voluntariamente nos llevaras—balbuceó la bendita *Fe*, con acento tan dulce y trémulo como el rumoroso barboteo de tímido regato.

—Pues sí que os llevaré y prometo hospedaros, en calidad de soberanas, en mi magnífico y aristocrático palacio del Paseo de la Lealtad.

—¡Cuánto te equivocas, Melitón!—se apresuró á replicar la sirvienta *Razón*.

¿Te lo permitirán acaso los famélicos cachorros de la anarquía que amamantaste á tus propios pechos y que, como sabes muy bien, son bajos y cobardes con el fuerte, y sanguinarios y valientes con el débil? Recuerda que hace poco nos confesaste estar caído.

—Yo espero rehabilitarme pronto.

—¡Podrá ser!... Pero hazte cargo de que al audaz jamás le parece difícil aquello que con afán desea, y que puedes muy bien llevarte chasco.

Además que nosotras, para seguirte, necesitamos conocer, en sus detalles, el país al que vas á conducirnos, y nadie mejor que tú para explicárnoslo.

—¿Acaso no conocéis bastante ese país?

—¡Vaya si le conocemos!...—sentenció *Verdad*—¡El será el que no querrá reconocernos á nosotras, y muy especialmente á mí, por ser la predilecta hija de Dios!

¡Qué de veces dijo el Apóstol de las gentes á la pérfida Mentira,—hija de Lucifer—*por esta mi amada Verdad soy hecho de los hombres enemigo*; y no es de creer que tú valgas más que el inspirado San Pablo, para lograr que tus paisanos nos reconozcan y nos amen.

—Olaro que no...—Pero también se dice que Dios suele sacar bienes de los males, y valerse muchas veces de los más ruines, para el logro de las más árduas empresas.

—Así es, Melitón: y he aquí como, sin apercibirnos ni unas ni otro, ya has comenzado á hollar el buen camino.

—¿Pero es que yo voy á él de motu-propio, ó es que tú con habilidad me llevas?

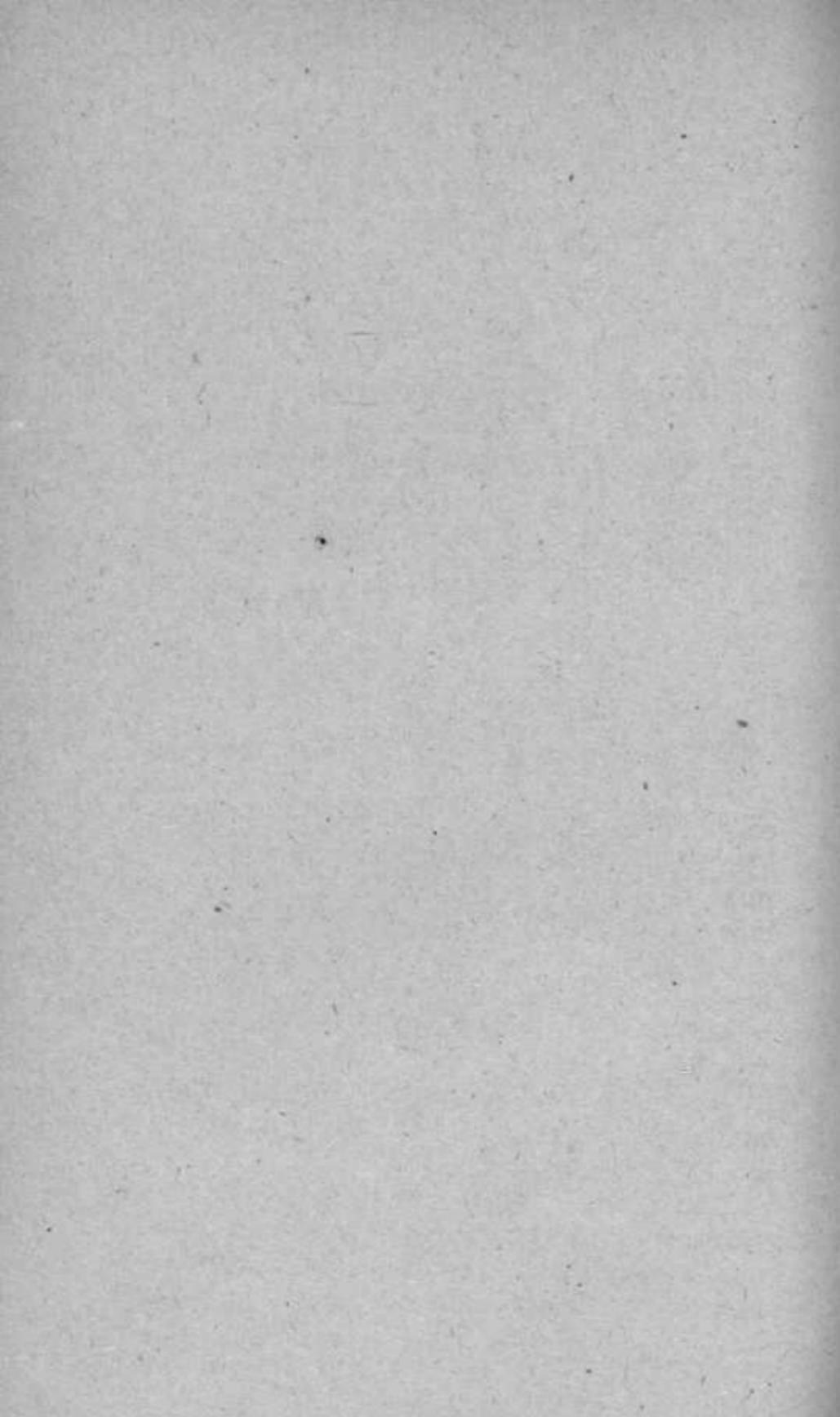
—Las dos cosas podrían muy bien ser, y el tiempo será el encargado de aclararlo.

Ahora lo que primeramente interesa es que, con la habitual franqueza tuya y nuestro leal saber y entender, discurremos los cuatro, con calma y con prudencia, acerca de la vida y costumbres que en tu Sabario imperan.

¡Hace ya tanto tiempo que mi hija y nuestra sirvienta y yo fuimos arrojadas de allí...

—Me parece muy justo y muy sensato: contad, desde luego, con mi sinceridad y mi franqueza.

—Está bien: pero todos estamos fatigados y hora es ya de descansar. Acompañad, pues, las dos á nuestro huésped al aposento que le hemos destinado.



III

EL CÁRIES DEL PROGRESO DE SABARÍO

¡Oh desventurada miseria humana que quedaste tal por el pecado que, aún en lo bueno, hemos menester tasa y medida, para no dar con nuestra salud espiritual en tierra.

(*Santa Teresa.*—Fundaciones.—6.)

ERAN tales y tan variados la riqueza, el arte, los tesoros y belleza que encerraba la magnificente habitación, en la que al naufrago hospedaron, que éste creyóse trasladado, no á una morada opulenta ó regia, sino al camarín más fantástico de un palacio encantado.

—¿Cómo es posible—preguntábase asombrado—acumular tanto lujo y tal grandeza en una casa de exterior tan sencillo, tan agreste y pobre?

Aterciopeladas alfombras, con dibujos de múltiples colores, cubrían por completo el pavimento.

Del techo, que artesonado estaba con finas maderas é incrustaciones de rosado nacar, pendían cuatro arañas de cristal de roca, cinchadas por filigranados brazos, tan graciosa-

mente curvados, como lo están, por natura, los elegantísimos cuellos de los cisnes.

Colgaduras de damasco blanco, con adornos de plata y flecos de oro, cubrían las paredes y medio ocultaban á ocho candelabros fijos, de diversas formas, y muy primorosamente cincelados.

Guirnaldas de flores naturales aromatizaban el ambiente, y en el centro destacábase un rico lecho vestido de finísimas holandas.

*
* *

A la mañana siguiente, ya bien salido el sol, Melitón, ataviado con flamante traje de lana, que, en reemplazo del suyo deteriorado, halló sobre un diván, salió al jardín, en donde, haciendo labor, estaban ya las tres damas.

Después de un breve y cordial saludo, *Verdad*, dirigiéndose á *Razón*, la dijo estas palabras:

—Tú fuiste ayer, amiga mía, quien iniciaste el temor de que en Sabario seríamos las tres mal recibidas, y de que no dejarían cumplir á Melitón su propósito de hospedarnos, como reinas soberanas, en su aristocrático palacio. ¿No fue así?

—Así fue—la aludida confirmó—pero es el caso que son muchas y muy complejas las cuestiones á tratar.

—¡Tanto mejor!—asintió el náufrago.—Yo, á medida que esas cuestiones surjan, cuidaré de presentároslas de modo tan veraz, y con tal franqueza, que ellas, por sí solas, os basten para adquirir pleno y exacto conocimiento del

país al que llevaros quiero, así como igualmente de los afectos y costumbres que en el mismo imperan.

Comienza, cuando quieras, á dar forma á esos recelos.

—Para ello es menester que me contestes lealmente á sólo tres preguntas:

¿No es tu patria la que continuamente se queja del atraso y la ignorancia en que está su pueblo?... ¿No es ella, en la que se dice haber el mayor número de analfabetos?

¿No existen allí, implantados por imitación y de muy pocos comprendidos todos los derechos y libertades de que se vanagloria el actual progreso?...

—Todo eso es muy cierto; pero con el uso se educará la gente.

—Pues bien: yo entiendo, Melitón, que eso es confesar que hay mucho vulgo; y cuando al vulgo se le hacen concesiones que ni espera ni le convienen, y lo mismo cuando se le otorgan derechos para los cuales no se halla de antemano preparado, sólo se consigue que adquiera cuantos vicios y liviandades poseen los libertos, y ninguna de las virtudes inherentes á los hombres libres.

El vulgo solo entiende lo que más le hace sentir; lo que más remueve y halaga sus pasiones; y cuanto más fiero y absurdo sea ello, tanto mejor lo entienda.

Porque no son nunca los efectos de una severa reflexión, sino que siempre son las súbitas emociones del momento, las que constituyen las convicciones de la plebe.

Por eso la gusta á ella tanto derribarlo to-

do; por eso su solo y persistente anhelo es derrocar, ó destruir por completo lo que jamás igualar puede.

—Quizás haya también algo de exacto en eso.

—No digas algo; dí con sinceridad que todo ello; y siendo así ¿cómo es posible que nos acojan de nuevo y con agrado tales gentes, hoy más malas y peor educadas, que cuando nos echaron de su lado?

—Ya nosotros, cuando llegue el caso, sabremos imponernos.

—¿Y quiénes sois vosotros?... ¿Sois, por ventura, los que sólo estais siempre atentos á la codicia de mandar?

¿Los que noche y día soñais con el poder, cuya sola palabra, y más que á nadie, debería inspiraros miedo pues generalmente sois vosotros los que menos sabeis reinar sobre vosotros mismos?

¡No, Melitón!... No discurrís bien los que para obtener el poder, cuanto antes y á destiempo, predicais al ignorante pueblo que insulte y desafíe á las autoridades constituidas legalmente, porque jamás se obtiene, en condiciones de seguridad y permanencia en el mando, lo que, con astucia y mala fe, se ha deshonrado antes.

*
* *

—Descansa un poco *Razón*—indicó la pasiva *Fe*.

—Sí, descansa amiga nuestra—añadió *Ver*.

dad—Yo, en tanto, recordaré á nuestro desmemoriado huésped que nos dijo ayer que, cuando el cetro del poder llegó a sus manos, estaba casi roto; y que le duró muy poco; y lo más significativo aún: que tuvo que huir, precipitadamente, de los mismos que se lo dieron, si es que quiso poner á salvo su capital y aun su cabeza.

—Es que este caballero—continuó *Razón*—que no tiene pelo de tonto, sabe perfectamente lo imposible que es calcular hasta donde llega, y donde para, la furia de la plebe cuando se la ha hecho concebir esperanzas de derechos imposibles, y luego, se la quiere detener con promesas para el porvenir.

—¡Qué candorosas sois!—replicó irónicamente el aludido—¡Si yo huí más que por temor por cálculo! ¡Si lo hice por beneficiosa precaución!

De ordinario, para quienes sabemos vivir á la moderna, la ira de políticos y pueblo es ruidosa pero de corta duración y, en cambio, de muchísimo provecho.

Yo no temo ni á políticos ni á pueblo: los primeros discursen mucho y el segundo grita no más, y harto sabido es que, ordinariamente, son cortos de manos los que tienen larga la lengua.

—Sin embargo—adujo *Verdad*—esas iras también suelen ser: enconada la de los políticos: implacable la del pueblo; y lo mismo una que otra siempre causan víctimas.

—Sí pero hay dos clases de víctimas: una la de los inocentes y tontos, quienes pagan con el cuello, con el presidio ó con el hambre y

otra la de los que, por no ser ni tontos ni inocentes, se fingen víctimas siendo así que, por causa de esas iras engordan, y por virtud de esas iras crecen.

Para muestra de los últimos, aquí estoy yo, como antes apuntó *Razón*.

—¡Fresco y desahogado eres!—acentuó ésta.

—Prometí hablaros con lealtad y sin rebozo y cumpliendo lo prometido estoy.

—Y con meridiana claridad por cierto.

—¡Qué quieres *Razón*!... ¡Me he convencido de que la plebe vocifera, con igual facilidad los aplausos que los gritos de venganza, como olvida con igual rapidez los beneficios y las ofensas que se la hacen.

Y tocante á los políticos, el encono es aparente, es por fuera nada más; por dentro hay solo recelo y ambición... *Lobo á lobo no se muerden*, no habiendo muy completa seguridad de rematar totalmente al mordido, lo cual no es tan fácil, viniendo todos del común procreador, que se llama *Sufragio universal*.

Hoy por mí y mañana por tí, suelen decirse por lo bajo los políticos de mi patria; y como allí votos son triunfos y yo cuento con las masas, á las que domino y á las que estoy acostumbrado, os garantizo que sereis bien recibidas.

—¡Ira del cielo! ¡vaya una garantía fundada en tal sufragio!... Por repugnante, por vil y mal nacido, yo le rechazo en nombre de las tres.

—Y ¿quién te ha dado á tí poderes, ominosa entrometida, que todo lo husmeas y censuras, para que te abroges la facultad de con-

testar, blasfemando así de mi padre el *Sufragio universal*?

—¡Calma! amigos míos: discutid con serenidad y prudencia—aconsejó autoritativamente la venerable *Verdad*.

*
* *

—¡Perdóname, señora!—declaró, confuso, Melitón—no pude contenerme al oír calificar tan duramente á la conquista más noble, más justa y más legítima que debemos al actual progreso.

Es el sufragio universal la pública manifestación del sentimiento general, la voluntaria y espontánea voz del pueblo, de ese poderoso monstruo del cual hasta sus mayores enemigos dicen: *la voz del pueblo es voz de Dios*.

—¡Alto ahí, Melitón!...—continuó *Verdad*—que el sufragio universal no es hijo de vuestro actual progreso, sino que es de la democracia cristiana, antiquísima doctrina.

Iniciado fue en el Evangelio y en el siglo XIII un fraile (1): Santo Tomás de Aquino, el *Angel de las escuelas*, el gran filósofo napolitano, autor del sistema más completo de moral y aún de política, proclamó que todos los ciudadanos honrados tienen derecho á ser electores y elegidos.

—Así son las mejores de vuestras conquistas—insistió *Razón*—y así es igualmente la recta conciencia que teneis de ellas.

(1) Cita del Cardenal Mercier, en Febrero de 1919, en el Senado belga.

No digas, pues, ser eso una conquista vuestra: dí más bien ser hoy la perversión de una vieja doctrina vuestro *sufragio universal, absoluto é igualatorio*.

¿Llamar legítima voz del pueblo á ese sufragio inconsciente del que los mismos partidarios que en público lo defienden se avergüenzan en el fuero interno?...

¿Voz de Dios esa voz del pueblo ignorante ó pervertido que con sus *votos* ayuda á lanzar del mundo la idea de la existencia de ese mismo Dios?

—¡Vuelve, Melitón, en tí—suplicó angustiada la bendita *Fe*—tú eres demasiado cuerdo para creer que sea voz de Dios—Suma Sabiduría—esa voz salvaje que niega la inmortalidad del alma, y que lo hace por tener miedo al merecido castigo de los propios crímenes los cuales por natural instinto le amedrentan.

—¿Tú también contra mí, preciosa niña?—balbuceó apenado el náufrago, sobrecogido y vacilando ante la soberanía celestial de aquella angélica joven que, desde el primer día, no cesó un momento de mover su pecho á juntamente amarla y venerarla.

—Y yo también con ella—agregó *Verdad*. —Pnes para que la voz del pueblo sea la voz de Dios, es menester que nazca espontáneamente de la madre naturaleza, la cual de su cogeta es noble y aristócrata, y siempre busca lo verdadero, y siempre ama lo grande.

Jamás lo es, ni podrá serlo, esa voz vil y prostituída, comprada por la codicia del poder y por el medro personal de quienes predicán pérfidas utopías, que sólo dejan en las im-

béciles sociedades que las creen, ideas irrealizables ó malsanas y costumbres licenciosas ó siniestras.



—¡Ah!—se aventuró á indicar tímidamente Melitón—El progreso general del mundo nos ha impuesto, quizás antes de tiempo según vuestra opinión, ese sufragio igualatorio que con implacable rigor combatís las tres.

—No culpes al progreso general, porque este es además padre de otras muchas cosas que no os han sido impuestas—volvió á replicar *Verdad*.

Dí más bien que os lo impusieron, fuera de tiempo, las impaciencias interesadas y las astucias y menesteres de unos cuantos ambiciosos, sin conciencia ni méritos, que tenían insaciables ansias de medrar.

Para otorgar al pueblo semejantes derechos, los cuales de modo tan absoluto y definitivo habrían de influir en los altos destinos del procomún, es de todo punto necesario que ese pueblo tenga antes conciencia de sus actos y deberes.

Que haya gozado previamente de una muy larga práctica de sana independencia, á fin de que llegue hasta las masas la dignidad de los ciudadanos, más ó menos instruídos, eso no importa: pero sí siempre conscientes de sus obligaciones morales y sociales.

De no hacerlo así, lo que sucede es que, no sólo se trastorna y desvirtúa el plan social de ir hacia adelante, ó sea en pos de la perfec-

ción, sino que en vez de progresar se retrocede.

¿Qué perfección ni qué progreso pueden esperarse de un sistema que deja los más sagrados intereses de la patria á merced de la intriga, del vino, del dinero, de la pasión y del azar, que son actualmente los motores del sufragio en general?...

—Yo no trato de negar—distinguió Melitón—que algunas veces las malas pasiones se reúnen y confabulan en torno del sufragio, y hasta que ocasionan en la plebe demasías que se traducen en funestos males.

Pero al fin esas demasías son transitorias, y los males que producen son pequeños comparados con lo que demandan los ideales de la *opinión*, del *progreso*, de la *libertad*, de la *igualdad* y del *libre pensamiento*.

—Mucho has dicho, Melitón, en muy pocas palabras; y, como quiera que la vivacidad de la impresión es siempre valladar ó impedimento para ahondar en las cuestiones, ordeno que, con calma, y extendiéndose cuanto preciso sea, aclare y desarrolle nuestra amiga *Razón* esos, que tú ampulosamente, llamaste ideales.

—En servirte, Señora, me complazco—dijo ésta—y convencerte á tí, Melitón, es igualmente mi mayor anhelo.

—También lo ansío yo—contestó éste.

—Pues bien: si hemos de proceder con orden hay que tratarlos uno por uno. ¿No te parece?

—Me place; comienza, pues, por el que quieras, por mi parte todo soy oídos.

—¡Con que ideales de la *opinión*; de la *libertad*; y del *progreso*!...—comenzó irónica *Razón*, mirando fijamente al náufrago.

¿Qué se entiende en tu país por lo ideal?

Todo ideal necesita tener como objetivo la bondad, la belleza, el orden, la estabilidad, la paz; en fin, lo posible y racional.

El ideal, pues, del progreso ha de ser guiado por la esperanza de encontrar en su camino la armonía, la justicia, la tranquilidad y la mútua confianza, que son, los cuatro ideales que constituyen los anhelos de las almas equilibradas.

Ha de ser movido, indefectiblemente, por la benéfica aspiración de arribar, cuanto antes, al puerto de las perfecciones de la criatura racional.

A esa fraternal perfección, que, con mano liberal y rostro alegre, es tesoro abundoso de los desheredados de la fortuna; y renta de los necesitados; y escudo de las viudas y los huérfanos; y consuelo de los tristes; y mano amiga de los doloridos; y, en fin, inflexible y recta justicia para todos.

¡Pero entender por ideal del progreso al hecho inícuo de que se abajen los adarves y los muladares se alcen, al exclusivo fin de que, sólo abatiéndose lo honrado y lo instruido, logre ensalzarse lo ruín y lo ignorante!...

¡Ideal del progreso retroceder miles de años, para igualarse á los salvajes que sólo adoraban las cosas del mundo material, porque les reportaban ruín provecho y grosera é inmediata utilidad!...

¡Llamar ideales del progreso á una *mentiro-*

sa libertad... á una ilusoria igualdad... á un ridículo libre pensamiento... y una inculta libertad de cultos... eso, no lo niegues, Melitón, es querer pasar por blanco lo que es negro y retroceder, cada día más, en vez de progresar!

*
* *
*

—¡Mentirosa libertad!...—arguyó Melitón, tratando de imitar el tono mordiente de la dama, pero más bien cual soldado que huye en busca de un endeble seto que se le antoja sólida trinchera.

¡Mentirosa libertad!... ¿Acaso no es racional la libertad del hombre cuando el mismo Creador quiso dotarle con el soberano privilegio del libre albedrío?

—No es eso, Melitón, no es eso. Discute lealmente—interrumpió *Verdad*.

Ninguno, que sea honradamente racional, pretende anatematizar la muy noble y verdadera libertad, que se deriva—como dijiste bien antes—de un derecho natural otorgado por el mismo Dios, para que, con pleno conocimiento de lo que es bien y mal y odio y amor, pueda el sér racional impulsar sus actos hacia el bien, que es provechoso principalmente para él, é indispensable también al amor de los demás, sus semejantes.

Como ves, el libre albedrío no es una facultad radical para los hombres de razón; porque su ejercicio está sujeto á una ley superior, suave, general, y provechosa para la familia humana.

¿Cómo ha de ser, pues, progreso el que, ha-

ciendo degenerar al hombre civilizado á la ruin condición de bestia, tolera y apadrina esa mal llamada libertad que fomenta lo pernicioso; que alienta al vicio; que le permite hacer cuanto le venga en gana sin respeto al derecho de los demás; y que le deja, contra toda moral, que cometa crímenes horrendos, como ha poco en Portugal y España, y ahora en Rusia, en Austria y Alemania?...

—Advierte, *Verdad*, que también he añadido que contra ciertos desmanes estaban las leyes y la autoridad.

—Sí, ¡contra ciertos desmanes nada más!... ¡Contra los que os combaten á vosotros es solamente contra los que están las leyes y la autoridad!...

—Contra los desmanes de todos: así lo rezan las leyes.

—No, Melitón... Vuestras leyes no son mandatos vividos por vosotros, sino cuando vosotros quereis ú os conviene; no son la ordenación al bien común, á través de vuestros actos; son la ley del embudo: para la virtud lo estrecho y lo ancho para el vicio.

*
*
*

Tras un breve silencio, en el cual quedó meditabundo el náufrago, éste exclamó mal humorado y frunciendo el ceño:

—¡Implacable estás con el actual progreso! Pero no me negarás que también ha traído cosas buenas, y que, á pesar de ser tan perjudicial como tú dices, no ha sido poco, sino mu-

cho, lo que con él adelantó la ciencia; y si no que hable *Razón*.

—Lo reconozco lealmente—confesó *Razón*—pero más hubiera adelantado si hubiera marchado por mejor camino.

—Nosotras—se apresuró á aclarar *Fe*—solo nos quejamos de lo mucho que ha prescindido de nosotras por atender únicamente á lo material, que dura poco, descuidando lo espiritual que es perdurable.

Y pues trajiste á colación lo del adelanto de la ciencia, no se lo atribuyas al progreso, sino á Dios, cuya Providencia avasalla y arrastra al hombre á la perfección—cuando Ella quiere—por muy ciego y embriagado que le halle en el maldito orgullo.

Voy á ponerte un ejemplo:

*
* *

Tú sabes que hay flores que sólo por los rayos del sol y por el aire de la libertad nutridas, se desarrollan natural y espontáneamente y que, á veces, aun agradan y satisfacen á la vista.

Pero tampoco ignoras que hay otras mucho más bellas; mucho más robustas; de naturaleza más digna y resistente que se alimentan del calor y del amor, las cuales, en el comercio de los hombres, son consideradas como de muchísimo más valor y estima. Igual es la ciencia.

Por eso yo denosto, por incompleta y por somera, á esa ciencia espontánea, voluntariosa, natural y sin cultivo, que cree no necesi-

tar de la gracia del Señor para nutrirse, y que la basta con el aire que respira, como la basta á la flor criada raquílica é induradera.

Denosto, pues, á esa ciencia sin ciencia que, perdiendo hasta la más leve sombra del buen sentido general, tiene la necia pretensión de suponer que prescinde del Creador, que olvida, desentidamente, que Este, desde el alto trono en que está sentado por eternidad de eternidades, todo lo vé, todo lo vivifica, todo lo rige, todo lo gobierna y todo lo que quiere consentir consiente para sus inescrutables fines.

—Pero es el caso que tú misma confiesas que esa ciencia, que tan sin piedad denostas, tiene también sus frutos.

—No lo niego, pero á la vez afirmo que son frutos insulsos é incompletos; y eso se cae de su peso. Como ella busca abrigo fuera del Evangelio, que es calor eterno que todo lo vivifica, por fuerza tienen que ser sus productos deleznable y jamás maduros.

—¡Pues bien los acepta el mundo!...

—A los principales los acepta hoy, pero mañana los desecha. Créeme Melitón: solamente la ciencia ayudada por el Evangelio, al que debe el sér que tiene, es la que puede desenvolverse digna y sabiamente, y extenderse y consolidarse con evidente y general provecho en todo, y para toda la humanidad.

Porque el Evangelio la purifica, la ennoblece, la perfecciona, la eleva, la agranda, la ensancha, la alarga y hasta la sobrenaturaliza y endiosa, para que, rompiendo los límites de lo natural, espante al mundo con los portento-

sos trazos, que sólo puede escribir en ella, milagrosamente, la mano sabia, infalible y eterna del mismo Oreador, Autor de todas las cosas.

—Poca suerte has tenido, Melitón—declaró *Verdad*—al interrumpir el discurso de *Razón* trayendo al debate el inciso de la ciencia, al cual cumplidamente ha contestado mi digna hija la bendita *Fe*.

Materia es esta muy compleja y casi inacabable, por lo que te ruego, amiga *Razón*, que tomes de nuevo el hilo de las aclaraciones que se encomendaron á tu cargo.

*
*
*

—Paréceme—continuó ésta—que ha llegado el turno á la *igualdad*.

Tema, que habrá de ocuparnos poco tiempo.

Tan indefinible, tan inverosímil y sutil la considero como á ese ala grácil é invisible que hace latir al céfiro. Sin embargo la igualdad es el cebo; el señuelo insustituible, con el que los políticos cazais á los cándidos ó desentendidos ciudadanos.

¿Cuáles son los límites?... ¿Cuál el centro de convergencia? ¿Cuáles los puntos donde principia y donde acaba esa *irrisoria igualdad* que predicais?

¿Hay por ventura dos cosas exactamente iguales ni aun en la misma naturaleza, madre y nodriza de todo cuanto en el mundo existe?

Si la variedad de la forma individual es indefinida hasta en los séres de igual forma específica ¿cómo no ha de haberla en las almas, parte moral del hombre, aunque la ley trate

de repartir sus preceptos por igual entre esos distintos hombres, que constituyen la entidad social?

Mientras haya buenos y malos; y hartos y necesitados; y necios y cuerdos; y virtuosos y viciosos; y sabios é ignorantes, la igualdad moral no puede existir, aunque las leyes la próclamen, y, por lo tanto, podrá ser igual la emisión y la validez del voto, para decidir por mayoría: pero nunca será igual su calidad.

—Paréceme, *Razón*, que se te ha indigestado la ley del sufragio universal, pues no perdonas medio ni ocasión de sacarla á cuento.

—¿Qué quieres? Yo entiendo que siempre tiene más bondad y, por lo tanto más valor lo bueno, aun siendo poco, que lo malo así sea poco ó sea mucho.

Se me figura haber dicho ya bastante respecto de la igualdad, y voy á ocuparme, ahora, de la *libertad del pensamiento*.

*
* *

—Aquí era donde yo con mayores impacencias deseaba oírte—clamó el intrépido huésped—pues no me negarás que cabalmente estamos en la época en la que por todos—invocando tu nombre—es llamada la época del libre exámen.

¿También, pues, consideras ilegítimo el *libre pensamiento*?...

—También: porque lo menos malo que puedo decir de él, es llamarle traje arlequinesco, usado por los sabarianos cursis, para presu-

mir de *espíritus fuertes* sin saber lo que es espíritu.

¿Quién puede considerar legítimo ese bazar del Rastro, en el que se almacenan los desechos de todos los sistemas filosóficos, y que viene á ser la Babilonia de los desesperados, de los ambiciosos y los necios?

—En Sabario hay librepensadores cultos, instruídos y hombres de talento.

—*Cultos* al parecer, pero que están sin educar... ¿*Instruidos*?... lo serán en otras cosas, y en eso escudados osan hablar de lo que no entienden... ¿*Ilustrados* ú *hombres de talento*?... ¡Bah!... Gentes de ocasión: ambiciosos que van en pos de algún negocio, y como ni discurren ni viven honradamente, saben muy bien no ser capaces de mantener tales ideas, cuando se les reta al terreno de la discusión honrada.

Créeme, Melitón: solo ignorantes, ilusos ó hipócritas es lo que—explotando la candidez que natura da á los imbéciles—fabrican ese comodín que llamais *libre pensamiento*.

—Pues hay que reconocer que es una gran fábrica—murmuró despechado Sauro, encojiéndose de hombros, cual si no supiera qué replicar—porque lo cierto es que son innumerables los librepensadores que hoy se ven por el mundo.

—¡Como que son muchos más los tontos que los avisados!... Ya lo dijo hace tres mil años Salomón: *el número de tontos es infinito*; y eso de fabricar librepensadores es cosa fácil.

Basta con tener un poco de cinismo; hablar despectivamente de la Religión; mal de la Iglesia, del culto, del clero, de las Ordenes re-

ligiosas y de las autoridades constituidas; pronunciar—venga ó no á cuento—las palabras inquisición, oscurantismo, esclavitud, igualdad, comunismo ó república; decir dos ó tres vaciedades y blasfemias, atribuyéndolas á Voltaire ó la revolución francesa, y, como haya dos mil tontos escuchando, que de seguro no habrán entendido ni una jota, ya están, de un boleo, dos mil librepensadores fabricados.

—¡Eres cruel, *Razón!*... Ten presente que en Sabario...

—En Sabario—donde solo hay monos de imitación de todo lo malo—*el libre pensamiento* es el eco de la voz del gabacho Gambetta, quien gritó en la casa de al lado: *La cléricature: voilà l'ennemi!*... Si lo hubiera gritado un sabariano nadie le hubiera hecho caso...

Por lo demás, en todo el universo es el faccioso banderín de enganche de chavales, de ilusos y de conciencias sin conciencia.

*
* *

Después de reflexionar un corto rato Melitón, cual si estuviera solo y en alta voz pensara, balbuceó pausadamente:

—El pensar es más libre y sutil que el aire, y á fe que nadie puede ni intenta encadenar al aire...

—¡Pero quién trata de encadenar al pensamiento!—doctrinó juiciosamente la serena *Verdad*.

Por voluntad del Creador el pensamiento de la mente humana es libre: nadie negarlo puede ni nosotras lo negamos.

Es el prodigioso é inestimable despertador de la voluntad del hombre.

Merced al mágico poder de sus impulsos, el humano sér se constituyó en potentado y poseedor de todo lo creado.

Su vuelo es tan maravilloso y raudo, que, sólo con querer, le basta medio segundo para cruzar briosamente los espacios, y llegar hasta los linderos de lo eternal y lo infinito.

Pero en cuanto toca esos linderos se detiene, y ya le es imposible pasar de allí.

Puede llegar, por lo tanto, hasta el mismo Dios; mas allí encuentra el dique que no le permite volar más.

Como dice sabiamente San Francisco de Sales, *los peces gozan de la inmensidad del océano, pero jamás alguno, ni toda la multitud de ellos, vió todas sus playas, ni mojó sus escamas en todas las aguas del mar... Los pájaros pasean á gusto la raridad del aire pero jamás alguno ni toda su generación ha tocado con las alas todas las regiones de este.*

Algo parecido á lo que les pasa á los peces del mar y á las aves del aire le sucede al pensamiento; lo es dado gozar de las bondades del Oreador, pero no puede abarcar los inescrutables arcanos de su soberano Oreador.

*
* *

—Vana y ridícula es la orgullosa presunción del hombre, al pretender analizar á Dios —continuó doctrinando *Verdad*.

Dios es Entendimiento ilimitado, eterno é

infinito, y el pensamiento racional, por maravilloso y raudó que su vuelo sea, como es limitado y es finito, no puede sobrepasar los ribazos que le ha marcado el Supremo Entendimiento, del cual procede.

Cierto que el pensamiento es por naturaleza libre: también lo es el potro cerril para correr; mas, cuando éste no se detiene ante la sima, y pretende correr más, se hunde despeñado en el abismo, y de él no puede salir.

No puede, por lo tanto, consentirse al osado pensamiento que vuele desenfrenado como un loco hacia lo absurdo y el error, y menos aún que pretenda traducir sus errados vuelos en realidades de la vida, porque éstas son patrimonio exclusivo de los pensares cuerdos.

Negar la existencia de su propio Hacedor; disputarle su Supremo Poder; mermarle su Grandeza, para compararla con la propia poquedad, ¿es libre pensar, ó es disparatar deliberadamente?

—¡Muy bien! ¡Muy bien!...—clamaron, palmoteando, las otras dos damas.

—¡Cuán despiadadamente—repito—maldecís las tres de nuestro progreso actual!

—Estás en un error, Melitón. Nosotras sólo le atacamos en la parte que tiene de irracional y de inmoral.

Porque no ignoramos que, la mayor parte de los librepensadores, son elocuencias mercenarias que predicán lo que no sienten; voces sonoras que elevan el acento de sus malas pasiones hasta la proporción de la voz de todo un pueblo, para complacerse luego en ladrar á sus inocentes víctimas, como ladran los perros

á los andrajosos porque van vestidos de andrajos.

Pues, como ha dicho muy bien antes *Razón*, esas elocuencias mercenarias visten á sus candorosas víctimas con los guñapos de las falsas filosofías, y nosotras no ignoramos que los apóstoles del libre pensamiento están convencidísimos de que, en sus juicios y en sus procedimientos, no existe apreciación alguna exacta, ni tampoco un solo principio racional ó humano.

—Entiéndelo bien, Melitón, y entiéndelo de ahora para siempre—concluyó enérgicamente *Verdad*.

Nosotras no maldecimos, en total, de tu progreso: maldecimos de lo *malo* de él y, decir mal del *mal*, no es maldecir.

Maldecir es lo que hace la porción perniciosa de vuestro actual progreso, al decir mal del *bien*, con el único objeto de hacer comulgar al vulgo con ruedas de molino, turbándole los ojos para hacerle pasar por buena la maldad...

*
* *

—Ya lo has oído á mi señora, y ten muy presente que ella jamás se equivoca y nunca nos engaña—continuó *Razón*.

Todo sér racional está obligado á decir bien del *bien* y mal del *mal*, so pena de caer en la baja ralea de los séres irracionales ó perversos: esto afirmó mi ama, y afirmó bien.

—Por la dureza con que tratais al libre pensamiento —aventuró *Melitón*—tremenda

va á ser la crítica que auguro para la civilizadora libertad de cultos, puesto que ya comen- zaste antes por llamarla inculta.

*
* *

—Sí que tengo que ser, amigo Melitón, inexorable y dura con esa bruta libertad de los degradados salvajes de levita.

Maldigo, pues, de esos mercachifles sin pudor ni honra, que, infieles á la civilización y á la cultura que llevó generosamente á sus lares tu noble y aristocrática nación, ahora, enriquecidos con los medios y letras que les dís- teis, quieren implantar entre vosotros, á pre- texto de modernismo y por la fuerza de las armas, la insana *libertad de cultos*, al fin de generalizar, *cultamente refinados*, los instintos materialistas y bestiales de sus primitivos as- cendientes, pongo por caso los, pieles rojas.

Proclamar, pues, esa libertad á nombre de la civilización, del progreso y de la ciencia, es una manifiesta mala fe; es sancionar mañosamente un solemne absurdo; es poner á traición un cebo envenenado á la avaricia, á la inconsciencia y á la ignorancia; es, en suma, un ultraje á la humanidad y á la ciudadanía; pues lo mismo que se le pone al perro, incapaz de convicciones, el pan sano y el pan inficionado para que por instinto escoja, así al ciudadano desidioso que no piensa—por considerarle incapaz de saber distinguir entre el bien y el mal, y entre la verdad y los errores —se le convida con esa variedad de religio- nes, para que fácilmente escoja la que más fa-

vorezca sus apetitos, y más halague sus sentidos y aficiones.

¿Es eso racional? ¿Puede eso convenir á una sociedad que esté debidamente organizada?...

¿Por qué callas, Melitón? ¡Responde con franqueza!

*
* *

Melitón pareció pararse á reflexionar; pero adherido tenazmente á la habitud de su alma, con más fuerza que garrapata á piel de oveja, no pudo sustraerse á su malévola influencia y contestó:

—Podrá no ser racional, según vosotras, pero la considero conveniente y aún necesaria, dada la actividad de la sociedad en que vivimos, y en la que falta tiempo para todo.

Merced á esa libertad, se ha generalizado en Sabario la provechosa tésis de que cada cual—si ha de rendir el culto debido á la moda y á los negocios—se fabrique su propia religión.

—Tésis absurda, totalmente desprestigiada entre los hombres sensatos y hasta en los más rudos y rudimentarios medios intelectuales.

—Hay entre ellos gentes que pasan por muy mentales y sensatos.

—¡Bah!... Explotadores del orgullo espiritual y nada más.

—Luego tú crees que en mi país...

—En tu país, como en todas partes, la maldad y el vicio se aprovechan del *río revuelto* de creencias, por ser éste el medio más cómo-

do de desembarazarse de toda religión de autoridad, y de toda sana y racional moral.

Allí, como en todas partes, está plenamente demostrado, que sólo los que viven encenagados en la podredumbre del vicio, y sólo los que tienen pésimas costumbres y mucho que purgar y que tapar, son los únicos que abogan por la diversidad de religiones; pues así no profesan ninguna, y creen tener pretexto para no someterse á la autoridad de ninguna ley moral. ¿Que saben ellos lo que es Religión?...

Por si tú acaso también lo ignoras, voy á explicarte brevemente lo que es preciso entender por Religión.

*
* *

—Religión es ese conjunto de relaciones que tiene la criatura con el Creador, y que, no sólo satisface los anhelos que por naturaleza trae el hombre racional de ser hombre *moral*, sino que también le es indispensable para realizar su otra ansia, que igualmente le viene por natura, de ser hombre *social*.

No porque el Creador haya dotado á la criatura racional de libre albedrío para que—mirando al propio bien y provecho, y á los provecho y bien ajenos—tenga libertad de respetar ó no sus leyes, y de tributarle ó no alabanzas, ha de creerse exento el hombre de aquellos deberes de justicia, que, á su vez, le impone la nativa y natural conciencia, inseparable compañera de la digna condición humana.

Cuando esos deberes no se cumplen, el hombre rebaja su dignidad y contradice su humana condición.

Es además la Religión una gran necesidad social, por ser ella el lazo que más y mejor une á los hombres entre sí, toda vez que constituye la comunión real, eficaz y evidente de juntar á todos, y así formar como á modo de compacta pía con su común y soberano Creador.

Pues bien, Melitón, ¿qué unión íntima y duradera puede haber entre los hombres, si no están todos vinculados en una misma creencia, y en una misma ley, y en una misma moral, y en unos mismos afectos, deberes y obligaciones?

—¿Y no puede existir también una gran porción de todo eso en la libertad de creencias?...

*
* *

Cual si hubiera sido el mismo diablo quien desde el cráter negro y cavernoso del averno hubiera formulado esa pregunta, las tres diosas, á la vez, miraron indignadas al poseso náufrago.

La matrona *Verdad*, que era siempre de entre las tres la más serena, desarrugó prontamente el airado ceño, y con amante solicitud doctrinó de esta manera:

—Así como yo soy sola y única en el mundo, y que todo cuanto esté fuera de mí es la *mentira*, así tampoco hay ni puede haber más que

una sola verdadera Religión, y las que estén fuera de ella son religiones falsas.

Donde hay libertad de cultos, tiene, por fuerza, que prostituirse el sentimiento religioso; no puede impedirse la rápida incubación de la anarquía, contra cuyo desarrollo, como contra el asno que tenaz se obstina, no hay más tratamiento que la tiranía ni otra medicación que el látigo.

Doquier se rinda igual homenaje á diversas religiones, jamás existirá seguro freno moral ó tendrá que pecar éste, irremisiblemente, de acomodaticio y blando.

Toda noción de la excelencia, de la grandeza y de la dignidad del hombre, y de su eterno destino, flaqueará en sus cimientos ó se derrocará, por completo, como torre levantada sobre movable arena.

En cambio cada día reinará con mayor imperio el nefando egoismo—alud de hielo para el pecho ajeno, y amargo hastío para el propio—y pasarán á ser meras palabras, sin sentido, lo mismo la virtud que el vicio, lo mismo la familia, y la patria, y la honradez y la justicia...

Tu país se hallará en continua rebeldía y no habrá poder ni autoridad que se sostenga mucho tiempo.

Perdereis, por completo, los saludables principios de la verdadera Religión, y ésta, como ya en parte os sucede, dejará pronto de ejercer del todo la debida y necesaria influencia sobre el mando, sobre los organismos sociales, y sobre la conciencia de los sabarianos, y entonces adiós sociedad y nación.

Si á esto llamais progresar, yo, á fuer de quien soy, os aseguro que no os hará ningún provecho tal progreso.

—Mas, ¿por qué la Religión del crucificado ha de ser la sola verdadera?

—Como eres al parecer afrancesado, voy á contestarte con las palabras literales de un escritor francés (1).

Todas las sectas perecen y varían porque son la mentira puramente humana. — Porque sus apóstoles no están unidos á la fuente divina que es Cristo, ni los transforma, por tanto, aquel fuego sagrado que el Salvador vino á encender en la tierra. — Porque no son instrumento de aquella divina misión que el Salvador recibió del Padre. — Misión que Cristo transmitió á su Iglesia, la cual á su vez la conservará hasta el fin del mundo, mediante la eterna asistencia de su divino Fundador.



—Ya lo has oído á ese amigo francés—continuó *Razón*—una sola es y puede ser la Religión verdadera:

La que tenga vida propia: la que viva por sí sola, y haga vivir á los humanos sin necesitar que la otorguen la esencia de su sér, ni los monarcas á los pueblos, ni los gobernantes á los gobernados, ni las aristocracias ni las democracias ni los científicos al vulgo.

¿Porque quien puede dar lo que él no tiene?

(1) Lamartine.

¿Cómo han de dar vida sobrehumana las religiones que siempre se hallan sujetas al capricho de la humana volubilidad?

Lo que más caracteriza, pues, á la Religión cristiana es su estabilidad; es la paz universal y real que ella apadrina; y es, en conclusión, la muy pura y saludable moral de su doctrina.

Participante es ella de la Inmutabilidad de *Dios Padre...*

Ella, igualmente, en la Sabiduría infinita de *Dios Hijo* apoya la afirmación de que no puede engañarse...

Ella, con la Suma santidad de *Dios Espíritu Santo*, nos garantiza la creencia de que no puede engañarnos...

Ella, en fin, en la Recta justicia de *esta Santísima Trinidad* funda la realeza y solidez de esa paz y sosiego inalterables, que son el mayor ideal que el mortal ansía...

*
**

—Me has convencido, *Razón*— confesó Melitón.—Yo te prometo que cuando vuelva á Sabario, si es que vuelvo y torno acompañado de vosotras, como es mi anhelo, nadie más podrá acusarme de no ser buen cristiano.

—¡Gracias!—clamó, con sencillez invosímil, la hermosa *Fe*.—Yo, á mi vez, te prometo que *Aquel* que por la venturosa Encarnación se hizo tu hermano, y por la Comunión vivirá contigo confundiendo tu substancia con la *Suya*, te lo recompensará, para tu bien, con prontitud y creces.

—Por tu amor, yo también te ofrezco que lo haré, aunque se oponga y me critique esa severa opinión, que tanto tiraniza al sabariano, á pretexto malsin de *européizarle*.

—Me alegro que hayas traído á la palestra á ese despótico fantasma, que llamis *opinión*, pues pensaba ocuparme de él—se apresuró á consignar *Razón*.

*
* *

—¡La opinión... La opinión!... —continuó *Razón*.

¿Qué cosa es la opinión?

¿Son acaso la opinión esos indoctos y mequetrefes chicos de la prensa que, por media libra de garbanzos, llaman hoy negro á lo que es blanco y mañana blanco á lo que es negro?

¿Lo es ese otro mezquino puñado de intrigantes, que, buscando únicamente su personal provecho, engañan al ignorante y confiado pueblo con lamentos de fingida esclavitud y de supuestas tiranías, al igual que con sus embusteros quejidos engañan los cocodrilos al viajero?

¡No, Melitón, no!... Esa conducta no es propia de hombres dignos; ni de ciudadanos rectos; ni siquiera de meros seres racionales.

Cuando en el alma noble y el corazón honrado—que eso es el sér racional—suenan, al mismo tiempo, los certeros ecos de la madre naturaleza y los hipócritas é inciertos gritos de la madrastra opinión, la recta conciencia

pide que se atiendan los primeros, y que los segundos se desprecien.

*
* *

Calló *Razón*. Todos callaron. El confundido Melitón—como si espantado estuviera de sí mismo—parecía haberse acurrucado entre los aledaños de la inverosimilitud y lo desconocido, sin acabar de resolverse cual de ellos sobrepasar.

Indeciso paseaba de un lado á otro sus inquietos y fosforescentes ojos de lechuza, buscando sin duda lo recóndito, en el cual, en vano, su mirar de fuego conseguía penetrar.

Al mismo tiempo, pensando en voz alta, cual si creyera estar solo, barboteaba, con voz intermitente y trémula, este monstruoso y singular monólogo:

*
* *

—¡Yo podré estar equivocado al glorificar el actual progreso!... ¡pero es que en él, yo sin embargo, veo algo!...

¡Si no es posible la igualdad en todo... ¿en la ley, en la estimación y en el respeto no habrá de serlo?

¡La libertad es natural!... ¡Yo la siento bullir en mi cerebro!... ¿Quién puede sujetar mi pensamiento?

Exigir de mi tal ó cual culto ¿no pudiera ser también una intransigencia usurpadora, que invadir quisiera el ancho campo de mi volun-

tad, cuando, por el libre albedrío en que nací, Dios me dejó libertad para servirle ó no?

¡Todo esto, mejor ó peor entendido, yo lo entiendo! ¡Todo esto, mejor ó peor sentido, yo lo siento!...

¡Pero es que hay algo más!... Hay algo que yo he predicado, con rostro afable y con hipócrita intención, al solo y bastardo fin de mi medro personal y eso... eso... eso... es el algo que yo no comprendo... ni yo siento!...

¡Abnegación!... ¡Sacrificio!... ¡Fraternidad!... ¡Amistad!... ¡Amor!... ¿Son por ventura un mito?...

¡Cuántas veces predicaron, ampulosamente, mis embusteros labios esas palabras atrayentes, sin pararse á saber lo que decían, pero sí comprendiendo mis codicias el por qué y para qué las pronunciaban!

¿Sé yo lo que es amor?...

¿Sé lo que es amistad?

¿Merecí alguna vez que alguien me amase?...

Si se entiende por fraternidad la unión y buena correspondencia con el prójimo, ó sea el lazo de recíprocas concesiones entre los miembros de la sociedad, yo, que como *Pyrrón* tengo el hábito de dudar, ó de afectar dudar de todo y de todos; y el corazón siempre sano y fiero; y el ánimo vagando incesantemente en rencores, y de continuo ocupado en afectos hostiles y en prejuicios ¿soy materia dispuesta para ese algo que llaman *fraternidad*?...

Ora como cercanas avispas, ansiosas de clavar el aguijón maldito; ora igual que horrendo fragor de lontananas explosiones, así los lamentos estridentes del poseso Melitón zumbaron en los delicados oídos de las damas.

Las hermosas *Fe* y *Razón* lloraban amargamente; y, en cuanto á *Verdad*, no pudiendo aguantar por más tiempo tan villanas y fieras disquisiciones, sacudió violentamente el brazo del náufrago para que volviera en sí, y le increpó severamente de este modo:

—Detén ya tu impía lengua, Melitón, y párate á escucharme, porque blasfemando estás como un damnado.

¡Con el mismo estupor y asombro con que veis los mortales, en la noche oscura, esa lluvia de estrellas que, cual si lágrimas fueran de ignoto y triste planeta, desaparecen en el espacio sin dejar rastro ni huella, así nos has dejado ver, en ese tu maldito éxtasis, cómo se han perdido nuestros esfuerzos por tu bien, en el infernal vacío de tu espíritu, y en el seno abismal de tu conciencia!!

Si tan insensible sigue siendo al amor tu glacial y duro pecho, como acaban de proclamarlo las sílabas de hielo, con que ha poco blasfemaste ¿qué fruto has sacado de los avisos providenciales del naufragio?... ¿Qué de la pristina poesía de esta encantada isla?... ¿Qué de nuestras leales y divinales enseñanzas?...

¡¡Miserable!! ¡¡Miserable!! ¡Vuelve en tí!...

*
* *

Melitón temblaba como débil caña azotada

violentamente por encontrados huracanes, y así fue que, á duras penas, se atrevió á bisbisear aquesta excusa:

—Perdonadme las tres... ¡Sin duda deliraba!...

¡Es tan formidable!... ¡Tan confuso el hacinamiento de ideas que habeis traído las tres á mi cerebro, que más bien creo que fue mi mal sino el que me trajo á este lugar, y no mi buena estrella, como, al verme por primera vez, me anunció *Verdad*.

—¡Perdónale madre—suspiró tristemente *Fe*—dejaría de ser hombre sí, al igual que todos los hombres, no fuera también ingrato!

—¿Tú también me desprecias, niña gentil y bella?

—Yo no desprecio á nadie—contestó la niña con voz de timbre seductor y blando—lo que lamento amargamente es tu tenacidad en no entender, que *no sólo de pan vive el hombre sino también de la palabra de Dios*, siendo así que la palabra de Dios es la engendradora del puro y perfecto amor, que es el que á todos los otros santos amores estimula.

—Pero ¿sé yo, puedo saber yo lo que es amor? ¿Soy yo susceptible de sentir amor?—prosiguió el náufrago, denunciando en el semblante su mortal angustia y su zozobra.

—¿Otra vez deliras? Decididamente estás loco—repuso, á su vez, *Razón*.

—Ningún corazón humano—siguió doctrinando *Verdad*—puede vivir sin amor: ó ama el *bien* real, que es el amor *bueno*, ó ama la falsa apariencia de bien que ve en el *mal*, que es el amor *malo*.

Con amor naceis; con amor vivís; y con amor bajáis al hoyo del sepulcro.

—¿Qué crees tú que son sino engendros del amor malo, del amor profano, y del amor esclavo é impuro, esos rencores familiares, sociales y políticos, que teneis la porción mayor de los mundanos?

¿Y vuestras ambiciones y codicias desenfrenadas, y todas esas vuestras envidias pantanosas con sus funestas é irremediables consecuencias?...

¿Y esas fingidas amistades, con sus felinos halagos y sus liviandades y deslealtades?...

Todo eso es amor; pero amor *malo*; desequilibrado amor; pues carece de la influencia y gobierno del puro y perfecto amor, que, como te ha dicho *Fe*, está únicamente en la fértil participación de la bondad de Dios.

—Ya que hemos hablado de ese puro y soberano amor—imploró *Fe*, alzando en sus torneadas manos el diminuto crucifijo de oro, que pendía de su garganta alabastrina—yo te ruego, madre mía, que me permitas explicar á nuestro huésped la diferencia que hay entre el amor profano y ese otro indispensable sentimiento del corazón humano, único que enciende la fraternidad y la amistad sinceras de los hombres entre sí.

Ese amor divino y soberano que, no bien nace, ejerce saludable y total dominio sobre todos los amores, y del cual afirma San Francisco de Sales, *que es, entre todos los demás amores, el que posee con justicia el cetro, y que tiene tan unida, inseparable y connatural la au-*

toridad de mandar, que, en no siendo él dueño de todos, deja de ser y perece.

—¡Bien, hija mía!... quedas emplazada para mañana, porque hoy se ha hecho ya tarde, y todos necesitamos descansar.

IV

FONS AMORIS

¿Pensáis que quien muy de veras ama á Dios que ama vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni honras, ni tiene contiendas, ni anda con envidias?

(*Santa Teresa,*
Conceptos del amor de Dios, 70.)

Díjome el Señor: ¡Ay hijo, que pocos me aman de verdad; que si me amasen no les encubriría mis secretos!...

¿Sabes qué es amarme?... Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí.

(*Santa Teresa.—Su vida, 40.*)

CUANDO á la mañana siguiente Melitón bajó al jardín, quedóse pasmado al advertir que ya *Verdad* y *Fe* no parecían madre é hija, sino dos hermanas gemelas; dos gotas de agua; más aún: una sola beldad reproducida por límpido y bruñido espejo

Tal habíanse rejuvenecido, en una sola noche, los encantadores hechizos de la madre, y tal se habían acrecentado los hechiceros encantos de la hija, que ya era de todo punto imposible distinguir cual era la una, y cual la otra.

—¡¡Qué hermosísimas sois las dos!!—exclamó al verlas.

¿Dónde quedó *Razón*, que no la veo?

—Ocupada en las faenas de la casa—contestó una de las damas.

—Nos encargó—añadió la otra—que te dijéramos que tardaría poco en venir; pero, que si la necesitáramos, con sólo dar una palmada acudiría á nuestro lado.

—Mejor estamos sin ella—alegó Melitón.

Ayer quedamos en que hoy trataríamos del amor, y ella que, sin darla alas, ya de suyo es entrometida, más bien que hacernos falta puede que sirviéranos de estorbo.

—¿La guardas rencor por lo que ayer te dijo?

—¿Quién me lo pregunta?... ¿Es *Verdad* ó es *Fe*?... Porque tan semejantes é igualmente bellas os encuentro hoy, que—lo confieso lealmente—cuanto más os miran mis ojos, más se confunden y os confunden, como le pasa al viajero con las perladas lágrimas de rocío, que llora el alba sobre la floresta, al despuntar el día.

—Soy yo *Fe*, quien te lo pregunto.

—Pues bien, adorable *Fe*; yo no tengo rencor ninguno á la simpática *Razón*.

Si alguna vez su vehemencia natural la ciega, es, en cambio, de ordinario tan leal y buena, que yo no puedo menos de considerarla y estimarla, como el hallazgo más valioso que encontré en la accidentada carrera de la vida.

Pocos habrá—os lo aseguro—que ansíen, tanto como yo, paladear la sabrosa miel de sus consejos. Ellos me arrebatan y conmue-

ven, como los ojos fulgurantes de las águilas hipnotizan y atraen al incauto pajarillo.

—Haces bien: porque encauzar el entendimiento á cosas útiles; y ejercitar el ingenio en actos hacederos; y mover la voluntad hacia los afectos del bien, constituyen la misión que recibió del Oreador, y que ella honradamente cumple, cuando con lealtad y sin ningún prejuicio se la escucha.

Pero no siempre puede cuanto quiere y por eso necesita mucho que la ayude yo.

—Todos necesitamos ayudarnos unos á otros, hija de mi alma—advirtió la benévola *Verdad*.

Pero deja ahora esta cuestión y háblanos del perfecto amor y de su derivado la santa amistad, según prometiste ayer.

*
**

—Cuéntase — comenzó *Fe* — que algunos años antes de que los enemigos de Dios tomaran á Tolemáida (ciudad asiática) una mujer del pueblo recorría sus calles exclamando á voz en grito: ¡*Oh mi Dios amado!*... ¡*Oh dulce Señor mío!*...

Que la referida mujer llevaba una antorcha encendida en la mano diestra, y una ánfora llena de agua en la siniestra.

Que las gentes admiradas de sus voces y de los adminículos que en ambas manos sostenía, la preguntaban afanosas:

—¿*Qué quieres significar con eso?*

Y que ella les contestaba con inalterable decisión:

—¡Mi anhelo es apagar con este agua el fuego maldito del infierno, y encender con esta antorcha, en todos los hombres, el bendito amor de Dios!...

—¡Interesantísima leyenda!—exclamó Melitón.

—Pues bien, esa mujer representa el fin que, para bien del hombre, tenemos nosotras en el mundo.

En la activa mujer está representada nuestra celosa y fiel doméstica, á quien tu ya conoces y que, como ha poco decías, la estimas como la más valiosa joya del humano sér.

Mi madre lo está en el ánfora del agua, pues, con sus irrefutables argumentos, apaga todas vuestras dudas y todas vuestras disensiones familiares, sociales y políticas.

Y yo lo estoy en la antorcha, porque encendiendo en el corazón humano el sacro fuego del amor de Dios.

*
*
*

—¿Qué singular encantamiento hay en tu mirar de fuego, y qué desconocidos afectos producen en mi alma tus mágicos acentos—interrumpió Melitón obediente á un impulso irresistible—que haces que se me salga del pecho el corazón, y que se me doblen, mal de su grado, las rodillas, y que todo mi sér emocionado, pendiente y suplicante esté de tus palabras?...

—¡No soy yo!—exclamó alborozada Fe, encendiendo cada vez más, con la lumbre ideal

de sus pupilas, los ya ardientes y enrojecidos ojos del viajero.

—¡No soy yo; es el amor de Dios que va, como el rayo, hacia tu alma, á llevarte socorros y asistencias interiores que, á la par que te otorgan facilidades para vencer cuantos obstáculos encuentres en el camino de tu perfección, te colmen de dulzura y gozo en las amarguras de la vida y, por último, que tu estéril corazón fecunden en obras de gratitud y confianza!

Es ese prodigioso amor que, á la vez que suave perfume que á todos los amores purifica, es activa y devastadora hoguera que prende presto en los corazones nobles y que, aún más presto reduce á pavesas y cenizas los más erizados abrojos del campo de la prueba.

Cuando el espíritu del hombre es tocado de la chispa candente de ese amor, se apresuran la memoria, el entendimiento y la voluntad á desposeerse por completo de su propio sér para convertirse, rápidamente, en sólo amor de Dios.

Se hacen—en cierto modo—vigorosísima substancia con el mismo Creador, á la manera que la insípida gota de agua se hace exquisito néctar, al sumergirla en vasija llena de vino generoso.

Y memoria y voluntad y entendimiento, por torpes que sean y á oscuras que se hallen, brillan y resplandecen, al contacto de esa chispa célica, lo mismo que el aire, de su cogeta opaco, brilla y resplandece cuando los fúlgidos rayos del sol le hieren.

Y las tres potencias del alma más apagadas y cobardes, al ser heridas por esa divina chispa, se embravecen y toman forma de fuego, sin perder su primitiva forma, como sin perder la suya la toma á su vez el hierro incandescente.

Y no concluyen los prodigios del amor de Dios, sino que, tan pronto como al espíritu humano inflama el fuego de ese amor, queda insensible á la lumbre devastadora de los amores profanos, y ya para él no hay borrascas que le sumerjan, ni tempestades que le abrumen, ni fríos que le hielen.

—¿Tanto puede ese amor?

—Es tanto lo que puede y quiere, que no solamente alumbrá las facultades del espíritu y hermosea el corazón en donde anida—benediciendo y santificando las virtudes que en él engendra—sino que ya, como dueño y rey de ese corazón, más las acrecienta, y con excelencia mayor las santifica, al ejercitarse estas después por su mandato.

—¿Cómo así?...

—El dignifica á la prudencia—que es la lumbrera de *Razón*—y la ordena que sufra, y la prudencia, no ya resignada, sino que satisfecha de sí misma, con júbilo siempre creciente, sufre...

Manda á la esperanza—destello de mi madre *Verdad*—que constante espere, y esperanza, cada día con mayores constancia y confianza, espera...

Quiere, con imperio, que Yo obediente crea, y yo, cada vez más sumisa, y más alegre, y más convencida, creo...

—¡Maravilloso amor!...

—Pero sabiamente explicado por el amante seráfico de Sales, quien afirma que *la Divina dilección tiene dos actos salidos propiamente y nacidos de ella misma, de los cuales, el uno es el amor efectivo que, usando de la plenitud de la autoridad real, somete y allana todo el pueblo de nuestras facultades, potencias y pasiones á la voluntad de Dios, para que sea amado, obedecido y servido sobre todas las cosas; y el otro es el amor afectuoso, sumamente delicado, tierno, agradable y amable, que está en sí misma, cada vez cobrando mayor vida, por la suavidad que ella recibe.*

¿Comprendes, pues, amado huésped, cuánto puede, y cuanto quiere, y cuánto vale ese amor?

*
* *

Anonadado quedó el náufrago por la portentosa y rítmica elocuencia de la joven.

Pero aun cuando sentíase prendido en muy íntima é indubitable convicción, hizo sobre sí mismo un soberano esfuerzo, como quien quiere argumentar aún pero sin saber lo que decir, y se limitó á balbucear timidamente estas palabras:

—¡Mucho vale ese amor!... ¡Muy excelente es, no cabe duda!... ¡Mas por lo mismo que es tan excelente y vale tanto, mucho también hará sufrirl!... ¡Dícese en el mundo, que el amor es siempre sufrimiento!...

—No lo creas de ese amor.

Dentro de las mallas de ese amor, en realidad no hay sufrimiento!..

Si alguna vez, y por algún tiempo, se gusta el caliz de amarguras que, en este mundo corrompido es forzoso que beban los amigos de Dios, su amargor no es comparable al gozo, al placer, á la satisfacción y á la alegría que se suceden á ese amargor.

Oye á Teresa de Jesús, maestra de ese amor:

¡Dadme, Señor, trabajos, persecuciones, calumnias, enfermedades, dolores, cuantos males haya en el mundo!... ¡Todo lo sufriré con gratitud y gusto si me das tu amor!

Para convencerte de si es ó no fructífero ese amor, lee lo que esa misma doctora escribe en su magnífico libro *Camino de Perfección*:

(1) *El que de veras ama á Dios, todo lo bueno ama, todo lo bueno quiere, todo lo bueno favorece, todo lo bueno loa, con los buenos se junta siempre y los defiende, todas las virtudes abraza, no ama sino verdades y cosa que sea digna de amor.*

¿Sucede eso con el amor y la amistad de vuestro mundo?

—No siempre.

—No sucede ni puede suceder porque vuestros amores son terrenos y por eso son pasajeros; y por eso son sufrimientos sin consuelo, como decías antes, porque demandan sólo, y siempre con afán, ofrendas mezquinas, fugaces y deleznales.

Porque la voluntad cobarde, sin querer usar

(1) Cap. 70.

del dominio que tiene sobre la memoria el entendimiento y la fantasía, permite que el amor de concupiscencia ó apetito sensual—su mísero súbdito siempre inquieto y sedicioso—interprenda y asalte la razón, para que ésta no le diga, como Dios dijo á Caín: *tu apetito se convertirá á tí y te dominará.*

Ahora bien: como es mucho por desgracia lo que hay que decir de esos funestos amores, y yo me hallo algo fatigada, permíteme un rato de descanso.

*
* *

Mucho fue también lo que debió pensar Melitón durante aquel espacio de tiempo.

De sus inquietos y fosforados ojos, parecía que esforzabase por salir esta pregunta:—¿qué me dirá?

En la rugosa frente marcando iban, cada vez más, sus ferradas huellas las múltiples y encontradas emociones que, como enjambre que ha perdido la colmena, bullíanle tumultuosamente en el cerebro.

Daba duelo verle... Compadecida de él. *Verdad*, creyóse en el caso de sacarle de tan honda preocupación, diciéndole:

—¡Apóyate en mi brazo, Melitón! ¡Mira que mi brazo es más fuerte que columna de granito.

Apóyate en mi brazo y paseemos juntos por este ameno jardín, aspirando el deleitoso perfume de sus flores, en tanto que la bella *Fe* descansa.

—Gracias, *Verdad*; mas no puedo moverme

de este asiento; á él me amarran, contra mi deseo, la impaciencia y mis anhelos, cual si fueran emplomadas grapas de hierro, las que á él tuviéranme sujeto.

La hermosa *Fe*, que esto oyó, envióle una dulce y benévola sonrisa, en la que el mísero Sauro se embriagó.

*
* *

—El mayor enemigo del amor de Dios— continuó *Fe*, reanudando su discurso—es ese satánico amor propio, que desvía al corazón de la ley objetiva y esencial á que está, por naturaleza, sometido todo amor, y que, tomándose siempre á sí mismo por fin, se denomina *el egoísmo*.

Comparemos ligeramente los efectos de ambos amores:

Nuestro Generoso Dios paga el amor que se le tiene, no sólo con exuberantes satisfacciones para quien le ama, sino—según te dije al principio—colmándole de valiosos y especiales socorros y asistencias interiores, á fin de que, con semblante alegre y corazón rendido, tribute afectos de virtud á sus padres, y á sus hijos, y á su familia, y á sus amigos, y á la verdad, y á la belleza y, en fin, á todo cuanto le rodea, y á todo cuanto se halla alejado de él.

En cambio, contempla lo que demanda el egoísmo:

Todo lo quiere para sí; todo lo subordina al propio interés; y todo lo juzga con raquíptico criterio.

Es, á la vez que de Dios, enemigo de la propia alma, pues jamás orienta sus actos hacia el Sumo Bien, que es lo que Dios y el alma racional anhelan.

Es igualmente enemigo de sus semejantes, pues sólo atiende al ruín *yo*, prescindiendo de esos deberes de honradez, de humanidad y de justicia, que son de todo punto indispensables para el bien vivir de la colectividad social.

¿Qué más?... ¡Si hasta es el enemigo mayor del mismo *Yo*, pues le quebranta, con las ansias de buscarlo, el personal reposo por el que tan sin medida suspira el egoísta!

—¡Lo comprendo!... ¡Lo comprendo!...—plañía Melitón, añorando en su interior satisfacciones incompletas, á la par que tristes desencantos muy completos.

Pero ¡ay!... ¡Blanquéanse tan pronto los cabellos!... ¡Agujerean tan sin piedad al corazón las penas!... ¡Es tanto lo que á la erguida cabeza abaten los humanos desengaños!...

Y por otra parte... ¡Son tan gratos el oro... los honores... el placer... la independendencia... y tan difíciles de conseguir sacrificándose en provecho de otros!

—¿Acaso está libre de canas y de desengaños y de penas el mísero egoísta?

¡Si ellos son cabalmente su pan de cada día! ¡Si son la propia sombra que le persigue tanto más, cuanto más la huye!

¡El oro, los honores, la independendencia, los placeres!... ¡Qué ilusión!... ¿Crees tú que con eso se contenta y halla el reposo y la tranquilidad, á que vanamente aspira sin cesar el amado *yo*?

Los tesoros acumulados é inservibles le tornan avariento. ¡¡Vaya un contento y un reposo!!

La ilusoria independencia y el ánsia, aún satisfecha, de mandar le hacen tirano, insubordinado y cada vez más ambicioso. ¡¡Famosa tranquilidad!!

Y si rinde exclusivo culto al sensualismo y á la molicie, no tarda mucho tiempo en sepultarse en la lóbrega cárcel de la tristeza, de la melancolía, del tédio y del insomnio. ¿Es eso amarse á sí mismo, único fin del egoista?



Después de reflexionar Melitón, exclamó tristemente:

—¡Horrible es el cuadro que has pintado!

—Pues ten entendido que ese cuadro—confirmó *Verdad*—es parecido ó casi igual al que en tu patria se dibuja en todos los organismos que deponen la soberanía del fructífero amor de Dios, para subordinar su febril, su constante y estéril actividad á la incompleta consecución de los insaciabiles apetitos mundanales.

¿Por qué, dinos con franqueza, en el trato de unos hombres con otros se encuentra la preciada amistad de la cual dijo Oicerón (1) *que, fuera de la sabiduría, es el bien mayor que dieron al hombre los dioses inmortales?*

¿Es esa amistad honrada, en la que de igual modo se estiman recíprocamente el sujeto amante y el objeto amado, cumpliéndose for-

(1) Tratado de Amicitias inmortales.

malmente el precepto de Cristo: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo?*

Allí todos se llaman unos á otros *mi querido amigo*, y ninguno es *querido* ni es *amigo*.

¿Qué sinceridad y qué duración puede tener una amistad que sólo se aprecia por el provecho propio, al cual se subordinan todos los recursos temporales del amigo?

Allí se usan muy poco esas amistades que no dilatan un instante la ejecución de los favores al amigo, y menos aún, esas amistades que unen íntimamente á los amigos, por los vínculos del espíritu, de la moral y de la religión.

¿Quién en tu país elige los amigos, aquilando bien antes sus condiciones espirituales y morales? ¡Nadie!

Lo que allí se usa, frecuentemente, es ese afecto de *concupiscencia* que instiga á la procuración y obtención, sin reparar en medios, de la cosa que la golosinería interesada ó irracional desea.

El amor mútuo de *benevolencia* no se conoce en vuestro país: allí ese amor es un proscrito... un mísero desterrado.

Por eso rara vez ve allí el hombre en otro hombre á un hermano, á un compañero, á un prójimo, en fin.

Lo que comunmente ve es un adversario; un competidor; un estorbo, quizás, para el logro de sus planes.

(1) *¡Ah si entendiédeses—dice la virgen del Carmelo—lo que nos importa esta virtud del*

(1) Santa Teresa, Morada V, 3.

verdadero amor del prójimo, no traeríades otro estudio... Mientras más aprovechados os viéredes en el amor del prójimo, más lo estaréis en el amor de Dios!... La más cierta señal de que guardamos estas dos cosas es guardando bien el amor del prójimo; porque si amamos á Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos, mas el amor del prójimo sí.

*
* *

Nueva pausa, nuevo aturdimiento de Melitón, quien, cada vez más confundido y anonadado, exclamó encogiéndose de hombros:

—Me invitaste, ha poco, benévola *Verdad*, á que expusiera mis impresiones con franqueza, y á exponerlas con franqueza voy, fiado en vuestra bondad y vuestra indulgencia:

—¿Vas á contestarme á la pregunta que te hice antes de que: *¿quién en tu patria elije los amigos aquilatando previamente sus condiciones religiosas y morales?*

—Voy á referirme á una gran parte de lo que tu hija y tú habéisme dicho.

No acabo de convencerme; y, pues aseguro lealmente que lo siento, ocultaros no debo mis recelos:

Tengo para mí que exagerais; que, llevadas de vuestro celo por mi bien, tratais de amedrentarme para atraerme mejor á vuestro campo.

—¡Ingrato! ¡Ingrato!—gimió *Fe* con voz apagada y lastimera, pero siempre atrayente y dulce cual vaga melodía.

¡Dudar así de nuestras palabras! ¡Velados designios ver en ellas, cuando generosamente tienden á levantar tu abatido espíritu, y á dotarle del calor que necesita para que en él broten las nobles esperanzas!...

¡Eso no está bien, Melitón! ¡Eso es una demencia!

—¡Desconfiar igualmente—añadió *Verdad*—de los escritos de Santa Teresa, maestra del amor... Y de lo afirmado por el sabio Cicerón... Y sobre todo y principalmente de los consejos de un Dios Bondadoso, que murió clavado en una cruz para darnos testimonio de su amor!...

¡Ah Melitón, eso es espantoso! ¡Eso no se concibe en sano juicio, y más valiera estar sordas para no haberlo oído, ó ciegas para no ver á quien lo dijo!

—No me expliqué bien: yo no dudo de vuestras palabras, ni desconfío de vuestras enseñanzas—clamó asustado el náufrago.

Yo bien sé, pues ya me lo dijo *Fe*, que tenéis la noble misión de mover, de ejercitar y de encauzar por sanas reglas la voluntad, el ingenio y el entendimiento humanos.

Pero también entiendo que, por los dones que nos vienen de natura, nadie debe ser loado, ni por la mengua de ellos denostado.

¿Sería justo—por ejemplo—denostar á un enfermo, ó á un débil, ó á un jiboso, por la falta de salud, por la debilidad del cuerpo, ó por la fealdad de los miembros?

—Pero, ¿qué segunda interpretación torcida es esa?... ¡Vaya una enmienda!... ¿Pues quién ha hablado aquí de tales cosas?—volvió

á interrumpir *Fe*, si bien esta vez más indignada.

Lo dijo Salomón en sus proverbios y lo sabemos todos de memoria: *nadie puede añadir una pulgada á su estatura.*

—Luego tú reconoces...

—¿Qué he de reconocer?... Yo jamás me referí á la ruindad de la materia, sino á la nobleza del espíritu; y toda nobleza nace de virtud, no del vientre de la madre.

—También la nobleza se hereda.

—Para el vulgo de las gentes sí; pero no es así...

Mas, aún cuando así fuera, tú sabes perfectamente, que por imposible tiene contentarse, quien cree posible haber más.

—Es cierto.

—Pues bien: ninguna gloria satsiface los apetitos del humano espíritu, mientras haya más gloria que alcanzar.

—Explicate más claro.

—¿No da el Oreador á todos los mortales los alientos necesarios para que vivan todo el tiempo que El, en sus altos juicios, ha dispuesto?

Pues lo mismo da á todos la gracia suficiente, que cada cual necesita, para levantarse á la perfección espiritual á que El bondadosamente los llama.

¡Nadie tiene más vida que la que Dios quiere; ni á nadie se le pide tampoco que escale á mayor altura que á la que Él, como Señor, le llama!

—Vuelve sobre tí, Melitón—advirtió amistosamente *Verdad*.—No por no reconocerte vencido huyas de la cuestión, porque nosotras no obramos así contigo.

El hombre no es el cuerpo solamente.

El cuerpo es el vestido... Es la prisión en la que viven encarcelados, temporalmente, el entendimiento, el ingenio y la voluntad, que son el alma.

—No es que huya intencionadamente de la cuestión. Es que aún no había terminado la premisa:

Los dones intelectuales, ¿no son también engendrados en nosotros por natura?

—No: que infundidos son en el alma por el acto creador que le da el sér; pero esto no empece á tu propósito y puedes proseguir:

—¿Y el entendimiento; y el ingenio; y la voluntad; y el corazón son iguales en todos los hombres?

—No son iguales, como no lo son los dones del cuerpo; pero, al contrario de los del cuerpo, son susceptibles de disminución y aumento; de educación, en fin.

El jugo letal de la concupiscencia los degenera, y la buena doctrina los acrecienta; por eso los hombres, cuando se rebajan por la concupiscencia, son denostados y, cuando se ensalzan por la virtud, son alabados.

—Y con justicia alabados—se apresuró á complementar *Fe* — porque la virtud no se ejercita sin el auxilio de la gracia de Dios, y la gracia de Dios no la merecen los que reniegan de El...

—No todos son ateos en mi patria. No to-

dos reniegan de Dios—apuntó tímidamente Melitón.

Hay muchos que conservan la idea de la existencia del Hacedor... y que creen amarle... y que son honrados... y que aspiran al Sumo Bien.

Pero todo eso lo juzgan compatible con otras ideas que, aunque en parte no las juzguen tan buenas, es muy conveniente, es casi indispensable transigir con ellas, porque así lo demandan la marcha de la sociedad y las necesidades de la moderna civilización.

—¡Alto ahí, Melitón—interrumpió de nuevo la *gaya Fe*.

Nadie tiene en la tierra más que una sola madre: la que nos dió el sér.

De igual modo, el hombre moral no puede tener más que una sola moral: la moral cristiana y, lo que contradiga á esta moral, siempre pecará de inmoral.

* * *

—No tratamos, como ves, de amedrentarte, Melitón—sentenció *Verdad*—sino de convencerte y nada más.

Muchas opiniones de filósofos ateos y católicos podría invocar en testimonio de ser cierto lo que hubo afirmado *Fe*; pero sólo te citaré lo que, ha poco, escribía uno de ellos:

Decía que solo la moral cristiana *hace la virtud de confiar en Dios, al esperar en El, por ser ella el único baluarte que defiende lo bello y la Verdad; y ser, principalmente contra ella, contra la que asestan sus golpes los groseros, los vi-*

ciosos, los embusteros y malvados sin haber podido nunca derrocarla.

Muchos lo han pretendido en todos los tiempos; pero siempre fue en vano, pues según profetizó su divino autor: *todo pasará, pero mi palabra no pasará.*

Ni la mercenaria y barata péñola convertida en vil puñal; ni la metralla herrumbrosa de la calumnia; ni las astucias de la pérfida diplomacia; ni las teas mal olientes de la plebe; ni el hacha homicida de la revolución, han podido extirpar, de entre los hombres, el frondoso árbol de la vida ó, lo que es lo mismo, *la moral cristiana.*

¡Qué digo extirpar!... ¡Si más bien el estiércol de esos ataques la ha servido de abrigado abono, para que se ahonden sus raíces, y para que su tronco se conserve doblemente lozano, y cada día más fructífero!

Sus preceptos son los más sociales; los que traen el mayor provecho al hombre; los que más cumplidamente le provocan á conducirse bien con sus semejantes; los únicos, en fin, que, cuanto mejor se cumplen, tanto más agradan y se aman.

*
* *

En esto penetró *Razón* en el jardín, con el rostro, como siempre, radiante de franqueza y de alegría.

—A buen tiempo llegas, bella enemiga mía —exclamó Melitón no bien la vió.

Del enemigo el consejo, se dice de ordinario,

y por eso tu oportuna llegada me complace... Así darás tu opinión sobre la propuesta que me disponía á plantear á estas señoras.

Reconozco como la más excelente la doctrina de Jesús.

—¡Como la única!—exclamó *Fe*.

—¡Bien!... Como la única, pues lo quieres tú. Pero vamos á ver: para servir y amar á Dios ¿es indispensablemente necesario orar, rezar, ir al templo, oír misa, confesarse, comulgar y escuchar sermones, siempre cortados todos por igual patrón?

Yo conozco á muchos que pasan en la vida real por muy buenos cristianos, y por personas cultas, honorables y de recto juicio, quienes—estimando que esos actos externos son más bien propios de niños y mujeres, y que además distraen mucho la atención de cosas más importantes—los toman á beneficio de inventario.

—¡Esos no son cristianos!—gritó exaltada *Fe*.

—Ellos se tienen, y en el mundo pasan por católicos... Lo que hay es que profesan la religión con la amplitud y cultura que les sugiere su conciencia cauterizada, ó su inculto criterio, pues que así quereis; pero que para el caso es lo mismo...

—¡Insensato!... ¡Insensato!...—repitió varias veces *Razón*, cual si con este duro apóstrofe quisiera demostrarle la indignación y lástima que sus palabras habíanla inspirado.

Contéstame ¡infeliz! aunque sea solamente á esta pregunta:

¿No te arrojaría de su real presencia, por

indigno y temerario, hasta el más modesto monarca de la tierra, á quien hicieras la propuesta de militar en sus banderas, no con sujeción á los reglamentos por él instituidos, sino según las reglas que tú eligieras á capricho, y con las armas y el vestuario que quisieras?

—¡Es que yo no le haría tan estúpida propuesta!

—¿Y al Rey de reyes, y al Soberano de cielos y de tierra, no solamente se la hacen esos desdichados cristianos, sino que, tratándole, aún más despectivamente que al más modesto monarca de la tierra, ellos por sí mismos se la otorgan, pretendiendo pasar así por militar en sus banderas?

—¡Basta, Razón!... ¡Basta!...—rugió el naufrago.

—¡Si!... ¡Basta!... ¡Basta!...—confirmó severamente la imperturbable *Verdad*.

Porque ¿cuáles son las garantías de fidelidad y de honradez que ofrecen esos hipócritas enmascarados?

Rezan las Sagradas Letras, que *si el que maneja la pez ha de ensuciarse las manos, el que se junta con personas vanas y sin pudor se hace semejante á ellas*.

¿Pues qué padres, qué hijos, qué ciudadanos, qué gobernantes y qué gobernados pueden dar de sí esos caprichosos afiliados á la milicia santa de Cristo?

Dice Santa Teresa de Jesús (1), que así como cuando á uno muerde una víbora se empon-

(1) Morada II, I,

zoña todo él y se hincha, así nos sucede si no nos guardamos de cosas vanas y perniciosas.

¿Es, pues, á esa sociedad, en la que abundan y pasan por buenas semejantes víboras, á donde tú quieres llevarnos?

Luego, dirigiéndose á la hermosa *Fe*, la dijo:

Prosigue, hija mía, tu interrumpido discurso y continúa analizando los amores que en el mundo no toman, por rey y gobernador de ellos, al santo amor de Dios.



—Ya me ocupé—continuó *Fe*—del *egoísmo*, ó sea del amor propio, así como también de la *amistad*, al cantar las excelencias del rey de los amores, el *amor de Dios*.

Voy á referirme ahora á los amores naturales:

Es ley universal de todas las cosas naturales—y en esa ley común están los amores de nuestra natural inclinación—que todas ellas se ennoblezcan, se embellezcan y se aumenten, tanto más, cuanto más se conformen con el manantial de que proceden, y que tanto más se desnaturalizan y corrompen cuanto más se alejan de él.

Esto les sucede á los amores naturales de esos católicos, de quienes decía Melitón que, estando bautizados y llamándose cristianos, tienen á menos ó se avergüenzan de ir al templo, de oír misa y de confesar y comulgar.

No, Melitón, no; los deberes del cristiano

no son deberes de capricho, ni menos indecisos é indeterminados.

Claramente definidos y concretados se hallan en el decálogo, que promulgó el Divino fundador de su Iglesia.

Quien no los observe, honrada y cumplidamente, es enemigo de su Fundador, pues El lo dijo: *quien no está conmigo está contra mí. No se puede servir bien á dos amos á la vez.*

¿Cómo se atreve, pues, á ostentar el honroso título de cristiano quien en las relaciones familiares, y en el trato con sus prójimos, y en su vestir, y en sus costumbres, y en todas sus acciones, por capricho ó á pretexto del *qué diran* y de la *moda*, se conduce como si no existiera ese decálogo?



—La implantación del cristianismo—siguió diciendo *Fe*—consumó la obra de mayor ventura para la desquiciada humanidad: la nivelación de los sexos, ó sea la más fundamental de la sociedad: *la familia*.

La mujer fue proclamada soberana y reina del hogar.

Merced á este debido encumbramiento, ella pudo desarrollar sus naturales virtudes y personales méritos, logrando, así, inspirar y merecer el respeto, la adhesión y el cariño del esposo y de los hijos.

De este modo la familia quedó sagradamente establecida, y divinalmente santificada.

¿Cómo corresponde, en los actuales tiem-

pos, la dignificada mujer á su justa y necesaria elevación?

Hoy las madres de familia—aún las que presumen de virtuosas y piadosas—no educan á sus hijas á la manera que ellas fueron educadas por sus cristianas madres.

Antes poníase á las hijas bajo la égida de la virtud, que es la religión eterna, para que, confortadas con la fuerza, con los alientos y con el propio decoro que ella infunde en los corazones juveniles, entraran, digna y valerosamente, en ese apretadísimo tejido de luchas entre la conciencia y los apetitos que se llama á sí mismo—no sé por qué—*la buena sociedad*.

Ahora, en Sabario, es de buen tono entregar las hijas á desconocidas extranjeras, ordinariamente lunáticas aventureras, para que las amaestren en el arte de lucirse en esa sociedad, que no se cansa de aumentar modas sobre modas, y males sobre males, de los que las gentes se hacen pronto esclavas, hasta en contra del propio bienestar.

—No negaré yo, ni mucho menos, que son muy hondas y graves las perturbaciones que las modas parisinas han traído al alma nacional—dijo Melitón.

—¿Lo reconoces pues?

—¿No lo he de reconocer, si estoy cansado de observar que ellas han robado, totalmente, el imperio y señorío de la razón á mis paisanas, y trastornado y tomado de su parte, por completo, á la cobarde voluntad de mis paisanos?...

Los escandalosos, y muy generalizados tra-

jes de las mujeres, no permiten distinguir las honradas de las pobretas, y el descoco, igual de unas y otras, parece complacerse en que á las primeras se las confunda con las segundas.

Las costumbres del cuerpo social se han *europizado* hasta el extremo de parecernos teo lo clásico; lo extravagante bello; digno lo indigno; lo digno cursi; y lo que es más raro y ridículo, que nos resulta elegante y cómodo el ir rabiando...

Sucede, pues, en el cuerpo social lo que en el cuerpo humano cuando los viciosos humores le invaden: que estos acaban por perturbar, de tal modo los sentidos del olfato y del gusto, que lo mal oliente nos huele bien, y lo dulce nos sabe amargo.

¿Qué orientadoras de sana educación pueden ser esas mises exóticas, explotadoras de la tontería moderna, que no bien llenan de tarjas la gaveta suelen exclamar: *si te he visto no me acuerdo?*...

*
**

—Así acontece, comúnmente—interrumpió *Razón*—que sus educandas truecan las sanas y tradicionales costumbres por livianos y orgullosos hábitos; y que olvidan el nativo idioma para mal chapurrear grotescamente extrañas lenguas; y que descuidan la enseñanza del gobierno y arreglo de una casa, para aprender mezquinos y superficiales rudimentos de Geografía y de Historia; todo ello al candoroso fin de pasar—claro que sólo entre

sus incultos ó adúladores contertulios—por niñas precoces, inteligentes é ilustradas.

Y, en punto á religión—si por acaso la institutriz la tiene—para que repitan, como cotorras, en francés, en alemán, ó en inglés, tres ó cuatro plegarias, sin saber á conciencia lo que en tales idiomas, ni acaso en el suyo propio, significan esos rezos.

¿Es posible que con tal educación puedan luego ser esposas castas, fieles, dulces y laboriosas, y mujeres de su casa, arregladas y económicas, y sobre todo madres cristianas?

—¡Bien conoces el percall!... No puedes negar que eres mujer!... Pero aún podría decirse mucho más, aunque por cierto no muy bueno—murmuró entre dientes Sauro.

—Yo no pensaba tomar parte en la cuestión—clamó súbita *Verdad*—pero, una vez que nos provocas, te diré que no ignoramos que en tu Sabario van puntualmente á misa todos los domingos esas madres, esas niñas y esas mises, que tú aseguras que pasan por cristianas. Y que van á misa de doce, ó de una, para no enfriarse. ¿Pero cómo van y á qué van?

Ellas van, en pleno día,—como ciertas asnas madrugadoras, al amanecer y en carnaval—con unos penachos extravagantes y llamativos en la cabeza, fabricados con pellejos de animales raros y con frutas y flores de cartón, y, por contera, medio desnudas por lo alto, y, por lo bajo, más arremangadas que vendedoras de sardinas en las playas.

¿Y á qué van de ese modo?... Tú lo sabes, Melitón.

A desacreditar á los jefes de familia; á regocijar á viejos verdes y á sietemesinos tan mentecatos como ellas y, lo que es más espantoso, á insultar á Dios en su misma casa.

—Te repito, *Verdad*, lo que otras veces te he dicho: que estás verdaderamente cruel; pero no desacertada.

*
* *

—Hablaste, madre querida, de los jefes de familia y éste va á ser el tema con que á reanudar voy mi discurso—añadió resuelta la encantadora *Fe*.

Tengo aprendido, Melitón, que en Sabario la mayoría de los padres estiman innecesario, y casi algún tanto depresivo, hablar á sus hijos del Creador; y de la santa Religión; y del cumplimiento de las prácticas piadosas.

Que alardean, en presencia de esos jóvenes, de indiferentes, de despreocupados, de *espíritus fuertes* y, por lo tanto, que consideran *esas cosas* como pasadas de moda é impropias del nuevo progreso y de la actual cultura... ¡¡Y aun más: que hasta, no se recatan de jurar y blasfemar delante de ellos!!

Que esos padres entienden, que su primer deber consiste en mandar á los hijos á la escuela—sea ella la que quiera—para que allí los enseñen á leer.

Que, en cuanto sepan leer, nada importa que lean lo que les venga en gana, pues el hombre—ya le consideran hombre—debe saber de todo: lo mismo bueno que malo, para que aprenda á distinguir por sí solo, en socie-

dad, lo más conveniente y adecuado á su inclinación y á su carácter.

Los periódicos y editoriales corruptores; las pérfidas novelas, inflamadoras de precoces pasiones; las lecturas de perdición; los cines; los cafés; y los tupis son moneda corriente: medios de instrucción y espectáculos públicos, de los cuales, lo mismo chicos que grandes, tienen igual derecho á disfrutar. ¡Para eso son cálamos corrientes los impresos, y los espectáculos son públicos!...

En cuanto á eso de averiguar de quienes se acompañan los jóvenes, es ofensivo á la dignidad humana.

¡Bah! eso pertenece á los hábitos viejos, ya totalmente reñidos con las cultas costumbres de los países modernistas, *fabricadores de modistos!*...

Que el segundo y último deber, que creen tener allí los padres, es dar á los hijos una carrera, un oficio, un modo de vivir, ó, lo que es lo mismo, ponerles en camino, y aleccionarlos con su consejo y con su ejemplo, para el arte de hacer una fortuna cuanto antes, y sea como quiera... para la prosecución del lucro, sin reparar en medios... para el afán de los negocios lucrativos, no importa cuales... para el porvenir de aquí abajo... para el goce... para las diversiones... para el lujo... para las satisfacciones de la vida externa en fin...

—Mucho hay de eso—confesó ingenuamente Melitón.

—Pues entonces—preguntó vivamente *Razón*—¿De qué va á servirles luego á esos hijos desventurados, que sus padres les hayan dado una educación científica ó un empleo ó un oficio—aún en el supuesto, no siempre cierto, de que se los den—si no les han enseñado lo principal, lo que enseña la Religión, que es saber dominarse á sí mismo, para poner á raya las pasiones?

¿Qué extraño es que, más tarde, esos hijos renieguen de sus padres, al sentirse impotentes para vencer las dificultades y tropiezos, que, á cada cual de ellos, se les ofrezcan según sus respectivas y diversas aptitudes?

Con semejante educación de hijos é hijas ¿no han de resultar matrimonios, en lo general, víctimas de la más feble pasión, que es la *vanidad*, la que, al apoderarse de la más débil criatura, que es la mujer, ocasiona los mayores trastornos familiares y los más deplorables crímenes sociales?

¿Cómo no ha de haber, pues, en vuestra corrompida sociedad, polivirias... y divorcios... y adulterios... y asesinatos... y suicidios... y estafas... y sobornos... y todo género de prevaricaciones, tan pronto como los maridos no ganen, lícitamente, lo bastante para satisfacer el lujo y la golosina de las locas esposas, y de los precoces hijos?

Y, por otro lado, ¿qué de extraño tendrá que allí, en los palacios de los potentados, haya esposos y esposas, hijos y hermanos, sirvientes y amigos, esperando, en continuo acecho, á ver cuando al cónyuge ó al padre ó al amo ó al amigo, se le sale el alma del cuer-

po, del que desean verla fuera, aunque á las niñas del diablo á parar fuése?...

Así sucede que lo mismo en la familia, que en la sociedad, que en las naciones, por un humo de vanidad; por un adarme de la mal llamada honra; por un *quita allá esas pajas*, riñan los padres y los hijos... y se odien los hermanos... y se maten los amigos... y luchen, como fieras las naciones, hasta destruirse totalmente.

—Allí en donde la vida toda es exterior—agregó *Fe*—por fuerza han de existir, y cada vez mayores, los desórdenes y males que acaba de denunciar *Razón*.

Es menester que á la vida exterior acompañe la vida interior; es más: que ésta predomine y mande á la primera, si es que se quiere que la sociedad actual cese en sus desmanes y demencias.

—¿Pero tú crees encantadora niña—replicó Melitón—que es posible la vida interior en los actuales tiempos, en los cuales, todas las energías del humano sér son insuficientes hasta para satisfacer la febril actividad que la vida exterior demanda?...

* * *

—¡Alto ahí!...—replicó briosa *Verdad*—A una existencia sin objetivo espiritual no se la puede llamar vida... ni aún vida exterior ó temporal, porque es muerte en el tiempo y muerte en la eternidad.

Por lo tanto: quien cuerdamente quiera oír, que oiga;

La vida interior, no sólo no es incompatible con el trato social, ni con los negocios mundanales, ni menos aún, con los continuos y vitales quehaceres exteriores, sino que, lejos de eso, es notoriamente indispensable para la sinceridad y perfeccionamiento de ellos.

Sin esa vida, no son posibles ni esa paz, ni esa fraternidad, ni esa libertad, ni ese progreso, que á vosotros no se os caen de la boca.

La vida interior es la vida del alma: vida sin la cual el hombre no puede ser verdaderamente útil mucho tiempo (ó mejor dicho nunca) ni para su propia persona, ni para la sociedad de que forma parte.

Pensar en nosotros mismos; pero no para darnos gusto en todo, como ahora sucede, sino para estudiar nuestros defectos y tratar de corregirlos, eso, en tu país, pocos lo entienden; y, sin embargo todos, para vuestro propio bien, debiérais entenderlo.

¡Pues qué!... contemplar seriamente el estado de nuestra conciencia y las llagas de nuestro enfermo corazón; y medir los quilates de nuestra honradez y de la honorabilidad de nuestras intenciones ¿son cosas tan difíciles, ni aún para las almas que más necesiten satisfacer las necesidades exteriores?

¡Dí más bien que no os atreveis, porque os asustan y horrorizan las negruras de vuestro interior!



Todos callaron largo rato, no bien terminó *Verdad* de hacer sus autorizadas aseveracio-

nes, las cuales debieron caer en el pecho de Melitón como mágica sembradura de idealidad piadosa, á juzgar por la fruición y manifiesto asentimiento con que pareció acogerlas.

El místico ruido del silencio; la triste venida de la tarde saturada de lo sobrenatural y misterioso; el ingrato sol que escatimar quiso aquel día sus postreros resplandores al crepúsculo vespertino; la palidez de la luna que medio velada por neblinas, se mostraba; todos; todos, en fin, parecían haberse puesto de acuerdo para que el viajero, ensimismado, sobre sí mismo se doblara, cual si el alma, abandonando al cuerpo, se esfumara y perdiera en lontananza.

Sobrecogido, anonadado, presa de la estupefacción que siempre lo inesperado causa, paseaba los estrábicos y vidriados ojos de una á otra parte, aparentando verlo todo, sin conseguir ver nada, á la vez que su pecho jadeante, repitiendo el martilleo de una fiebre abrasadora, denunciaba la horrenda crisis espiritual que el infeliz sufría.

*
* *

Compadecida *Fe* de su agonía, y procurando de tan penosa abstracción sacarle, se aproximó á él y murmuró amigablemente en sus oídos:

—¿Qué te pasa, Melitón?... ¿En qué piensas?...

Al oír él cerca de sí aquella voz arrobadora, exhaló un suave quejido, como si—tras

fatigoso vuelo—el alma tornado hubiera al desvalido cuerpo, y ya entonces, con brioso acento, porfió:

—¡Venid!... ¡Venid conmigo á Sabario!...

¡Quiero que cesen para siempre las antiguas y malsanas alucinaciones de mi espíritu, y tranquilo disfrutar, en adelante, al lado vuestro, de una santa, verdadera y completa dicha!

—¡Vámonos con él! ¡Vámonos pronto!—clamó candorosamente la generosa *Fe*, envolviendo á todos en el gozoso arrebol de sus juveniles y fulgentes ojos.

—¡Qué es eso, niña!...—arguyó *Razón*—¡girnos sin permiso de la abuela?

—¡No, hija querida, no!—añadió *Verdad*—Dejarla aquí sola, y sin despedirnos de ella, sería muy mala acción.

—¿Quién es esa nueva deidad, esa señora, esa abuela á quien nunca hasta ahora os oí mentar?—preguntó Sauro.

—La mejor de nuestras amigas—contestó *Razón*.

—¿Es joven y bella cual vosotras?

—Más joven y bella—afirmaron al unísono las tres diosas—pero se halla tan ajada y tan enferma, que ella misma es la que mayor empeño pone en que la llamemos nuestra abuela.

—¿Por qué no asistió á nuestras amenas conferencias?

—Como se encuentra tan marchita y ajagüenta, se conoce que la dió vergüenza—repuso *Verdad*.

—¡Al fin mujer!—murmuró Melitón.

—Las desilusiones, los duelos y las dolencias tornáronla algún tanto severa; pero, por

lo demás, es la consejera más imparcial y sabia que tienen los vivientes.

—¡Llamadla! ¡Me holgaría mucho de conocerla! Así la ofrendaría, caballerosamente, mis respetos, y solicitaría de su bondad el permiso que necesitáis para venir conmigo.



La complaciente *Verdad* tocó en la tierra con su varita de oro, y súbita surgió frente á Melitón—cual nacarada y odorante espiral de incienso—abultada columna vaporosa que, con inefable dulcidez, dejóle embargado el ánimo y sin movimiento el cuerpo.

¡Mágica nube fue!... Pues al disiparse descubrió el mórbido y marfilino torso de una mujer tan ideal, cual jamás soñarla pudo la más genial fantasía de la inspiración humana.

Impoluta era como el ampo de la nieve... Fulgorosa más que el sol naciente... Y adorable y veneranda, al igual que pura virgen incontaminada hasta del menor átomo de culpa...

Pero ¡ay! ¡Cuán prontamente se cambió en horrida visión, aquella fascinadora y deífica figura!

Con el desencanto con que, al declinar la plácida tarde de benigno otoño, vemos llegar la fría y lóbrega noche, que nos hiela, así tornóse aquella ideal figura en una anciana curvada, flaca, decrepita, y rugosa, de senos lacios, faz amarillenta, hispidas y arqueadas cejas, labios convulsos, manos descarnadas y ebúrneos y delgados dedos que parecían garras.

A pesar de su mucha intrepidez el pobre Melitón tembló.

Por gran miedo atarazado el ecuánime corazón, buscaron sus ojos, como para pedir auxilio, á las tres semidiosas, que ya se le habían hecho indispensables, á modo de algo insustituible y necesario; pero ello fue en vano: porque no las encontró.

¿Se habrían evaporado?

¿Habían huido?... El también quiso huir, pero no pudo.

En dominadora calcinación sumido, no acertaba á moverse.

Los ojos escrutadores y avizorantes de la anciana mirábanle tenaces, desde lo profundo de las hundidas cuencas, y le aterraban, implacables, á la par que con fuerza irresistible le atraían.



Como temblequean las cañas cuando encontrados vientos las sacuden, así las piernas del viajero titilaban movidas por el deseo de huir y la imposibilidad de hacerlo.

Su premiosa lengua, seca á la par que hinchada, á muy duras penas acertó á balbucear estas preguntas:

—¿Eres el diablo que llegas por mí, ó la implacable muerte que á segar mis horas vienes?...

—No soy ni el maldito diablo ni la segadora muerte.

Cierto que—como soy tan vieja—algunos en tu país me comparan al angel malo: cuan-

do dicen: *más sabe el diablo por viejo que por diablo*; pero no los creas.

Tú sabes muy bien que el diablo no es símbolo de inteligencia, sino de astucia y de soberbia, y, por lo tanto, que no puede habitar entre mis nietas, que son todo lo contrario.

No soy pues angel; mas si lo fuera no sería el malo sino el bueno; de modo que, por este lado, puedes estar tranquilo.

Tampoco soy la muerte segadora... Eso puede que quisieran muchos, pero no es así.

Soy, á veces, aún mucho más tirana que esa muerte que te arredra, porque soy muerte en los vivos... Soy la fiel descubridora de las realidades de la vida...

Yo ya no vivo para mí... Yo ya no tengo vida sino para los que me ven vivir, y, sin embargo, mentecatos son los vivientes que de mí se burlan, y cuerdos los que de verdad me aprecian.

—Enigmática estás—se atrevió á insinuar Melitón, algún tanto repuesto de su anterior asustamiento.

—Oí vuestras últimas palabras, y á poner en claro su sentido vengo, pues para eso me llaman *Experiencia*.

—¿Otorgas, pues, permiso á tus amigas?

—Bueno es que te llesves á mis tres nietas, y á ello no me opongo.

Ellas, ciertamente, te trazarán con mano idónea y sabia los seguros caminos de la dicha que es posible en este mundo; pues, por lo demás, no te hagas ilusiones... Ni con mis nietas ni sin ellas gozarás de felicidad completa mientras vivas.

La dicha completa no es, no puede ser, no debe ser disfrutada por quien, temporalmente desterrado, peregrina por el árido desierto de la prueba... Lo primero y principal que se necesita para poseerla es salir de este desierto...

—¿Es posible?...

—Más que posible... ¡es cierto!.. Mil veces lo habrás oído, porque á diario lo dicen los filósofos y los poetas: la dicha completa en el destierro de la prueba, es *flor que al tocarla se marchita... sombra que huye á quien la persigue... fantasma, en fin, que al abrazarle se disipa...*

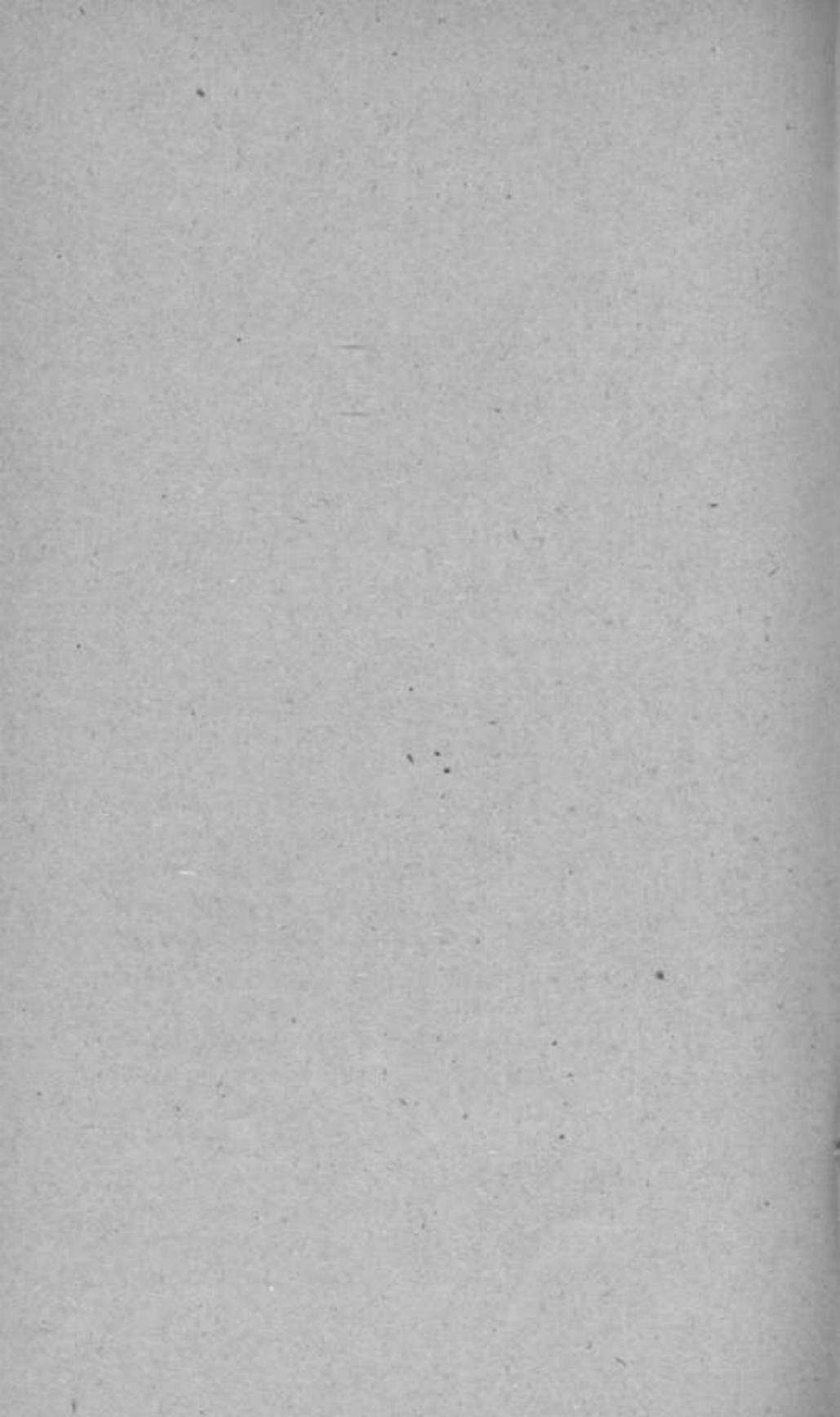
—¿Crees tú ser tan real eso, como rotundamente aseguras?...

—Y tú lo confirmarás tan pronto como te pares á reflexionar un poco:

En la comunidad peremne de los hombres, ¿hallaste alguno á quien no cause fastidio luego, la vida que antes eligió, por creerla la mejor de todas?

—Es verdad: Tal es la comunión de apreciaciones que tienen acerca de esto los humanos, que no hay, ni uno, á quien no se le figure haber errado en la elección de su modo de vivir, ni uno tampoco, á quien no satisfaga más que el suyo propio el estado ajeno... ¿Qué será ello?...

—A explicártelo voy muy presto y muy concienzudamente.



INCOMPLETA DICHAI

¡Oh, si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin Dios templaría el miedo de la muerte, con el deseo de gozar de la dicha completa y verdadera!

(Santa Teresa.—Su vida, 21).

ANTES de pasar más adelante—comenzó *Experiencia*—quiero que sepas cómo define el gran Santo de Sales el bien incompleto de que se goza en la vida del tiempo, y el Sumo Bien, ó bien completo, que nos espera al otro lado del sepulcro.

El bien finito termina el deseo cuando da el gozo, y quita el gozo cuando da el deseo, porque en el mundo el hombre no puede desear y poseer juntamente ese bien.

Mientras que el bien infinito, que pertenece á ultratumba, hace que reine el deseo en la posesión y la posesión en el deseo, saciándolo siempre con su divina presencia y aumentándolo con la inmensidad de su excelencia. Es, pues,

un deseo siempre contento y un contento siempre deseoso; y el bien que siempre contenta jamás se marchita, antes bien, se renueva sin cesar y sin cesar florece.

—¡Admirable y persuasiva es la enseñanza!—susurró Melitón.



—Nadie ignora—prosiguió la anciana—que son muy grandes enemigos del reposo y del bienestar de nuestra vida, tanto la *ira* como la *avaricia*.

Porque la primera ciega los ojos ante los encantos de la vida, y los abre, desmesuradamente, á las acritudes del deseo de venganza; de la verduga desesperación y de la homicida furia.

Y la segunda siempre va seguida de sus inquietos satélites el desasosiego, la ambición y la envidia.

—A esos dos feroces enemigos los venceré con el auxilio de tus nietas. Me lo han asegurado ellas...

—Y te lo cumplirán. Porque ellas te harán ser razonable y justo.

Pero es que esos dos enemigos, aún siendo como son tan formidables, no lo son todo.

Hay uno que es más poderoso y que á ellos gana en astucia y en malicia: ese enemigo invencible es el *deseo*, que nunca está contento y que no respeta ni á los hombres justos y razonables, ni á los de buenas costumbres, ni aún á los de probadas virtudes y loable vida.

—¿Tales son su poder, su astucia y su malicia?

—Sí, Sauro, tales son: pues solamente el acosador deseo es capaz de forjar las más risueñas ilusiones, por ser el único artista que sabe hábilmente transformar, ante los ojos de la humana criatura, los falsos vidrios en limpidos diamantes, y las gotas de cera en nacarinas perlas.

¡Oh! ¡Si á los hombres fuera dado amar á los hijos, antes de nacer, como los aman, después de nacidos, seguramente que no los traerían á esta vida de trabajos y miserias y, sobre todo, en donde tanto impera la tiranía del deseo!

—¿Tan venenoso é invencible es? ¿Con buenos y con malos tan igual?

—Unas veces, como fiel cachorro, lame las heridas de los amigos de mis nietas, pero sin cesar de demandarlas en pago sus caricias; y otras veces, igual que hiena sanguinaria, destroza las entrañas de los enemigos de ellas.

Pero siempre, lo mismo en unos que en otros, deja inficionadas las humanas venas con el virus letal de la amargura.

Lo mismo en el pecador que en el justo, y lo mismo en la vida activa del cuerpo que en la contemplativa del espíritu, los deseos son la causa de que el mortal busque, incesantemente, sin jamás hallarla en la vida del tiempo, una felicidad durable y completa.

—¿Y quién se libra de tener deseos en la vida?

—¡Nadie!... Ni aún la misma Santa Teresa de Jesús, quien, en el libro de su vida escri-

be: en esto de los deseos, yo siempre los tuve grandes.

—¿Nadie pues?...

—¡Nadie!... Por eso nadie alcanza, mientras peregrina por el mundo, el bien infinito del que San Francisco de Sales nos habló al principio.

*
* *

—Escudriña minuciosamente tu memoria— siguió afirmando *Experiencia*.—Si por acaso hallaste un hombre, que dotado haya sido de tan singular medida que nada más desee; que carezca de molestias de cuerpo y de ansias de alma; que jamás haya sido ultrajado ni aún en la más recta continencia; que nunca hayan empañado sus actos ni las más leves sombras de doblez ó de astucia; en fin: que haya mantenido incólumes la inocencia, simplicidad y pureza, con que sale el niño de la pila del bautismo, y, entonces, confesaré que me equivoco.

—¿No pueden existir criaturas que jamás hayan conocido lo que son placer y gozo, ni nunca experimentado pena ó dolor alguno?

—Ni siquiera á los tontos ó á los locos lo concedo; porque los tontos siempre tienen talento bastante, y los locos juicio suficiente, para ser recelosos, astutos, maliciosos y malvados.

Pero aún suponiendo que existiese alguien que, por rara excepción, jamás hubiera sentido ni gozos, ni penas, ni satisfacciones, ni dolores, y que vivido hubiese sin mengua ni sobra en cosa alguna, hay que conceder que tam-

poco habría sabido apreciar lo que son la dicha y la desdicha, y, en tal caso, como los seres irracionales, no podría gozar ni de verdadera felicidad ni de felicidad ficticia.

—¿Acaso, solo la criatura racional tiene deseos?

—Te diré; realmente *deseos*, solo la criatura racional los tiene, pues quiere porque conoce.

Los seres de vida sensitiva y vegetativa tienen *inclinaciones*; y los demás seres materiales *tendencias* al cumplimiento de su ley. Llámalas, si quieres, conatos ó apariencias de deseos.

Solamente—entre esos deseos aparentes ó inclinaciones y tendencias—los deseos reales del hombre son los insaciables, por su propia naturaleza.

El hombre es un avaro que, cuanto más tiene más quiere.

El animal cuando tiene sed bebe y se calma, en tanto que el borracho cuanto más vino bebe más vino apetece.

El fuego tiende á subir; esa es su perfección; pero llega á un punto en el que cesa de subir, y ya ni puede elevarse más, ni más á elevarse tiende.

La piedra que, al contrario, por su natural propio tiende á bajar y no á subir, en cuanto llega al centro de la tierra, que es su límite, se para y ya nada más baja, sino que cesa en su tendencia y se detiene.

¿Son así los deseos del hombre? ¿No es cierto que cuanto más los satisface más le piden?

Transcurrieron algunos minutos, durante los cuales la anciana descansó un momento, como para tomar alientos.

Melitón parecía meditar; por último exclamó:

—¿Tampoco los buenos... ni los justos... ni los virtuosos son felices?

—Completamente felices no... Podrán gozar de la dicha que es posible en el brevísimo tiempo de la prueba; pero la dicha verdadera, la felicidad sin eclipses y sin penas, no es fruta que se produce acá en la tierra.

—Entonces mis nuevas amigas *Verdad, Razón y Fe* de que...

—¡No prosigas, desgraciado!—interrumpió precipitadamente la anciana.

¡Sigue tu inspiración!... ¡Mira que ella puede ser nuncio invisible del Señor, por medio del cual te solicite para que te ocupes, de una vez, de lo que primera y principalmente conviene á tu mejor negocio.

La santa española dice, en el libro de su vida (1): *Jamás aconsejaría que, cuando una buena inspiración acomete, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer que sucederá mal, que poderoso es para todo.*

Mis nietas te librarán de esa infelicidad cierta y adolorida, que es patrimonio de los poseídos por la avaricia, por la envidia, y por la ira y sus funestos derivados, porque ellas te alijerarán los males, evitando que tus impacencias acrecienten los dolores y quebrantos,

(1) Cap. I.

que son, por naturaleza, inseparables de tu pobre cuerpo.

Y porque ellas amortiguarán, igualmente, y sobre todo, las penas y trabajos del espíritu, que suponen miserias, mucho mayores y de mucha más transcendencia, que las inevitables y propias de la ruín materia.

—¿Digiste más transcendentales?

—¡Quién lo duda! ¿Has visto algún hombre que por mucho tejer, ó por mucho cavar, ó por mucho remar, ó por otras faenas corporales, haya ennegrecido su alma con el tinte de la fatal desesperación, hasta el extremo de poner fin á la vida, para evitar esas faenas?

Y en cambio, ¿no son innumerables los infelices que se suicidan, á causa de la invasión de los pensamientos tristes y de las tremebundas congojas del espíritu?

—¡Es una gran verdad!

—Sí, Melitón: una gran verdad.

No hace falta conocer mucho el mundo para quedar espantado, ante las horrorosas tempestades que producen, en las almas confiadas á la suerte, esas locas vueltas y revueltas, que da incesantemente la fortuna.

¡Y ante el sin número de inquietudes que padecen los celosos, y los envidiosos, y los ambiciosos y avarientos!

¡Y ante los desasosiegos, y celadas, y peligros á que se ven, continuamente expuestos los criminales, los adúlteros, los rateros y los carnales!

¡Dementes todos ellos!... ¡Todos dementes!...

Los unos por un puñado de oro, que jamás les luce, y los otros por un minuto de placer

ilícito, seguido de largos años de malestar y de remordimiento, ¡todos!... ¡todos corren, vertiginosamente, por el plano inclinado de la desesperación, para topar, al final de él, con el asesinato ó el suicidio!

¿Y qué te diré á tí, que tú no sepas, de los políticos intrigantes, que andan dando vueltas, como ardillas, en bandos y banderías, para alcanzar, sin merecerlos, poder y honores?

¡Cuántas humillaciones!... ¡Cuántas bajasas!... ¡Cuántos dèsdenes tienen que sufrir antes de lograr esos poder y honores, y ¡qué de sacrificios!... ¡qué de desvelos!... ¡qué de injusticias!... y ¡quizás de crímenes no exige luego su servicio, si por acaso logran obtenerlos!...

—¿Y de todo eso; de todas esas miserias y sufrimientos me librarán tus nietas?

—No lo dudes. Ellas te avisarán á tiempo, para que moderes prudentemente tus deseos.

Ellas te guiarán por los caminos rectos, á fin de que consigas la paz, el sosiego, toda la dicha en fin, que es compatible con el inevitable periodo de la prueba y del destierro ¿Te parece poco?

—No me parece poco; más bien, lealmente confieso que lo estimo en mucho. Pero pareceme haberte oído antes, que ellas no pueden tanto como los deseos innatos al hombre, los cuales son la causa mayor de su infelicidad.

—Y has entendido sabiamente: mas también te dije que, si ellas no pueden vencerlos por completo, en cambio saben, y quieren, reducirlos dentro de los límites racionales, á la mira de que, aun cuando la vida sea en sí

por natura infelice á todos, lo sea, para sus fieles amigos, en el más ínfimo grado; y, en conclusión, para obtenerles dichosa muerte, tras felicidad relativa en esta vida.

—¿Luego ninguno es completamente dichoso en este mundo?...

—¡Ninguno mientras viva! ¡Los habré, como te llevo dicho, en mayor ó menor grado; pero completamente dichoso ninguno! *¡Siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal!* (1)

*
* *

—Desde el más pobre al más rico;—siguió diciendo *Experiencia*—desde el pastor al César; desde el ignorante al sabio; desde el clérigo más humilde hasta el Sumo Pontífice, todos luchan por ser más felices; por mejorar su respectiva condición y, generalmente, á medida que van subiendo, menor reposo, y menor dicha es lo que encuentran.

Si yo fuera rico — dice el pobre—¡cuán cómodamente, cuán fácilmente satisfaría todas mis necesidades!...

¡Con qué alegría vestiría al desnudo; y haría al hambriento; y auxiliaría al enfermo!...

Generosa y pródigamente socorrería al menesteroso; y ayudaría á mis parientes; y enriquecería á mis criados; y nada, mientras yo lo tuviera, faltaría á los que estuvieran á mi lado.

Pero viene el dinero, y nunca viene solo: suele acompañarle *el tío Paco con la rebaja* — como creo que dicen en tu tierra.

(1) Santa Teresa.—Morada VI, 7.

Lo frecuente es que al enriquecerse el pobre se torne dilapidador ó avaro; y, ¿son éstos felices?

—¡Que bien conoces el corazón humano!... Yo, que como muchos nací pobre, y tuve como muchos la habilidad de hacerme rico, podría muy bien certificar de ello.

—Me agrada y anima tu franqueza, y, en pago de ella, á concederte voy, complacida, una sola suposición:

Supongamos que esos pobres enriquecidos no se tornaran ni avaros, ni dilapidadores: pues, aún así y todo, convendrías conmigo en que el dinero siempre va seguido de recelos y cuidados; y de las insidias de la envidia; y de la codicia del amigo; y del pérfido anhelo del sirviente; y de la mal oculta impaciencia del heredero; y qué sé yo de cuantos enemigos más. ¿No sucede eso?

—¡Cierto que sí!

—¿Han mejorado, pues, al enriquecerse el pobre, la paz de su espíritu, y, por lo tanto, la dicha y el reposo?

—Pero puede sentir placer, y siempre es algo.

—Imposible también: nadie puede dar lo que no tiene.

¿Siente el oro placer en su propio resplandor? ¿Acaso el martillo se desquebraja menos cuando pule sobre el yunque el oro, que cuando pule sobre el yunque el hierro?

El oro, como no lo tiene en sí, tampoco puede dar placer.

—Paso— aunque me cueste mucho, puesto que así lo quieres —por que el dinero da, más que placeres, desasosiegos y recelos— replicó Melitón—pero...

¿Pero y la gloria?... ¿Y eso de elevarse, de sobresalir y de mandar en todos?...

—Eres más cándido que un niño, aunque tu creas lo contrario, y presumas de corrido.

(1) *Jamás el mundo ensalza, sino para abajar.*

Acuérdate cual puso á Cristo nuestro Señor y qué ensalzado le había tenido el día de Ramos... Mira en la estima que puso á San Juan Bautista, que le querían tener por el Mesías, y en cuánto y por qué le descabezaron.

—Eso es muy cierto, pero no quita para que hasta los pastores tengan sus ensueños y altas aspiraciones.

—Como no quita tampoco lo dicho por Teresa... ¿No han de tenerlos si la Historia nos brinda múltiples realizaciones de esos ensueños?

El Rey Profeta fue pastor: cuando le proclamaron rey no sabía leer, y, más tarde, por su mucha sapiencia, su pueblo le consideraba como el más docto de los doctores de Judea; sin embargo no era feliz: (2) *Mis amigos—clamaba—y mis más allegados se acercaron y pusieron contra mí. Y los que junto á mí estaban se alejaron y pusieron contra mí desde lejos.*

También Ladislao de mísero hortelano lle-

(1) Santa Teresa.—Conceptos del Amor de Dios, 2.

(2) Salmo 37, 13.

gó á rey de Bohemia, y el infeliz fue degollado por su propio pueblo, y su cuerpo descuartizado arrojáronlo á la calle para que los perros lo comieran.

¿Cabén en un hortelano ni mayor honra ni mayor gloria, y en un rey ni más deshonor ni mayor degradación; y en un mismo hombre más grandes desdichas?

—Sí que es verdad, que muchas veces habría tenido pesadumbre por haber dejado su condición antigua de hortelano.

—Además, el rústico pastor y el humilde hortelano toman por esposas á mujeres modestas como ellos: á mujeres á quienes aman.

Y la casta y fiel esposa, y los queridos padres, y los buenos hermanos, viven en la misma casa que ellos, y comen alegremente pan de centeno, si quieres, pero del mismo zurrón y por amantes brazos amasado, y el cual seguramente que les sabe á gloria.

Hazlos reyes y ya no se casarán con la mujer que quieran, sino con la que les imponga la razón de Estado, y vivirán en suntuosos palacios, eso sí, pero tendrán que vivir separados de los séres queridos, ó sea de padres y de hermanos, y satisfarán su apetito con manjares exquisitos, pero amasados quizás por manos traidoras, y comidos con miedos, con sospechas y recelos.

Agripina envenenó, valiéndose de sus propias alabastrinas manos, á su esposo el emperador Claudio... Trastámara asesinó, con su propio aristocrático puñal, á su hermano el rey don Pedro... y hasta el recto y pío Felipe II sufrió las hieles de la amargura allí en

donde érale debida la satisfacción más grande: en el amor de padre...

—Pero eso sucedía antes... En los tiempos del atraso, del fanatismo y de la tiranía—clamó enfáticamente Melitón.

Hoy, en el siglo XX, siglo del progreso, de la justicia, de la libertad y de las luces, se procede de muy distinto modo.

—Dígalo Amadeo, arrojado en tu tiempo del trono hispano por los lacayos á quienes él generosamente mantenía; y díganlo los reyes de Portugal, asesinados anteayer en su propio palacio por la plebe; y los de Servia, á quienes una conspiración palaciega ojea en sus mismas habitaciones y les arrebató el trono y les quita la vida como á ciervos acorralados; y, por último, el zar de Rusia, vilmente fusilado por su ébria soldadesca.

¿Y qué hizo, ayer mismo, la perfidia enmascarada invocando libertad, civilización y progreso, y ayudándose á la vez de zulús, de senegales y cipayos, contra la nación más culta?...

Celosa de su gran prosperidad... Envidiosa de verla que basaba sus industrias, su comercio, su agricultura, sus comunicaciones y todo género de riquezas, en progresos científicos, por ningunos otros países igualados, y que inundaba el mundo con sus inmejorables productos, por todos profusamente requeridos, no pudiendo vencerla en el campo del arte y de la ciencia, ni en el terreno de las armas (no obstante ser, entre blancos y negros, ciento y la madre contra uno) sobornó á su plebe, compró villanamente á sus malos hijos, para que ellos

se encargaran de desgarrar las entrañas de la madre patria, y de entregarla inerme y humillada á sus implacables y envidiosos enemigos...

¿Hubo nunca mano de asesino tan refinadamente innoble y tan perversa, como la de esa salvaje y diabólica cultura, que supiera blandir juntos, y á la vez, los puñales del parricidio, del regicidio, del homicidio y del suicidio?...

*
* *

—Ese es, pues—siguió fulminando *Experiencia*—vuestro siglo de luces, de libertad, de justicia y de progreso, en el cual dices tú, Melitón, que ya suceder no puede lo que pasaba antes...

—Oiertamente que el oficio de rey es en extremo peligroso.

—Pero hoy—merced á vuestras costumbres y doctrinas modernistas—no es sólo peligroso el oficio de rey, sino que lo son todos los oficios que signifiquen autoridad, ó que supongan honradez.

—¡No tanto, gruñona anciana! ¡No tanto!...

—¡Cómo no tanto! ¿Pues qué ha sucedido, hace dos horas, con uno de los que vosotros llamáis vuestros?

El quizás único republicano digno, Sidonio Paes, presidente de la república portuguesa; el honorable ciudadano de más valor, más energía y más moralidad de su país; el trabajador infatigable, el insustituible político republicano, dotado de clara visión y extraordinaria competencia, reconocidas hasta por sus

propios enemigos, ha sido asesinado por la espalda—en lo mejor de su vida y cuando más esperaba de él su patria—por asesinos pagados por los políticos *carbonarios*...

Por esa infame raza de sectarios, enemigos de Dios y de toda autoridad y justicia, á la que impedía, que en su patria, destruyera la riqueza nacional y saqueara el Erario público, en el gobierno y administración del procomún...

¿Y lo que ha pasado, hace diez minutos, con el favorito de la república francesa?...

Eso es lo que vais ganando en Sabario los que, como los ascendientes de Darwin, imitais, á tontas y á locas, la maldad y el error ajenos.

*
* *.

—¡¡Ah, si los príncipes y los que ejercen mando—prosiguió la anciana—oyeran lo que se dicen entre sí los palaciegos... y los caciques y lo que se pregona, de boca en boca, en calles y plazuelas!! ¡cuán diferente lo hallarían de lo que suena en sus oídos!

No pueden estar en todo... Necesitan privados para secundar su autoridad y, cuanto más parte ceden de esta, tanto más para sí la pierden.

¿Qué bienes positivos... qué lealtad sincera... qué consejos desinteresados, pueden prometerse de esos satélites que pululan en torno suyo, si éstos, á medida que más suben, más seguros se creen de no caer?

También esos satélites suelen sufrir tremendo desengaño; pues los privados, cuando me-

nos se percatan, véñse fuera de la privanza y, alguna vez, hasta privados de la vida.

—Lo sé por experiencia: es decir lo sé por lo poco que tengo de tí.

—Luego convendrás conmigo en que el pastor no encuentra la felicidad que busca, haciéndose favorito del rey, ni rey mismo, ni presidente de república.

Ni trocando las endebles pajas de su cabaña, que con toda seguridad le libran del furor del rayo, por las macizas y doradas bóvedas del palacio, que no aciertan á defenderle ni aún siquiera del mísero granizo.

Ni cambiando la leal obediencia de sus ovejas y su perro, que van tan solamente por donde á él le place, por el vil servilismo de los súbditos de reyes y señores, porque estos, ni á fuerza de dádivas, ni de apremios, ni razones, consiguen llevar á aquellos por el camino que, como amos que son de ellos, les conviene (1).

Ni reemplazando, en fin, el duro pan de su morral por la exquisita manzana de Agripina; ni sus hermanos por el hermano de don Pedro; ni su padre por el del hijo del poderoso rey Felipe II, ni su mezquina aldea por el opulento Lisboa de Paes.

—¡Cuántas verdades dices!...

Lo mismo los jefes de los Estados que sus privados; y lo mismo que unos y otros sean buenos, como que sean malos, jamás se ven libres de peligros, ni en sus palacios ni en sus puestos.

(1) Díganlo en Sabario las *mondrquicas* izquierdas.

Los malos patricios, si los jefes y privados son buenos, y los buenos ciudadanos, si los jefes y los privados son malos, siempre están fraguando el rayo vengador que ha de derrocar, ó quitar la vida, á jefes y á privados.



—¿Tampoco los instruidos, los sabios y los doctos pueden ser felices?—preguntó, esperanzado, el fazañoso Melitón, como náufrago que trata de asirse á una tabla salvadora.

Yo siempre oí que el mundo tilda de ruín, y aún de grosera bestia, á quien menosprecia la ciencia; á quien ni siquiera la procura; á quien desprecia, ó desconoce, los encantos y alegrías que la noble ciencia atesora.

—Así es y, por lo mismo, hasta la más limitada inteligencia grita, en nuestro interior: *¡yo quiero aprender!... ¡Yo necesito y quiero saber cada día más!*

Y lucha sin descanso, y, á veces sin saber que lo hace, con la hermosa teología, reina y señora de todas las ciencias.

Y se complace en la singular retórica, que, con palabras de miel, todo amargor ahoga.

Y admira, aún sin darse cuenta, á la madre filosofía, nodriza robusta de los humanos seres, y diestra guiadora de ellos por los enrevesados caminos de la vida.

—¿Luego tú, sabia *Experiencia*, reconoces los encantos inefables, y la invencible atracción, con que la ciencia al espíritu convida?

—¿No he de reconocerlos?... Ella (inspiradora y preceptora, al mismo tiempo, de los es-

píritus humanos) á unos por intuición graciosa y á otros, educando esa intuición, á todos nos aproxima y asemeja al Soberano Divino Creador.

Es tan fecunda y milagrosa la sávia de esa ciencia madre, que, con el nombre de filosofía moral, es inherente al humano sér, que ya sea con el riego, ya sin el riego del despierto ingenio, ella ensancha y acrecenta en el alma, los gérmenes del bien, para que facilmente produzca los más delicados y excelentes frutos.

Expontáneamente, sin que extraña mano la sujete, sirve de freno al impetuoso corcel de las pasiones; y es el innato volante que, con lento pero seguro paso, activa, serenamente, en los corazones, el natural motor de las buenas obras.

Maga prodigiosa es, que—sin que el hombre se lo pida—viste de fortaleza al hombre; y le calza de prudencia; y le adorna de justicia y le corona de valor; y hace, en fin, que en todos sus actos sea digno, morigerado y probo.

Esa es la filosofía moral; esa la ciencia redentora, que luego por virtud de la Gracia, que se infunde al cristiano en el Bautismo, realiza el milagro de que esos actos espontáneos crezcan más, y se eleven hasta el orden sobrenatural y santo.

*
* *

—¡Cuánto bien me hace, oírte hablar de la ciencia de ese modo! ¿Qué te parecen, pues, la historia natural, la música, la poesía, la juris-

prudencia, y tantas otras?—preguntó entusiasmado al náufrago.

—La historia natural sirve de grata nutrición á nuestro espíritu, dándole á conocer las causas de todas las cosas creadas; porque con igual generosidad y el mismo celo, con que la filosofía moral protege y cuida al espíritu, la historia natural guarece al cuerpo del abordaje de las enfermedades, y mitiga sus dolores, y aún hace más, pues hasta sus llagas y sus heridas cierra.

—Y de la poesía ¿qué me dices?

*
**

—De la pura y cadenciosa poesía—contestó *Experiencia*—tengo que decirte que, por muy rudo y materialista que el entendimiento sea, le arrebatan las imágenes divinas que ella tiene, y el armónico lirismo le fascina.

—¡Es verdad!—dijo entusiasmado el náufrago—¿Quién, que haya tenido dieciocho años, no se habrá sentido alguna vez poeta?... La poesía no puede negarse, poco ó mucho á todos seduce y enamora.

¿Cómo no, si es la única amante que hace olvidar los duelos, y los quehaceres, y aún los más crueles dolores muchas veces?

Ella es más dulce que la miel hiblea; la sola que no se contenta con dar alegría, gloria y fama, sino que al mismo vate le infunde satisfacción completa y cual ninguna otra duradera.

Ella vence á la vejez, remozando la fantasía y no permitiendo al corazón que se haga

viejo, como el alba, cuya pura luz colora y vivifica á los pensiles y vence al tirano tiempo, que, por lo mismo que es tiempo, todo lo reseca, lo aja y lo carcome.

—Aplaudo tu entusiasmo por la loable poesía—dijo á su vez, con intención la anciana—y á tus confesados afectos me contraigo para recordarte que la poesía es la fiel compañera, casi la hermana predilecta de mi nieta *Fe*, de quien ha poco te oí decir que había embargado totalmente tu ánimo, y sumídole, blandamente, en la esperanza y la dulzura.

—No lo niego... antes afirmo que de tus tres nietas ella es la que más me ha herido el pecho.

* * *

—Dos palabras ahora—clamó vehemente *Experiencia*—respecto de la atrayente música.

De esa ciencia prodigiosa que eleva á lo alto los espíritus; que del más profundo letargo los despierta; y que, hasta en las mayores tristezas, parece que les consuela y les recrea.

—Teneis razón, señora. Ella, no sólo enternece con sus mágicas vibraciones todas las fibras del corazón humano, sino que vibra de modo tan universal y hondo, que hasta suspende y conmueve á los reptiles, y á las fieras sanguinarias domesticas.

* * *

—Réstanos—prosiguió la anciana—la muy simpática y útil jurisprudencia.

Cuando la sociedad, los pueblos y las naciones son noblemente regidos por la sabia jurisprudencia ¿no es la mayor insensatez dejar de amarla y de venerarla como á una santa madre, que cuidadosa vela, día y noche, por el sosiego de sus hijos?

Ella regula los procederes y acciones de todos los ciudadanos, y de cada uno de ellos; sanea sus costumbres, regula las operaciones y los trámites á que todos deben sujetarse, y, con la balanza de la rectitud en una mano y la espada de la justicia en la otra, premia las buenas obras, y no deja impunes ni los agravios, ni los desafueros, ni los crímenes.

En resumen, para concluir: todas las ramas del árbol fecundo de la ciencia á todos los seres racionales ennoblece, y á todos perfecciona, porque les da tranquilidad y respeto mútuo, y porque en fraternal afecto los enciende.



—Ahora bien—exclamó extrañado Sauro. —¿Cómo siendo la ciencia cosa tan superior y deleitosa, pueden igualmente derivarse de ella pena y desplacimiento?

—Pues por lo mismo que es tan excelente —prosiguió la anciana.—Por su propia elevada condición, la cual es de naturaleza tan fecunda y á la par tan deleitable, que no solamente jamás harta el hambre y sed de saber, sino que, por el contrario, cuanto más de ella se come y más se bebe, más ella enciende en nosotros ese hambre y esa sed.

El ignorante se afana por saber, y el sabio

por saber más; y, á medida que estudian uno y otro, comprenden mejor que nada saben, comparado con lo que aún les falta que aprender.

Mas, por si acaso no fuera bastante esta zozobra, hay que agregar que, casi siempre, suelen llegar al refido palenque del estudio una muy general y reprobada costumbre entre los combatientes:

La de expresar con sobra de altivez los puntos de vista propios, y escuchar con poca paciencia ó sin ninguna los ajenos, con lo cual sucede que, también por la ciencia, se intranquilizan los espíritus; unos son fieramente arrollados por las impertinentes pedanterías de tirios, y otros son pungidos, quizás más fieramente, por las pedantescas impertinencias de troyanos...



—¡Mucho aprendiste, es innegable, en la sangradora y titánica lucha de la vida!—murmuró Melitón con voz entrecortada y al pecho llevándose las manos cual si le aporreara la conciencia.

—¡Aunque la vida, Melitón, nos parezca siempre igual, no es así; á veces resulta larga por estar cuajada de preexistentes sombras, pero en realidad es corta, por hallarse repleta, en todo tiempo, de vértigos, de deseos y de muerte!

—¡Venturosa tú, sin embargo, á quien la guadaña del olvido, madrastra de la memo-

ria, no acertó á segar, con su afilado corte, tus experimentales y muy fructuosas inducciones!

—¡Venturosa yo, pobre de mí!... ¡Ah, si tú comprendieras lo que sufro!... ¡tendría tanto que decir sobre esto!...

Mas no hablemos de mí, y á proseguir voy mi discurso, ocupándome del alto y del bajo clero.

Pero enténdolo bien, Melitón, no voy á tratar del *sacerdote*, porque el *sacerdocio* es una sublime idea, una veneranda tradición, una metafísica, una única y sagrada dignidad que ni puede ni debe discutirse, y en la que tampoco cabe merma.

Voy á ocuparme exclusivamente de esa organización social que está compuesta de hombres, quienes, como todos los hombres, por la propia y común natura, tampoco se ven libres de deseos.

De esos clérigos, siempre muy respetables por la alta misión que desempeñan en la sociedad humana, á quienes juzgais vosotros totalmente felices, y á quienes, sistemáticamente censurais ú odiais, porque no les conocéis ni os parais á conocerlos.

—Desde el primer momento te escuché con muy subida atención; pero te aseguro que, en el momento actual, siento redoblárseme la ansiedad por escucharte.

—¿Cómo así?...

—Perdona mi franqueza:... Tengo para mí que, tanto tú como tus nietas, estais algo tocadas de apasionamiento clerical, y de aquí que crea habrá de serte difícil glosar las na-

turales y humanas flaquezas de vuestros buenisimos amigos los clérigos.

*
* *

—¿Clericales nosotras? ¿Sabes tú lo que es ser clerical?

Los desentidos hablan, comúnmente ex cátedra, de lo que más ignoran, razón muy bastante—claro es—para que siempre se equivoquen.

Al vulgo, movido únicamente por el absurdo espíritu de sistema—que no es otra cosa sino la sinrazón de una especie preconcebida sin los precisos fundamentos—no se le cae de la boca la palabra *clericales*, creyendo que, apellidando así á las gentes que discurren, las inferen una ofensa.

Por eso, sólo ese vulgo tonto ó perverso es el que no encuentra, ó no quiere encontrar, diferencia alguna entre lo teológico, que es humano y, por consiguiente, ciencia que se aprende, y lo *teologal*, que es divino, y, por lo tanto, precepto que obliga, y del cual no puede en modo alguno prescindirse.

—No comprendo... ¿Acaso no significan ambas palabras discurso ó tratado acerca de Dios?

—Así es: y, precisamente, porque no se sabe ó porque no se quiere ahondar en la exacta significación de cada una de esas dos palabras, es por lo que, sólo los incultos y los malvados, son quienes pueden llamarnos clericales, á modo de burla ó vituperio.

Si nos llaman de ese modo, porque apadri-

namos la necesidad de que la sociedad, en todas las manifestaciones y en todos los órdenes, debe tener siempre por norma lo *teologal*, nos califican, en puridad de verdad, muy acertadamente.

Por ser cierto que entendemos, sin ninguna clase de reservas ni distingos, que todo sér humano está obligado á ser bueno, á ser moral, á ser religioso, á acatar y obedecer á Dios su Creador; y como la sociedad de seres humanos se compone, ¿no es lógico que sea la sociedad *teologal* en todas sus manifestaciones y sus órdenes?

Y si no es por eso, dínos tú, si lo sabes—que en verdad lo dudo—¿por qué nos llaman clericales?

Nosotras bien sabemos, y á todos los vientos lo proclamamos, pues habémoslo aprendido de boca del mismo Dios, que los hombres no necesitan ser teólogos, ni sabios, para salvar su alma, único fin verdadero de la criatura racional.

Pero sí entendemos, que la perfección de la cultura consiste en reconocer ante todo, y sobre todo, á Dios, y en saber estimar, por cima de toda estimación, los cuantiosos bienes y beneficios, que le debemos por ser Él nuestro creador y conservador: eso es lo teológico.

Tú mismo lo reconociste, ha poco, al convenir conmigo en que la teología—discurso y tratado acerca del conocimiento de Dios—es la madre y reina de todas las ciencias.

Si á eso llamais ser clerical, sé lógico contigo mismo y reconoce, en consecuencia, que tú también, al loar la teología, eras clerical.

—¡Confíesome vencido!... Dispensa, pues, buena anciana, que, con mi inoportuno calificativo de clericales, haya dado lugar á esta digresión de lo que, por otra parte no me pesa, pues en ella aprendí mucho que no sabía.

Gracias te doy; perdón te pido; y paso á suplicarte comiences á desarrollar tu iniciado interesante tema, porque de verdad lo ansío.

*
* *

—Los clérigos—doctrinó *Experiencia*—son hombres como los demás: son del mundo; en el mundo viven y en el mundo reciben las correlaciones que, dentro de ese mundo, existen entre las realidades mundanas y las obras de virtud y del espíritu.

Como todo hombre, desean ascender en su carrera, y, en esos humanos y legítimos deseos, van envueltos los muy dignos y más provechosos para el prójimo, de extender, cada vez más, el campo de acción de su apostolado.

—Deseos todos ellos muy laudables y ciertamente legítimos.

—Pues bien: apesar de ser así sus deseos, cuanto más los satisfacen, más motivos van teniendo de su propia infelicidad, que es lo que, en el orden puramente humano, vengo procurando demostrarte.

*
* *

—El celoso párroco, el muy virtuoso y muy

amado cura de almas, el amigo y confidente de ricachos y de pobres, el amparador de menesterosos, el paño de lágrimas del adolorido, el humilde cura de aldea, en fin, por ser ejemplo vivo de moralidad y amor, es bendecido y venerado por todos los vecinos del lugar.

Las mujeres se levantan del asiento cuando él pasa; los muchachos le besan la mano al encontrarle; y los hombres se descubren reverentes en cuanto le ven, lo mismo de lejos que de cerca.

Su modesta asignación—que todos reconocen ser pequeña—le basta porque sus necesidades personales son muy cortas, y es que además él las limita, hasta lo inverosímil, con tal de atender á su necesidad mayor, que es la de socorrer al necesitado.

¡Pero qué de tristezas le acometen cuando no obtiene de sus feligreses todo el fruto que anhela su espíritu evangélico!...

¡Qué de aflicciones cuando le abrazan los moribundos, á quienes mira como hijos, y quienes, á su vez, le llaman padre y su único salvador!...

¡Y qué de apuros pasa cuando—por más esfuerzos que hace—le es de todo punto imposible remediar la necesidad ajena!...

Pero llega un día en que, por su virtud, ó por su ciencia, ó por su edad, ó por los probados méritos adquiridos en la cura de almas, es preconizado obispo, y ¡ah!... ¡entonces se le figura al mundo que aquel venerando sacerdote va á gozar de vida más tranquila y, por lo tanto, á descansar de sus penosas cargas parroquiales!...

¡Pues no hay nada de eso!... Su nuevo estado es una esclavitud interminable, una serie continuada de mayores apuros, de más grandes y hondos pesares, y de muchas y muy graves ocupaciones evangélicas.

Las rentas de que disfruta entonces las til-dan los profanos de excesivamente crecidas, sin hacerse cargo de que aún son, mucho más considerables y cuantiosas, las necesidades de la diócesis que regenta.

De donde resulta ser aquel sacerdote purpurado bastante más falto de fortuna, que cuando era modesto cura de aldea. Porque si bien es cierto que siempre es pobre quien da todo cuanto tiene, lo es doblemente el rico, que dando cuanto posee, sólo consigue descontentar á quienes favorece, pues estos, que siempre le consideran rico y sobrado, esperaban mucho más de él.

Y apesar de su categoría, ó más bien por causa de ella, se hace pobre de cariño y de respeto, lo que no le sucedía cuando era humilde párroco, porque entonces todo el pueblo le amaba y veneraba.

Los prelados suelen ser á medias respetados, porque lo son únicamente en su presencia; y lejos de ella son criticados y hasta calumniados á veces por aquellos mismos por ellos ordenados, quienes, creyendo que al ordenarse iban en pos de *buena vida*, se ven pronta y severamente requeridos para que, en vez de llevarse *buena vida*, hagan, de buen grado ó por fuerza, *vida buena*.

Mucho sufre y padece el buen pastor que, siempre con la honda y la cayada en mano,

vigila noche y día á su rebaño para que no se descarríen las ovejas.



—Confieso, lealmente, que nada tengo que argüir á tus razones... Pero observo—indicó Melitón—que, no sé si intencionadamente, ó por olvido, has omitido hablarme de los frailes.

—Ni por una ni por otra causa fue: esperaba verte venir, porque los infelices religiosos son la monomaniaca pesadilla de los que presumís de modernistas.

—¡Los religiosos si que deben ser felices!

Sin embargo, reconozco que es verdad que hoy existe cierta monomanía contra ellos; pero, en cuanto á mí, no pocas veces disputando conmigo mismo sobre la vida humana, pesóme que, coyundas imposibles de romper, no me dejaran acabar en un convento, los últimos días de mi vida.

—Así son de contradictorios todos vuestros juicios.

—Así serán: pero yo no me despido del todo de ser fraile, pues sigo creyendo que los frailes tienen mucho adelantado para ser muy felices.

Ellos se contentan con la poca ó mucha limosna que se les da, y con ella viven, y con ella comen y beben, sin tener que pensar en el mañana.

Obedientes, resignados, castos, y pobres, ni tienen envidia de nada, ni á ninguno envidian.

Todos sus quehaceres se reducen á decir Misa é ir á coro, y, en uno y otro quehacer, hablan con Dios. Después de esto se van muy satisfechos á su tranquila celda á estudiar, y en ella también tienen la suerte de que les hable Dios. ¿Qué mayor reposo y felicidad pueden pedirse?

—Yo, á mi vez, sí que no sé, si es con sinceridad ó más bien por motejarles lo que dices. Pero, sea ello lo que quiera, á contestarte voy, con mi acostumbrada lealtad.

—Hablo sinceramente...

—Pues debo contestarte que desde el punto de vista humano tienen muchos motivos porque penar: Escúchame atento, y te vencerás de ello:



—Viven—prosiguió *Experiencia*—no sólo míseramente, sino en estrechez continúa; no pocas veces están sujetos, por rígida obediencia, á quien—puede muy fácilmente suceder—valga bastante menos que ellos.

Siempre visten igual traje, el cual en los fríos no les basta, y en los calores les sofoca.

Por múltiples enfermedades son con frecuencia trabajados y sopórtanlas siempre en duro y mezquino lecho.

Descalzos; hambrientos de manjares nuevos; levantándose soñolientos, antes que el alba; y ya que sea provincial, ya vicario, ya guardián, ya lego, sin poder reclamar ni protestar de nada y, en cambio, teniendo que sacrificar las aspiraciones, las aficiones y deseos: eso, pues, son los frailes.

—No es ciertamente envidiable semejante vida—observó Melitón—y el vulgo y la mala fe lo niegan y desconocen; pero, en fin, la virtud de la vocación les compensará de todo eso, dándoles, en pago, la venturosa paz del ánimo.

—Otro error tuyo, Melitón. Ni aún el más observante religioso que todas esas contrariedades sufra y que las desdeñe por virtud de su santa vocación, se libra, ni una hora siquiera, de estar en permanente guerra.

Los religiosos tienen en la soledad más desasosiegos, y terrores más tremendos, que los que pasan los armíjeros en el fragor de la pelea.

—¿Es posible?... ¡Guerra ellos!... ¿Con quién?...

—Con el enemigo del hombre, que también escala los conventos, y ronda las celdas, y es tan osado que ni al dolor ni á la oración respeta.

Contra ese enemigo no sirven las huídas, ni las corazas, ni los sables, ni cañones; porque cuanto más se le resiste, sea en el terreno que sea, con mayor furia acomete.

El diablo nunca cesa; cuando ve que no puede derribar á su adversario, inventa cien mil medios de atormentarle, y en mortificarle hasta en las cosas más nimias se complace.

El hombre siempre es hombre, Melitón: en su soledad y en su silencio también riñen luchas crueles la voluntad, la razón, la privación, los deseos, el sacrificio y los reprobados pensamientos.

¿Qué más? ¡Si hasta sucede que las mismas

asíduas reflexiones y meditaciones extreme-
cen, si es que no abaten, al ánimo más cons-
tante y fuerte!... ¿Quién puede contener á la
imaginación, de la que dice Santa Teresa ser
la indomable *loca de la casa*?

*
* *

Tras de una pensosa quietud, cuya dura-
ción es imposible medir, pero que toda ella
debió emplearla el náufrago en sondear los
subterráneos de la más honda reflexión, levan-
tó el infeliz la abatida frente, y mirando adó-
lorido á la impasible anciana, con suprema ex-
presión de sentimiento murmuró:

—¡Cuánta razón tienes!... ¡Es que los bienes
del cuerpo fuera están de nuestro poder, y los
de fortuna sólo los poseemos de precario!...

¿Cómo, pues, gozar dicha completa en vida
si nos es imposible evitar la fuga de los pri-
meros, y sabemos, muy bien, que los segundos
se los llevará su dueña, la volante suerte, á
donde quiere y cuando quiere?...

¡Ah! ¡Todos!... ¡Todos, mientras vivimos, ar-
demos en el mismo peremne fuego de la infeli-
cidad!

—¿Ha sido sólo eso lo que aprendiste en tu
larga reflexión?—preguntóle irónicamente *Ex-
periencia*.

Pues permítame que te diga fue bien poco.

Ese fuego de la infelicidad—como tú le lla-
mas—es igual á los fuegos materiales de la
tierra.

Dentro de esos fuegos materiales, el oro se

purifica y abrigantado resplandece; en tanto que la paja se requema y ennegrecida humea.

—Pues qué ¿no me demostraste sabiamente que idénticos dolores de cuerpo, é iguales inquietudes de espíritu y las mismas persecuciones mundanas, padecen los buenos que los malos, y aún muchas veces más que los segundos los primeros?

—¿Y no te advertí igualmente que con mis nietas tú puedes convertirte en oro y resplandecer en ese fuego, y que sin ellas, como ruín paja, te requemas en él y ennegrecido humees?

—¡Sí! Pero holgaríame mucho de conocer los medios para ello.

—Pues oye al Rey Profeta:

El hombre que obre justicia y hable verdad y no trate engaño con sus actos, ni mienta con la lengua, ni haga mal á su prójimo, ni repunte en cosa alguna al malo, y honre á los que temen á Dios, y no dé dinero á usura, y respete de verdad el juramento que haga á otro hombre, no porque padezca trabajos y sufra persecuciones, y experimente dolores, y tentaciones tenga, de ja de ser venturoso mientras viva, con la ventura que es posible acá en la tierra.

—Quiere decirse que...

—No te impacientes; lo que quiere decirse, yo, pues en el mundo me llamais madre de ciencia, te lo diré muy brevemente.

* * *

—A los buenos, que son el oro—prosiguió la anciana—ni les enorgullecen los bienes temporales ni los males temporales les aba-

ten, porque en ellos sobrepuja la paz, al infortunio, merced á que intangible predomina en su corazón la esperanza del merecido premio.

Para ellos perder la fortuna no es perder; perder estimación y fama es perder poco; lo que les interesa, principalmente, es no perder el alma, que aspira al verdadero y sumo bien, porque eso equivaldría á perderlo todo.

Pero mira después á los prevaricadores, que son la paja, y los hallarás ensoberbecidos por los bienes del tiempo, y de tal modo quebrantados por los males que no encontrarás, ni uno siquiera, que no viva en el desorden, en la intranquilidad, en el recelo y en la envidia, y que no sea, á cada paso, víctima de la desesperación, la cual otra cosa no es sino el infierno anticipado.



Nuevamente en silencio caviloso sumergióse el náufrago, mas poco tiempo le duró.

La paciente y bondadosa anciana creyó prudente sacarle de él con estas significativas palabras:

—¡Adios, Melitón!... ¡Creo haber terminado!...

Si estás dormido, hora es ya de despertar... ¡Despierta, pues, y brioso á la común batalla vuelal

Mira que el sueño de la voluntad es infamante cobardía, y que es preciso sacudir, de una vez para siempre, la pereza vil y enervadora, pues para quien sinceramente quiera oír, yo por mi parte lo bastante he dicho.

—¡Detente un momento por piedad!... ¡sólo un momento!... ¡Te lo ruego!...

—¿Qué más te ocurre?

—También me dijiste que tus nietas me alcanzarían buena muerte; ¿es que no somos todos tan iguales en morir como lo fuimos en nacer?

—No: porque según afirma el santo obispo de Hipona, *nacemos sin nosotros pero no podemos salvarnos sin nosotros*. Y como es forzoso morir para salvarse ó para perderse, bien claramente se deduce que hay dos clases de muertes.

Salvarse—tú lo sabes—es alcanzar el *Sumo Bien*: la ventura verdadera; la felicidad completa; la inmortalidad, en fin, de eterna paz, de suma concordia, de vida y tranquilidad infinitas, constituida á favor de los que mueren en el Divino Reparador de la salud humana.

—Pues bien: ¡óyeme!... ¡Yo te aseguro!... ¡Yo deseo!...

—¡Imposible!... ¡Ya no puedo detenerme más!—Esto diciendo, la anciana desapareció súbitamente produciendo en su fuga un espantoso estruendo, y dejando, en pos de sí, tupido y hórrido manto de tinieblas.

El desdichado Melitón—por aquel fragoroso trueno sacudido—ya no oyó ni vió más...

Sintió, sí, que entre furiosos tembleteos, como de formidable terremoto, hallaban la muerte sus oídos, y que sus ojos, por negra murella circundados, en lóbrego aislamiento se sumían, y separados se quedaban de la luz y de la vida.

VI

¡FELIZ MUERTE!

Paréceme fuera, ¡oh, ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso.

(*Santa Teresa—Su vida, 5.*)

CUANDO las aves, ya despiertas, saludaban la luz del nuevo día, y sonriendo el sol comenzaba á despuntar por el oriente, salió Melitón de su letargo.

Sentado hallóse en el mismo sitio en que la tarde anterior quedó como arrobado, no siendo para descrito el singular asombro, que embargó su alma y sus sentidos, al observar que, junto á él, permanecían silenciosas las tres bellas damas *Verdad, Razón y Fe*.

La primera en hablar fue la halagadora *Fe*:
—¡Hora es ya de despertar!—dijo la hermosa joven, con aquel timbre de voz, seductor y blando, siempre con notas de amor henchido, y el cual, tanto y tan hondamente, enloquecía al arrogante náufrago.

Pero, á la par que tú despiertas—añadió—despiértese la voluntad contigo, á fin de que, dando de lado á la esteril queja, desaparezca de tu alma la negra é impía duda, como ha desaparecido la negrura de la pasada noche, al despertar el alba del presente día.

—¡Esas palabras!... ¡Esos consejos!... Sí; yo las oí, y yo su influencia sentí esta misma noche estando dormido!—susurraba Melitón, revolviendo su voz dentro del pecho como las palomas arrulladoras cuando gimen y cuando aman.

—¡Hora es ya de despertar!—agregó *Razón*—¡Vuela resuelto á la común batalla, que nosotras tres te ayudaremos á triunfar!... ¡Si hasta aquí fuiste pequeño, debil y humoso como las ruines pajas, sé desde ahora, durísimo peñasco, incrustado de oro, y, una vez siquiera, grande con la grandeza del intento!

—¡Todo eso!... ¡Sí todo eso!... os lo juro á fuer de caballero!... ¡Todo eso mismo me lo han dicho, en ese corto ó largo tiempo, que vosotras habeis llamado sueño!...

¡Yo no acierto á comprender lo que me pasas!... ¡No sé si estoy despierto... ó si todavía estoy dormido!...

*
* *

—Sí, Melitón, estás despierto—afirmó *Verdad*.

Al comenzar á hablarte ayer de nuestra abuela, como si de repente el mudo esposo de la noche tendido hubiera sobre tí su vaporoso

manto, caíste, de improviso, desmayado en profundo y al parecer regalado sueño.

Bien debió tratarte el dulce compañero del sosiego, porque tranquilo reposaste muchas horas, sin que tu seno se agitara lo más mínimo, y sin que el más leve suspiro saliera de tu pecho.

—Puede que sí... pero, en cuanto ahora, mucho más turbado y vacilante está mi ánimo que la inquieta aguja de marear y que el alborotado y vivo azogue.

—Nosotras tres velándote estuvimos cuidadosamente: no queríamos que al despertar te hallaras en este sitio solo, y que de nuestro celo y lealtad desconfiaras.

—Muy mucho os lo agradezco, y mil veces perdón os pido por la molestia que á mi pesar hube de causaros... No dependió de mí como vosotras bien sabeis; un poder superior é irresistible fue, indudablemente, el que rindió á mi espíritu.

Hablé con vuestra abuela—claro que según vosotras afirmáis dormido debió ser—pero, aún siendo entre sueños, lo cierto es que ella supo mostrarme, todos juntos, los míseros ensueños de la vida, con aquella claridad con que (1) *el sol hace que todas las cosas visibles se junten y se aprieten, y que las esparcidas se reunan y se agrupen.*

No hay para qué decir lo que soñé; pero sí os aseguro, que fue mucho y provechoso lo que en aquel sueño aprendí.

—Ella te habrá confirmado—advirtió Ra-

(1) San Francisco de Sales.

zón—lo que te hubimos prometido: que era alcanzarte, si tu quieres, la paz de la conciencia, y, con esa paz, la mayor dicha de que es posible gozar en esta vida.

—Me ha dicho todavía más: me ha dado la seguridad completa de que vosotras me alcanzaríais también una buena muerte.

Yo, á mi vez, os juro que—después de lo que al oírlo he aprendido—esa es ya mi única aspiración, puesto que, según también ella me dijo, hay dos maneras de morir: ó sea dos solas puertas para salir de la penosa cárcel de la vida.

—Es muy cierto, Melitón—aseveró *Verdad*—hay dos clases de muerte.

Una es la muerte de los justos, ó católicos prácticos; y otra es la muerte de los sectarios y pecadores.

—No me las describió.

—Lo haré yo: pero antes quiero narrarte un hecho histórico.

*
* *

—Estando, próxima á morir la madre de Melanchton, famoso discípulo de Lutero, llamó á su hijo, quien habíala obligado á renegar de la Iglesia Católica, y le dijo estas palabras:

Voy á comparecer ante Dios; aconséjame honradamente, como madre tuya que soy: ¿en qué fe debo morir?

El furibundo protestante Melanchton, después de mantener tremenda lucha entre el amor de hijo y el orgullo de sectario, se lió la manta á la cabeza—como suele decirse en tu

país —y la contestó poniendo la mano diestra sobre el pecho:

Madre: la doctrina protestante es más fácil, pero yo te aseguro, á fuer de buen hijo tuyo, que la católica es más segura.

—¿Sabes tú, Melitón, por qué?—suspiró con su habitual unción la piadosa *Fe*.—Pues porque en la hora suprema de la muerte; cuando ya se ha perdido la esperanza de todas las cosas de la tierra, se ve, con meridiana claridad, lo vanas que tales cosas son, y lo poco que ellas valen.

En aquella hora solemne y misteriosa—de la que en vano se buscan alas para huir—hasta los espíritus más rebeldes, que se negaron á penetrar las verdades salvadoras que nosotras—fieles amigas—les mostramos, las ven, mal que les pese, ó, mal que les pese las presienten en toda su magnificencia y esplendor.

¡Ay de ellos entonces!... ¡Mueren desesperados!... ¡Y si Dios, misericordioso, no les tiende su generosa mano,—¡qué horror!... ¡qué horror!... Mueren para *in aeternum* condenados...

Oye á Teresa de Jesús, en su *Camino de perfección*:

¿Que será luego de su pobre alma si, acabado de salir de los dolores y trabajos de la muerte, caen en manos del demonio?... ¡Qué mal descanso les viene para el alma!... ¡Que despedazada irá ésta al infierno! ¡Que temeroso lugar! ¡Que desventurado hospedaje!... Si para una noche de una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son las que más deben de ir al infierno), pues en posada así y para siempre sin

fin, ¿que pensáis que sentirá aquella triste alma?...

*
* *

—Sí, amigo Melitón, te lo repito—insistió *Verdad*.—Hay dos clases de muerte: la del justo, y la del prevaricador no arrepentido.

La del justo es muerte tranquilamente esperada, porque se confía hallar, tras de ella, un cielo esplendoroso de divina hermosura y de eterna felicidad.

Muerte á la que viene preparándose con tiempo el sensato mortal, comprándola, plácida y paulatinamente, con la legítima moneda de amar y de servir á Dios, y de alabar y bendecir todas sus cosas.

—Me lo aseguró el Verbo de Dios—añadió la hermosa *Fe*—cuando bajando del cielo, para redimiros, se manifestó en la tierra diciendo: (1) *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.*

—¡Ah!... ¡Si se fijara bien el hombre—testimonió á su vez *Razón*—cuán fácilmente, y sin engaño ninguno para él, se compra esa esperada y venturosa muerte!...

El vendedor de ella, que es Cristo Nuestro Redentor, no bien advierte que el mortal la desea de verdad, se apresura á facilitar al comprador, sin que éste tenga que poner por su parte más que una buena voluntad, los medios y materiales necesarios para fabricarse

(1) San Juan, II.

fácilmente, y por sí mismo, esa valiosa y legítima moneda.

¡Qué negocio!... ¡Qué magnífica operación es la que el mortal hace!...

¡Adquirir así una muerte que, lejos de ser amarga como lo son todas las demás miserias de la vida, resulta (aún siendo como es la miseria mayor) la más extremadamente dulce, hasta para el paladar de los sentidos; y que, por ende, saca al alma de la sujeción y servidumbre del destierro, y se la lleva á la ansiada y venturosa patria de eterna libertad!

¿Qué haciendas?... ¿Qué tesoros?... ¿Qué honores?... ¿Qué placeres hay en el mundo, que no se dejen gustosamente á cambio de adquirir esa moneda?

—Persuasiva estás, simpática *Razón*—contestó el náufrago—y no muestra ciertamente estar muy cuerdo, ni tampoco á sí mismo amarse mucho, quien no procura adquirir á todo trance esa moneda. ¿No te parece así, encantadora *Fe*?

—A contestarte va por mí Santa Teresa—respondió la aludida—y por cierto en el mismo libro antes citado, *Camino de perfección*:

No queramos eso que llama el mundo regalos. Alabemos á Dios, esforcémonos á hacer penitencia en esta vida... ¡Qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha... No verá en sí temor, sino todo paz...



—La otra muerte, la del réprobo—continuó

Verdad—sobre ser muy amarga é inquieta mientras chiticallando va viniendo, es aún mucho más amarga, y en extremo violenta, en el momento de llegar, y lo más horrendo, es que casi siempre sorprende cuando más confiado se está, y cuando menos se la espera.

Como los oídos del mortal nunca oír quieren los silenciosos y monótonos pasos de la andarina parca, y es, por ende, tan impenetrable la informe niebla de que ella se rodea, generalmente el réprobo no ve su hórrida faz; sino hasta que la tiene ya muy cerca, y, de ordinario, cuando más entretenido se halla negociando con su pérfido amigo, el mentiroso diablo, siempre traficante de mala fe.

Traficante ribaldo, que no se satisface sólo con engañar á quien con él contrata, acrecentándole mañosamente—con capa de amigo cariñoso y complaciente—las naturales penalidades de la vida mortal, sino que, á la postre, en lugar de sacarle de la cárcel del destierro, le abisma en otra prisión sin fin, y muchísimo más horrenda y trabajosa, *pues así paga el diablo á quien mejor le sirve.*

—Ya me lo predijo á mí—confirmó *Fe*—nuestro adorable Salvador, el Verbo Encarnado, al revelarme confidencialmente—como un amigo á su amigo—los secretos de los juicios de su Padre: *Quien ama desordenadamente la vida del tiempo, perderá la vida eterna...*

Esa vida eterna en la que—según afirma la Santa en la Morada VI—*todo lo del mundo es asco y basura comparado á los tesoros que en ella se han de gozar sin fin. Y en la que ni aún estos tesoros son nada en comparación de tener*

por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

—¡Muy bien, niña!... ¡Muy bien!—exclamó aplaudiendo *Razón*—. Dignamente muestras, en cuanto hablas, la muy elevada alcurnia de tu origen.

*
* *

—¡Muy bien!... No lo niego—replicó Melitón—pero... ¿no os parece dura y excesiva la pena de morir después de la venida al mundo de Cristo Redentor, toda vez que con su pasión y muerte redimió al hombre de la culpa de origen, causadora de esa tan dura y excesiva pena?... Permitidme una objeción:

Yo no sé si á vuestros ojos resultaré imprudente, traspasando acaso la raya reverencial, que imponerme debiera la indulgencia con que generosamente me tratais.

Pero son tan impacientes mis errores y tan parideras de otras dudas son mis dudas, que no se cansan de demandar auxilio á vuestra bondad inagotable, la cual cariñosa—mis yerros no mirando—sufre pacientemente mis impertinencias, deshace con amor mis ignorancias, y, benévola sin igual, mis extravíos no consiente.

Perdonad, pues, la confianza y el rastrero caminar mío, ellos son los que, escítanme imperiosos, á haceros todavía tres preguntas.

—Hazlas sin temor—ordenó *Verdad*.

—¿Por qué los limpios de la culpa original—preguntó Sauro—quienes merced á las aguas bautismales fueron reintegrados al pri-

mitivo estado de inocencia, no habrían de ser relevados del castigo de morir?

¿Y por qué han de morir los santos, ejemplo vivo de los demás, cuando, por sus virtudes y propios méritos, valen hoy más que ayer valieron Adán y Eva, puesto que Adán y Eva trasgredieron la Ley y los santos no?

Si nadie está exento de la pena de morir, ¿por qué son para unos cortos los caminos de la muerte, y largos para otros? ¿Quiénes son, por tanto, los más favorecidos, los que mueren jóvenes ó los que ancianos mueren?

* * *

—Sin perjuicio—doctrinó *Verdad*—de que cada una de nosotras conteste separadamente, y por su orden, á cada una de tus tres preguntas, quiero que entiendas antes que la pena de morir temporalmente el cuerpo no la considera el alma cristiana como castigo, ni menos como castigo excesivo y duro.

Más bien la estima conveniente, y muy necesaria para el cuerpo y para el alma, por ser la muerte el primer paso hacia la felicidad completa de ambos.

Ahora el alma inmortal está detenida y encerrada en un vestido corpóreo y mortal, que le presta á precario la natura para que sienta materialmente los dolores, los trabajos, las enfermedades, las mermas y girones mezclados con los goces, deleites y crecimientos perecederos que, como la misma vestidura, no son ni pueden ser estables.

Y si en todos los dolores del cuerpo toma el

alma parte ¿qué extraño es que ella no estime como castigo, sino que lo juzgue premio, verse libre de la cárcel del tiempo, para ir á gozar, cuanto antes, de la que es mejor y más apropiada patria para ella, y en cuya patria esperará tranquila la resurrección de aquel mismo cuerpo, compañero de pesares, pero ya para siempre invariable é impasible y por siempre joven, ó sea en estado eterno y glorioso, para la total felicidad de entrambos?

He concluido lo que podríamos llamar proemio de la cuestión: ahora tú, *Razón*, contesta á su primer pregunta.

* * *

—Comprende, Melitón—dijo la aludida—que dado el cariño, que por naturaleza tienen los padres á los hijos, más los bautizarían por el interés visible de librarles de la muerte, que por la obligación, en que están, de disponerlos á recibir el galardón y premio, que ellos mismos pudieran alcanzar por sus propios y personales méritos.

Afirma el gran doctor de la Iglesia, San Agustín, que si al acto de quitar por el bautismo la mancha del pecado original siguiese la inmortalidad del cuerpo, perecería la fe, y la fe—dice el Apóstol de las gentes—no es de las cosas actuales, sino de las que se esperan.

Además ten presente que la sentencia no se ejecutó en Adán y Eva por lo que eran al crearlos, sino por lo que dejaron de ser, tan luego como los mancilló el pecado.

Los descendientes, pues, de Adán y Eva,

no sois condenados á la pena de muerte corporal por los pecados que cometais después de nacidos, sino que esa pena os viene impuesta por la naturaleza inficionada, que traeis de origen.

Dios no se hizo hombre y vino al mundo para cambiar la Ley general: vino á cumplirla, y á dar facilidades á todos los hombres para que éstos, á su vez, la cumplan también, si es que quieren gozar de venturosa muerte.

Su pasión y muerte, al redimiros de la esclavitud en que naceis, os abrió el camino, y os entregó los medios de que sobrepujeis esa muerte hereditaria, haciéndoos así aprender á no tener miedo á lo que mata el cuerpo y no puede matar el alma sino á lo que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno (1).

—Has contestado—y en declararlo así me complazco—clara y compendiosamente á mi pregunta. Pasemos, pues, á la segunda cuestión propuesta.

—A esa cuestión responderé yo—dijo *Verdad*—y dejaremos la solución de la tercera para mi muy amada hija *Fe*.

*
* *

—¿Que por qué han de morir los justos y los santos?—continuó *Verdad*.

Pues porque son hijos de Adán como los demás hombres, y, como todos ellos, herederos de su viciada naturaleza.

Cierto es que por sus virtudes propias, y

(1) S. Mateo, 10, 18.

que acogiendo, agradecidos, los efluvios de la Divina Gracia, realzan y perfeccionan la común natura en que ellos nacen; y que además dan con ello satisfacción á Jesucristo por los pecadores ingratos, que hacen inútiles para sí mismos los frutos de la Redención.

Cierto también que ellos son ejemplo vivo de los hombres; pero no es menos cierto, igualmente, que los dones sobrenaturales con que, en los justos y en los santos esa común natura se ennoblece, actúan sobre una naturaleza humana, la cual, por ser humana, va acompañada de las miserias humanas, y, por consiguiente, nace condenada á muerte.

Además ¿puede asegurar algún viviente, cuándo, en dónde, y sobre todo, de qué modo morirá?

Más de 2.600 años hace, y ya Solón, uno de los siete sabios de Atenas, decía: *á ninguno, en tanto que viviere, tengámosle por feliz ni por santo, mientras viva puede mudar de costumbres; y ni aun el postrero día está seguro de ser justo ó no.*

Pues por eso mismo: porque nadie sabe como al fin ha de morir, la Suma Sabiduría, la Justicia Eterna, para sus altos é inescrutables fines, ha dispuesto que ningún nacido de mujer sea excusado de la pena de morir.

¿Quién puede quejarse de esa pena ni pretender atesorar méritos suficientes para ser exento de ella, por bueno y santo que sea, cuando considera que el Dios-Hombre, por haber sido nacido de mujer, quiso sufrir la pena de morir?...

¿Y qué hombre puede compararse á Cris-

to, el más santo y justo de los hombres, y qué mujer á María *la bendita entre todas las mujeres, y la única* que mereció la excepcional y pasmosa dignidad de ser madre de *Aquel* de quien ella misma era hija?...

—Asaz lo bastante es, no cabe duda, la irrefutable consideración, con que, en forma de pregunta, saldaste sabiamente esta cuestión.

Ahora solo réstame oír á la atrayente y encantadora *Fe*.

—Sé breve, hija mía, que el luminar del cielo se va acostando envuelto por nubes caliginosas, que el viento comienza á hinchar de lóbreguez y fuego, y es de temer las deshará, muy pronto, en pavorosa y próxima tormenta.

* * *

—Que el camino que va á la muerte—comenzó *Fe*—es desigual, por ser corto para unos y largo para otros; y que á quién puede reputarse como más dichoso, si al que por ir de prisa pierde la vida de joven, ó si al que por ir despacio anciano muere.

¿No fueron esas tus dudas últimas?

—Sí, *Fe*: esas mis dudas fueron.

—Pues bien: antes de decirte mi opinión, un consejo quiero que oigas de la esposa mística de Cristo:

(1) *En los misterios del Señor dejemos de buscar razones: ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es todopoderoso el que lo hace; y pues no somos ninguna parte, por dili-*

(1) Santa Teresa, —Morada V, 1.

gencias que hagamos, para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queremos ser para entenderlo... (1) Siempre quiere el Señor que veamos que es Su Majestad el que hace lo que nos conviene.

—Eso es como decirme que no estás dispuesta á contestarme.

—Pero sí á darte mi opinión, como ha poco te prometí: escúchala, pues, atentamente.

—¡Sí que lo haré!... y con singular placer por cierto.

*
* *

—Vivir—comenzó *Fe*—es caminar hacia la muerte.

No anda más de prisa ese camino el que vive poco, ni lo anda más despacio el que mucho vive; ni tampoco quejarse pueden, con justicia, ni el uno ni el otro, porque iguales los pasos son de cada uno de ellos, é iguales los días, las noches, las horas y minutos que pasan para todos.

Lo que hay, Melitón, es que el que muere anciano, marcha más tiempo por el áspero sendero de la vida, y, como quiera que al nacer la muerte le acompaña, lleva más tiempo sobre sí la pavorosa amenaza de morir.

—Luego el más favorecido es el que muere joven, toda vez que suelta más pronto la penosa carga de la amenaza de la muerte... ¿No es así?

—Tú lo dices: yo no, aunque bien pudiera

(1) La misma. Camino de Perfección, 6.

ser cierto. Mas si has de ser consecuente con tus dichos anteriores, no debes olvidar lo que afirmaste el primer día que nos vimos.

—No recuerdo.

—Apoyabas tus impacencias en que, A VECES, duele menos recibir el golpe que se espera que estarlo esperando de continuo.

—Tanto más en favor de mi creencia.

—No así: porque á veces no es siempre, como la parte no es el todo.

—Pero es que, fuera de eso, yo sé por experiencia propia—encantadora niña—y he deducido, además, de lo mucho que tu abuela *Experiencia* me enseñó entre sueños, que en la antipática vejez crecen profusamente las molestias propias, y se multiplican no poco las ajenas.

Que en ella se aumentan las enfermedades y dolores; y que se quita el sueño; y se pierden la vista y el oído y el entendimiento y la memoria; y lo que es más duro, se agotan las fuerzas para regirse y mantenerse uno por sí mismo...

*
* *

—¡Ah ingrata es, no lo dudes!... ¡Muy ingrata la pícara vejez!...—prosiguió tristemente Melitón.

Ella sólo deja viva en el anciano—para que su mortificación sea cada día mayor—la insupportable y pavorosa idea de ver tan cerca de sí la muerte, como alejada se encuentra la ilusión de poder gozar, en lo sucesivo, de los pocos ó muchos encantos de la vida.

—Bien has pintado la vejez—replicó la bella *Fe*—mas, repito, que con ello no has hecho otra cosa sino ratificar y aumentar lo que ya dijistes, y seguir contestándote á tí mismo; pero, como hasta aquí, únicamente en parte.

Y si no respóndeme á esta pregunta: ¿Cómo se explica el gran misterio de que, cuanto más tiempo viven los ancianos, más tiempo quieren vivir y, á la vez, que ansíen tanto los jóvenes el triste privilegio de prolongar la vida, no obstante ver cómo los viejos viven casi muertos, y cuán molesta su compañía es á todos los que les rodean?...

—¡Es verdad! ¡Incomprensible y triste verdad! ¡Bien haces en llamar gran misterio, porque misterio grande es!

Luego es imposible definir quién puede reputarse como más dichoso, si el que muere joven ó el que anciano y casi por consunción, fallece.

—No es imposible, Melitón; es hasta si se atiende á lo que San Pablo dice: *Jesucristo es á mi vivir, y gran ganancia es morir en él.*

—Esplicáte con claridad mayor, porque yo entiendo que es terrible el pronto morir, pero que puede ser peligroso y quizás más terrible mucho tiempo vivir.

—Así es también, y por lo mismo fijemos bien la cuestión.

Las diversas horas en que el *Padre de familias* llamó á los obreros, para que todos juntos trabajaran en su viña, muy bien las edades de la vida pueden ser; y á quien quejóse, por haber ido más pronto que otro á trabajar, el dueño de la viña contestó:

(1) *Toma lo que es tuyo y vete, pues yo quiero dar al postrero tanto como á ti. — ¿No me es lícito hacer lo que quiera?... ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno?— Entiende que son muchos los llamados, mas pocos los escogidos.*

* * *

—Esto comentando—añadió *Fe*—el gran doctor de la Iglesia San Agustín nos dice:

La justicia es obra de Dios, y de ningún modo puede tener nadie la osadía de discutir el tiempo y la hora en que El quiere llamarnos.

—¡Muy mucho me consuelas con todo cuanto tú, tan divinamente hablas, atrayente *Fe*!...

—Y yo á mi vez me complazco en ello; por lo tanto ruégote que con el Apóstol de las gentes digas: el más dichoso de los que mueren es el que vive en Cristo de tal modo, que en la hora solemne de la muerte tenga, en vez de motivos por qué temer, motivos de alegrarse en Jesucristo.

Vivir en Cristo, lo mismo de joven que de anciano, ó sea en todas las edades, bien sabes tú que puede hacerse.

En consecuencia: que los más favorecidos de entre los muertos—tengan la edad que quiera—serán siempre los que vivieron cristianamente preparados para recibir la muerte cuando el Justiciero Señor de vidas y muertes se la envíe.

—¡Basta!... ¡Basta!...—gritó con voz de trueno Melitón.

(1) S. Mateo. 20. ver. 14, 15 y 16.

¡Basta!... ¡Basta!... ¡Mañana!... ¡Mañana mismo venís las tres conmigo á Sabariol!...



De pronto, del pavoroso manto de tinieblas que entoldaba el horizonte, salió una centella asoladora que, describiendo flamígero sendero, desapareció brillante entre las rocas.

Las aves huyeron confusas y amedrentadas... Reventó el aquilón en horrenda catarrata... Prodújose un espantoso trueno que hizo titubear la casa y temblar la tierra, y que, según iba rodando tonante por las negras nubes, parecía tabletear con ruido estridente y cavernoso estas palabras:

¡Mañana!... ¡Mañana!... ¡Mañana!...

EPÍLOGO

Mira, mi Señor, mis deseos y las lágrimas con que os lo suplico... habed lástima de tantas almas como se pierden y favoreced vuestra Iglesia. No permitais ya más daños en la cristiandad. Dad luz á estas tinieblas.

(Santa Teresa.
Camino de perfección, 4).

PASADO habían veintidós años desde el naufragio del vapor inglés *Theft*, cuando un acreditado rotativo de Sabario publicó, bajo el titular de *Curioso Testamento*, un sensacional artículo que encabezaba con los dos versos siguientes, del inspirado trovador (1) del Sena:

*Le livre de la vie est le livre suprême
qu'on ne peut ni fermer ni rouvrir à son choix...*

Comenzaba el artículo glosando sentida y brillante oración fúnebre, dedicada al muy popular, humilde y virtuoso lego, fray Sinesio del Pilar, quien la noche anterior—estenuado por extremas vigiliass y por penosos trabajos corporales—había fallecido á la edad de se-

(1) Lamartine.

senta y seis años, en estrecha y pobrísima celda del convento de Padres Franciscanos.

Tan grandes eran la caridad y la dulzura que este lego tenía con los pobres, que iban á mendigar el pan de San Antonio, y tales los consuelos y consejos, que con profusión tributaba á los apenados y desvalidos, que tanto los pobres como los apenados y desvalidos acostumbráronse á llamarle por antonomasia el *Santo*.

La vastísima cultura, la exquisitez de su lenguaje, y el delicado trato de aquel esqueleto humano, que hallábase mal cubierto de burdo y remendado sayo, y humildemente sirviendo años y años los más penosos oficios conventuales, pasmaban y enloquecían á cuantas gentes frecuentaban el convento.

Hasta los mismos religiosos no cesaban de proclamar su incomparable mansedumbre; su ejemplar y ferviente fe; su exactísimo cumplimiento en todos los quehaceres de la congregación, por variados y múltiples que fueran; y, en fin, sus ásperas y continuas penitencias, sin cesar ni un día, durante los dos lustros escasos que al servicio de la Comunidad llevaba.

El articulista, por último, después de seguir enumerando, unas tras otras, las excepcionales virtudes de este lego, transcribía literalmente las que él juzgaba más salientes frases del extraño documento, que intitulaba, como digimos antes, *Curioso testamento*.

Estas frases eran las siguientes:

*
* *

«Vuestra reverencia recordará, Padre Guar-

dián, el miserable estado en que, roto y hambriento, llegué á esta santa casa mendigando, por amor de Dios, el pedazo más duro del pan de San Antonio que hubiera sobrado de lo repartido aquel día entre los pobres.

»Que una vez algo repuesto de mi desfallecimiento y mi cansancio, tuve la audacia... la audacia, si señor, de pedirle un rincón no más en su convento, ofreciéndome, en pago, á desempeñar los oficios más duros y penosos del último y más ruín de los sirvientes.

»También recordareis, amado Padre, que le advertí igualmente que, por mis muchos crímenes, sólo merecía ser tratado con el mayor desprecio ó, cuando menos, con el recelo y la compasión debidos á un sospechoso... más aún, á un vil vagabundo...

»Pero ¡bendito sea Dios!... vuestra Paternidad, apesar de haber sido mi confesión tan intempestiva y brusca, y de aparecer ante vuestra reverencia como un andrajoso, desconocido é indocumentado, levantó hacia mí sus bondadosos ojos, y, sin preguntarme ni mi nombre ni el lugar de dó venía, con espontánea generosidad me socorrió abriéndome de par en par sus brazos y su casa, como si de antiguo me conociera.

»¡Sublimes son, Padre Guardián, sublimes vuestras magnanimidad y delicadeza!... Nueve años y medio llevo en esta santa morada y nadie me ha hecho todavía esas preguntas.

»¡Cristo os lo pague!... Yo, desde entonces, se lo pido incesantemente, poniendo por mediadora á la que es *Madre de Gracia* y dispensadora de todas las mercedes.

»*Ella*, que es plácida y segura calma de los buenos, á quienes el mundo orgulloso apellida *fracasados*;

»*Ella*, que es puerto y refugio de los *contritos pecadores*, y su salvadora escala, pues les alarga la mano para que salgan de la culpa,...

»*Ella*, que es consuelo de *tristes* y égida de adoloridos, hizome dulces, y aún amables, las privaciones y trabajos, que me impuse voluntariamente durante veintiún años, en descargo de mis excesos criminosos y de mis pasados yerros.

»*María Santísima*, en fin, que es madre de los vivientes—y que conmigo fue tan buena madre, que no sólo me dió alientos para llevar resignado mis merecidas y retrasadas cruces, sino que, con su bendita Gracia, dióme á beber en ellas consolación y gozo—me hace confiar en el perdón ansiado de mis graves y cuantiosas culpas.



»¡Voy á morir!... ¡Ya mi cuerpo casi del todo destruído, y de tanto luchar cansado, presente el térmido de su azarosa vida!...

»Pero no temo á la muerte... Más bien hacia ella tiendo mis descarnados brazos desde aquel solemne instante, en que un plácido sueño me mostró las fehacientes realidades de la vida, y de la parca inexorable y pavorosa me descifró el enigma.

»Al observar que la fiel y callada sombra—nuestra incesante compañera desde el momento en que nacemos—comienza á desvanecerse

y á disiparse tiende, el alma remozada me aconseja, que ya que muera el cuerpo para el mundo, no muera para el mundo su secreto; por lo tanto, obedeciendo del alma los consejos, á revelaros su secreto voy.

*
* *

»Mis anhelos gentílicos y mi verdadero nombre—Melitón Sauro, marqués de las Trompeterías—eran sobradamente conocidos en la patria por el asídúo y eficaz trabajo que yo había empleado durante cuarenta años, en aumentar la densidad de la negra atmósfera, contraria á las verdades y costumbres cristianas, en la que la nación de Sabario se asfixiaba, para que yo tuviera el valor de descubrirme á nadie, y menos á vuestra Paternidad cuando llegué á esta casa.

»Temí que tampoco aquí se creyera en el vigor de la influencia avasalladora á que habíanme sometido razón y fe, y que, igualmente, no se confiara en el milagro de que mi duro corazón, por la lumbre de la verdad reblandecido, hubiérase vaciado, tan de repente y por entero, en los valiosos moldes del dogma cristiano y de la moral del Redentor.

»Es que durante doce años—que doce siglos más bien me parecieron—yo venía procurando restañar, sin poder lograrlo, la negra sangre de las muchas heridas, que, á las sociedades de mi tiempo, los sectarismos de mis pasados errores infirieron...

»Ni mi sinceridad; ni mi denuedo; ni mi celo; ni mis sacrificios; ni mi caritativa solici-

tud; ni mi firmeza de convicción y de sentimientos, han sido capaces—¡Dios no ha querido que yo fuera el instrumento de su Divina Providencia!—de llevar á la sociedad, corrompida en gran parte por mí, un rayo nuevo de luz... un solo hilo de esperanza, para evitar que pasaran del todo á la sombra de muerte—en que yo les hice caer, mintiéndoles que eso era progresar—los pueblos á los que yo prediqué, que desviándose de la civilización cristiana lograrían perfeccionarse, europeizarse y modernizarse.



»Cuando, después de la catástrofe de aquella horrible noche, desperté del deleitoso sueño, durante el cual naciéronle á mi espíritu alas de águila para que pudiera remontarse á las alturas—como al ruín gusano, en parasismo misterioso, le brotan alas de galana mariposa para libar las flores—yo, muy confiado y animoso, volví contento á Sabario, puesto que ya acompañado iba de las tres divinidades que tanto y tan bueno me enseñaron en la isla de *La verdad pura y desnuda*.

»Pero ¡ay!... ¡Ya era tarde!... ¡Con cuánto acierto auguróme la deidad *Razón* el gran crecimiento del mal, que en mi país encontraría, y lo muy pésimamente, que allí seríamos los cuatro recibidos!

»¿Cómo no, si en los pocos años de mi ausencia los acontecimientos habíanse sucedido, y precipitado vertiginosamente, al igual que, en mar tempestuoso tormentoso unas olas se

echan encima de otras, escupiendo á la sediente playa social los asqueantes sedimentos de los naufragios anteriores?...

»¡Corrientes alocadas, que sobrecogían al espíritu mejor templado!... ¡Sacudimientos convulsivos y luctuosos de cuerpos descompuestos, que lloran y ríen á la par que mueren!... ¡Una sociedad, en fin, regida totalmente por los cálculos del interés; y absorvida por el ánsia de riquezas; y humillada por la pobreza general; y aniquilada, en todas las esferas, por la corrupción y el vicio!... ¡Esto fue lo que hallé!...



»¡Terrible fatalidad pesaba sobre mis míseros paisanos!

»Todos, cual si comido hubieran en lúgubre banquete aquel lirio maldito de las leyendas orientales, que hacía olvidar la patria y las afecciones y deberes, ya sólo su atención ponían en los proclives é inmediatos egoismos.

»Ninguno paraba mientes á la hórrida tormenta que, fieramente enlazados, fraguaban los insolentes retos del aventurero, que escalaba, con las quejas ateas del ambicioso, que se hundía... Y el himno vocinglero de la vil adulación con el silbo venenoso del áspid de la calumnia... Y el ¡ay! amenazante del desesperado pordiosero con la risotada estúpida de las orgías y del vicio... Y el falso juramento con la artera injuria... Y, en fin, la pública impiedad con el arrebató y la blasfemia...

»Cegada mi patria por la mayor conformi-

dad, jamás oída, dentro de la discordia más grande, nunca vista, nadie allí se percataba de que un débil viente-cillo, era bastante para que se condensaran, rápidamente, aquellos vapores malhadados, y para que, aumentando su potencial eléctrico, produjeran la natural descarga, llamada á asolar la sociedad en sus ci-mientos, sin que teja quedara sobre teja...

*
*
*

» Aquellos inmundos cachorros del bolchevikismo y la anarquía que—como díjome *Razón*—yo mismo amamanté á mis pechos, presto se hicieron carniceros lobos, porque el hombre (muy cierto es) puede por sí solo despertar la fiera; pero, luego de despierta, solamente Dios es quien tiene poder para contener sus violencias y fierezas...

» Yo en mis discípulos sembré el gérmen del materialismo y de la indiferencia y ellos, maestros progresivos—más volterianos *espíritus fuertes* que yo, y con doble y refinada mala fe—ya se habían adueñado, por entero, de la ignorante plebe al grito inaudito y bárbaro extremo de que públicamente se escribía en letras de molde, y en papel de cien colores, y en millares de ejemplares, para que á todas manos llegaran—estas groseras y fatídicas palabras: *La religión es un obstáculo para vivir; la autoridad no nos deja vivir; la ley nos impide vivir; el capital nos priva de vivir; pues destruyamos esa CUATRILOGIA, y entonces viviremos... Esos cuatro enemigos los constituye la burguesía, que es la que se come los garbanzos: pues hagamos que á la burguesía se la indigesten los gar-*

banzos, para que por sí sola reviente; y nos evite á nosotros el trabajo de tener que reventarla.

»No exagero, Padre Guardián... ¡Yo con mis propios ojos leí aquellas bárbaras proclamas!...

»Cuando sinceramente, y escudado en mi personal y propia experiencia, me propuse hablarles—como leales ciudadanos—del respeto á la autoridad social y—como hombres racionales—de la inmortalidad del alma, y del orden sobrenatural, y de las divinas revelaciones y de la Justicia de Dios, y de los premios y castigos eternos, todos... ¡todos!...—con gestos de superhombria y de infalibilidad inapelable—me contestaban despectivamente, y en tono zumbón.

»—*¿Es eso, arcaico clerical, todo lo que aprendiste en tus viajes alrededor del mundo? ¿Pues qué, no nos enseñaste tú eso mismo, ó casi eso mismo?...*



»Nadie creyó ya en la sinceridad de mi arrepentimiento; ni en la lealtad de mis consejos; ni tampoco hubo alguno, que interpretara con justicia y con nobleza el generoso desprendimiento que, en comprobación de mis palabras, hice de mis cuantiosos bienes de fortuna, á favor de mis desagradecidos ciudadanos.

»Ya que diera la cara, ya que ocultase el nombre al gastar mis millones en obras de caridad y de beneficencia, para socorro del ingrato pueblo, sólo en ello veían maliciosamen-

te este dilema:—*ó es un fátuo, que va tras fines necios de vanidad mundana—ó es un hipócrita, que se esconde con propósitos bastardos, de los cuales es conveniente, y aún preciso recelar.*

»¡Nadie daba gracias á Dios!...

»¡Nadie era capaz de comprender lo que es una alma contrita y regenerada, devolviendo á la sociedad, antes por ella ofendida, sus nuevos pensares, y sentires y hasta su fama, su fortuna, y, si es preciso, su vida!...



»Muy pocos eran ya en Sabario, los creyentes!...

»Con especialidad los sabarianos, que mangoneaban y bullían en la sociedad activa, perdido habían, por completo, el hábito de mirar en alto y de pensar en hondo.

»Pretendiendo progresar y caminar hacia adelante, en vez de perfeccionarse espiritualmente, habíanse embastecido moral y socialmente, y, á pasos agigantados, marchaban hacia atrás.

»¡Hasta las águilas caudales tornado habíanse en mosquitos!... Estimando, cobardemente, que transigiendo y contemporizando con lo malo progresaban, retrocedían como los demás, y como los demás se suicidaban.

»En vez de seguir volando en dirección del fulgente luminar del cielo, bajaron ellas también á los sombríos mesones, tugurios y bodegas y...; pluegue á Dios, que no se quemem en la mal oliente y débil luz que exhalan esas

mugrientas torcidas de los herrumbrosos candiles de garabato!

*
* *

»Cuando ví desmoronada aquella torre, enseña de mis remordimientos redentores, la cual había edificado, confiada, mi cándida ilusión con ánimo rendido y contristado, buscar quise un refugio en donde llorar pudiera las perdidas esperanzas humanas, é implorar el salvador remedio, sólo posible á Dios...

»Mas, ¿dónde hallar seguro albergue, que no estuviera minado por la adulación y el vicio... y en el que no se sacaran á subasta la rectitud y la conciencia... ni se afrentara, por sistema y por costumbre, la dignidad del hombre (imagen de Dios)... ni se pisoteara, satánicamente, la ley del Creador... y, en fin, donde se oyera la voz del Infinito, y pudiera pedir-sele, arrepentido, salud para mi patria y misericordia para mí?...

»Encogida tenía el alma; pero, á la par, el corazón hondamente enamorado de María, Reina de Misericordia gritábame sin cesar: ¡anda! ¡busca! ¡ora esperanzado! porque *Ella* será el Sol de donde parta el rayo, que al fin, asolará los ídolos perversos de Sabario...

»¡Mira que Dios, permite que lo que Él en justicia no puede salvar, lo salve la Misericordia Infinita en María, y por María!...

*
* *

»¡Selo, pobre, destrozado, mendigante, olvi-

dado y casi viejo, así iba yo pensando sin rumbo ni norte fijos, cuando, sin darme cuenta de ello, en aqueste rincón dí!...

»¡En el entré esperanzado!...

»Durante nueve años, vuestra reverencia, Padre Alfonso de María, y este pobrecito lego, Sinesio del Pilar, hemos acudido, día y noche, á esa adorable Providencia de Dios, que, siempre de un modo singular, ha librado á nuestra católica patria, de los mayores cataclismos.

»¡Que Él salve á Sabariol!...

»¡Que Él haga—con su bendita Gracia—que vuelvan las águilas á ser águilas, y, pues rezan las Sagradas Letras: *que son bienaventurados aquellos, á quienes los ajenos peligros hacen sabios*, que no acaben nuestras águilas de olvidar del todó el consejo que Benhabati daba al rey don Pedro:

»*Guarda que tus pueblos no osen decir, que si osan decir, osarán facer; y en cuanto á que hoy, en día, osan decir y osarán hacer, testigos son Portugal, y Rusia, y Austria, y Alemania; y es más: que también principiado han ya en nuestro Sabario...*

»Por algo afirma la Santa española, en su Camino de Perfección (1): *No es bajando como se sube á la cumbre,—(Dios quiera que lo entiendan así los que aún gobiernan en Sabario)—sino considerando mucho lo que es y lo que no es... Que el bien cáese pronto, si con gran cuidado no se guarda; y el mal si una vez se comiente y se comienza es difícilísimo de quitarse...*

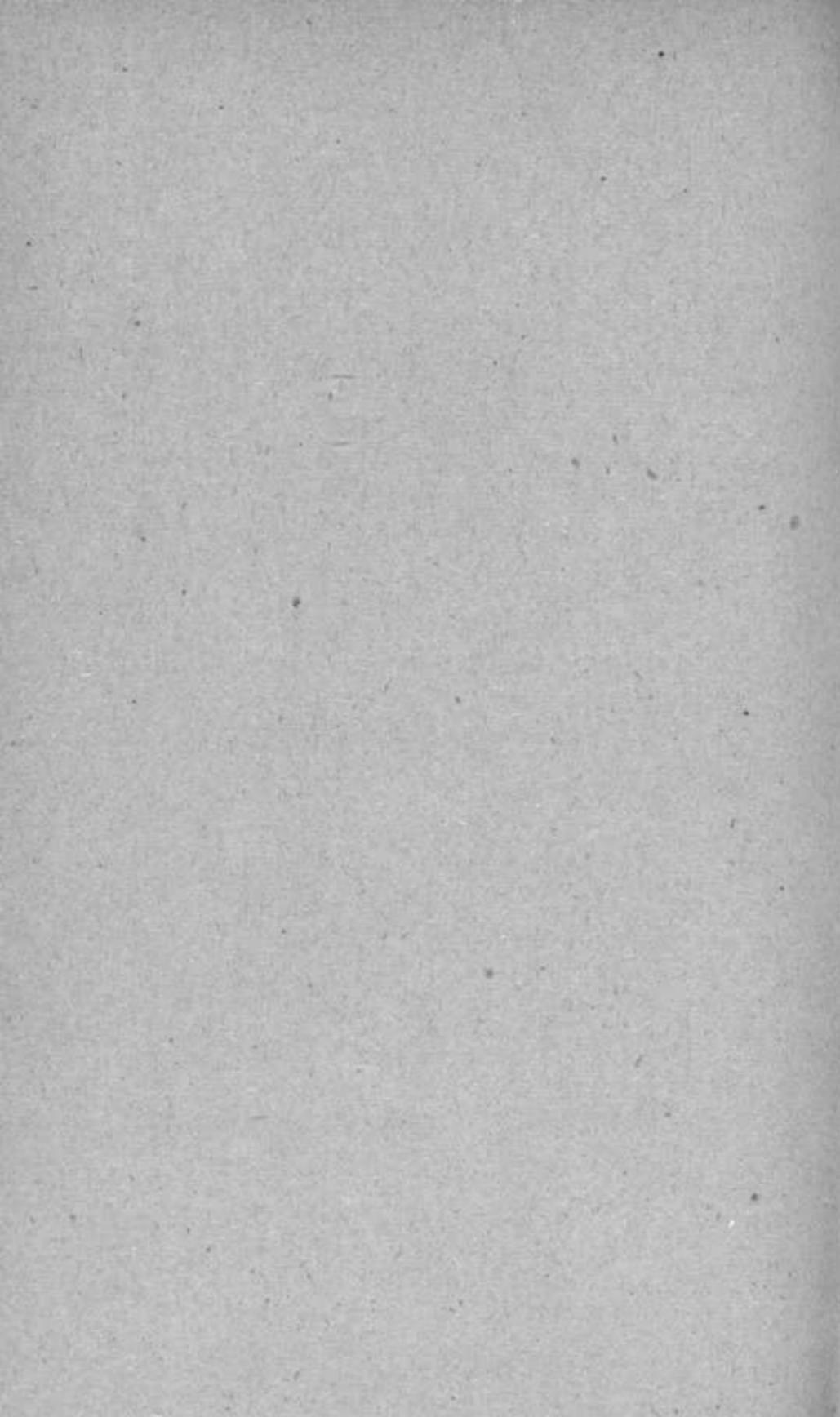
(1) Capítulos 8, 22 y 30.

Porque, á veces,—(y esto es lo que parece suceder ahora)—por pensar en lo que hace al caso para librarnos del peligro nos metemos más de bruces en él.

»He terminado, Padre Guardián, mi pobre escrito; réstame implorar humildemente de la Trinidad Santísima, que, por su infinita clemencia, alumbre los entendimientos sabarianos, y que á vuestra Reverencia y á la santa comunidad que rige, os dé cumplida Gracia para que, con igual grandeza de ánimo, sufráis las adversidades y las prosperidades del temporal borrascoso que corremos, y que después de la jornada, todos, y para siempre, de la gloria infinita disfrutemos». —(Firmado).

Melitón Sauro.

FIN DEL TOMO.



ÍNDICE

Capítulos

Páginas

| | | |
|--------------|--|-----|
| | Prólogo: por el Muy Ilustre señor D. Froilán Perrino. | VII |
| | Introducción. | XI |
| I. | El gran murciélago. | 1 |
| II. | La isla de The nacked truth | 5 |
| III. | El caries del progreso de Sabario | 31 |
| IV. | Fons amoris | 67 |
| V. | ¡Incompleta dicha!. | 105 |
| VI. | ¡Feliz muerte!. | 141 |
| | Epilogo. | 161 |

Patronato Social

de Buenas Lecturas

PATRONATO FUNDADOR

Excmo. Sr. Marqués de Comillas—Excmo Sr. Marqués de Cerralbo.—Excmo. Sr. D. Juan Vazquez de Mella.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes.

Excmo. Sr. Marqués de Camps.—Excmo. Sr. Conde de Bernar

Director: D. José Ignacio S. de Urbina.

FUNDADORES HONORARIOS

Sra. D.^a Amalia Aresti, Viuda de Basterra.

Sra. D.^a Angela Cologan de Estanga.

Sra. D.^a Angela Lund, Viuda de Zaforteza.

Sr. D. Antonio Elósegui.

Sr. D. Antonio Matute.

Sr. D. Antonio Pons Guerau.

Sra. D.^a Avelina Gibert, Viuda de Busanya.

Excmo. Sr. Barón de Quadras.

Sr. D. Benjamín Tena Colom.

Sra. D.^a Cándida Carbonell, Viuda de Merle.

Sr. D. Cecilio Granada de Pujadas.

Excmo. Sr. Conde de Aresti.

Excmo. Sr. Conde de Figols.

Excmo. Sr. Conde de Mieres.

Excmo. Sr. Conde de Güell y de San Pedro de Ruiseñada.

Sr. D. Constancio de Vildósol.

Sr. D. Cristóbal Jaraquemada.

Sra. D.^a Encarnación Herrero de la Riva.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo.

Sr. D.^a Eustoquia Pérez de Ciriza

Sr. D. Felipe de Oteiza.
Sr. D. Francisco Sanjuan Aguilera.
Sr. D. Gaspar Díaz.
Sr. D. Gumersindo de la Cuesta.
Excmo. Sr. D. Isidro Benito Lapeña.
Rvdo. Sr. D. J. Antonio de la Bárcena.
Sr. D. José Foradada Basteras.
Sr. D. José M.^a Miranda.
Sr. D. José M.^a Pobes.
Sr. D. José P. Arsuaga.
Excmo. Sr. D. José Tartiere La Negré.
Sr. D. Juan Aguiló.
Sr. D. Juan J. Epelde.
Sr. D. Juan Masferrer Rierola.
Sr. D. Juan Sánchez Matute.
Sr. D. Leocadio de Olavarria.
Sr. D. Lino de Santu.
Sr. D. Lope Olarte.
Sr. D. Luis Alesán Nogués.
Sr. D. Luis Aruej.
Sr. D. Luis de Olaso.
Sra. D.^a María del Pilar Latorre.
Sra. D.^a María Tomás, Viuda de Margenat.
Excma. Sra. Marquesa de Hoyos.
Excmo. Sr. Marqués de Donadío.
Sr. D. Manuel Barandiarán Olazarri.
Sr. D. Miguel Mendaza y Fernández de Viana.
Sr. D. Narciso Norés Salgado.
Sr. D. Nicolás Dehesa Moene.
Sr. D. Pablo Echeverría.
Sra. D.^a Rafaela Zorita Belloso.
Sr. D. Rafael Machuca Moreno.
Sra. D.^a Ramona Soler, Viuda de Minguell.
Excmo. Sr. D. Ramón de Ibarra.
M. I. Sr. D. Santiago Pastor Yust.
Sra. D.^a Socorro Sánchez, Viuda de García.
Sra. D.^a Teresa Mensa, Viuda de Riu.
Sr. D. Veremundo García Marien.
Srta. D.^a Victoria Aneiros Aneiros.

Srta. Santina Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sr. D. Narciso Nores Salgado, Marín (Pontevedra), un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.^{ta} María Teresa Ventoso, Icod (Canarias), un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, Icod (Canarias), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. José Tartiere, (Oviedo), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sres. Domecq, (Jerez de la Frontera), un premio de 500 pesetas anuales.

Sra. D.^{ta} Teresa Ballester, Viuda de Martí, (Barcelona), un premio temporal de 500 pesetas, en memoria de su esposo D. José M.^{te} Martí y Coll.

Sr. D. José M.^{te} de Saracho, (Bilbao), un premio temporal de 100 pesetas anuales.

Excmo. é Iltmo. Sr. D. Antolín López Peláez, Arzobispo de Tarragona, un premio temporal de 500 pesetas anuales.

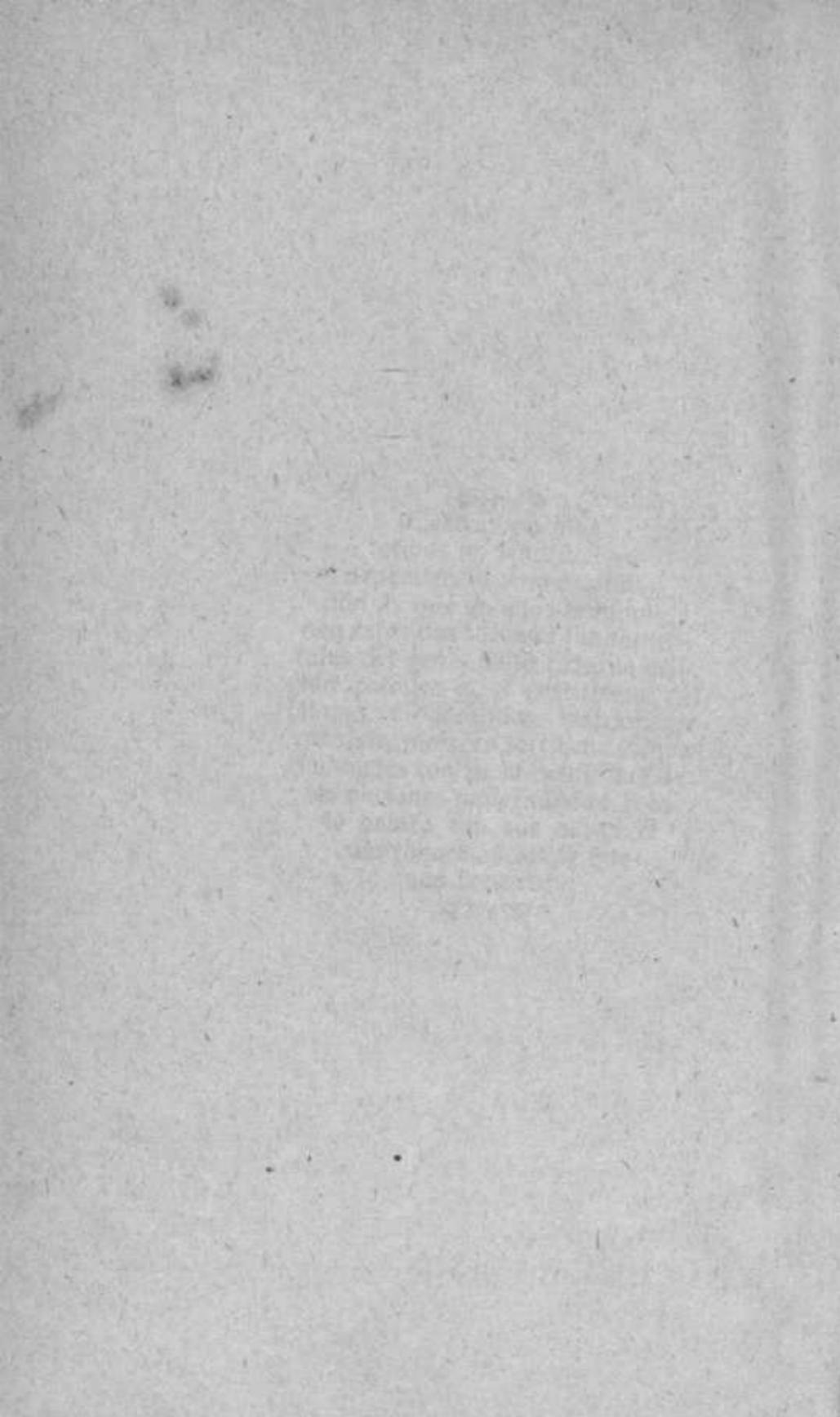
Srtas. María Benito Torres (Madrid), Teresa García Benito (Avila) y María Jiménez Benito (Avila) tres premios de 350 ptas., 300 ptas. y 350 ptas. respectivamente, en Memoria de su abuela difunta la Excma. Sra. Doña Teresa Domínguez de Benito.

Preciso es rendir á estos excelentes católicos, á estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo á Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.



Nuestros pueblos
latinos no tendrán in-
dependencia sino á condi-
ción de que en ellos predomi-
nen estos dos factores fundamen-
tales del genio de la raza: la reli-
gión católica y el casticismo del
idioma. El verdadero patriotismo
consiste, pues, en fortificar dichos
baluartes contra la hostilidad de
las naciones imperialistas. A es-
to aspira con sus obras el
«Patronato Social de Bue-
nas Lecturas».

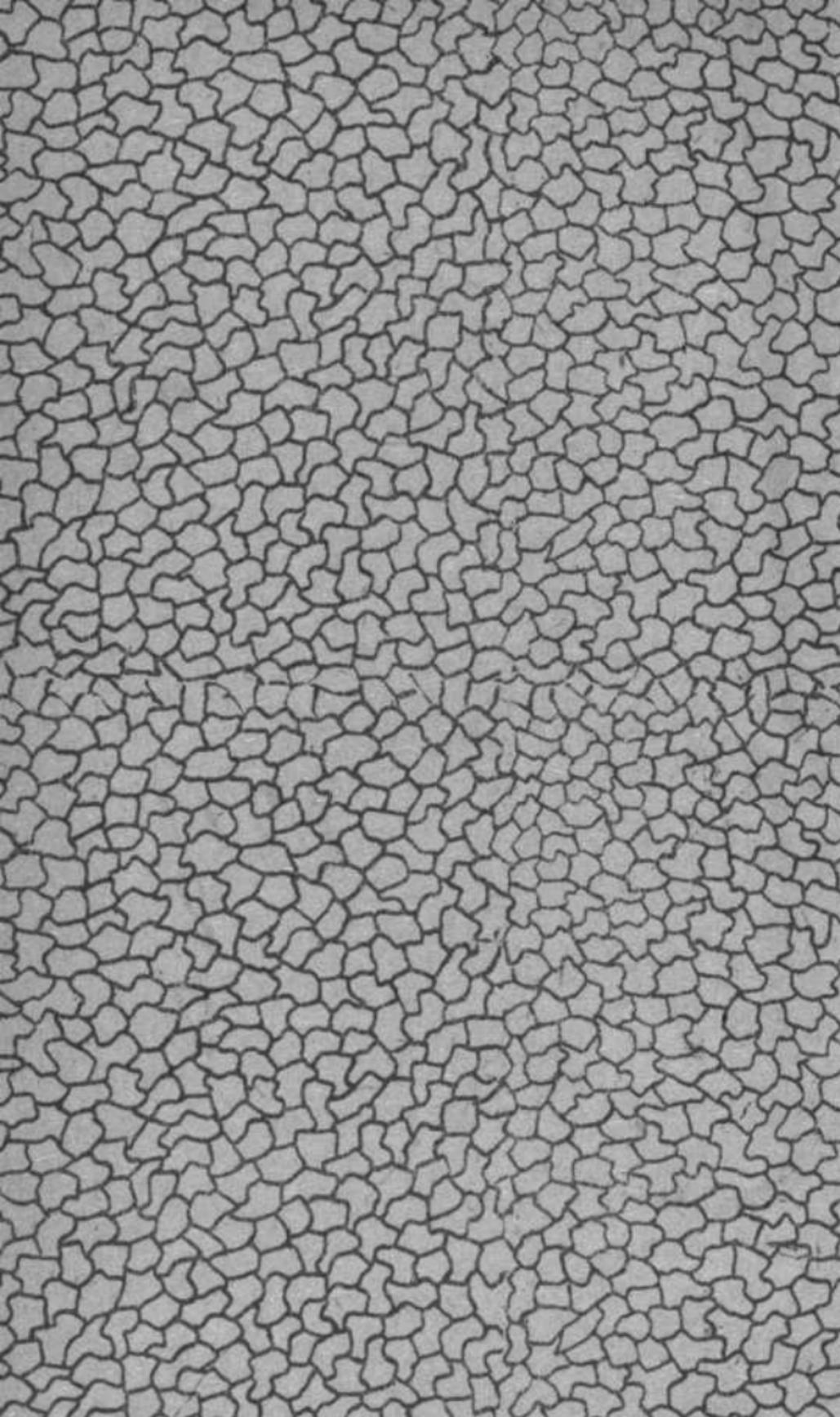


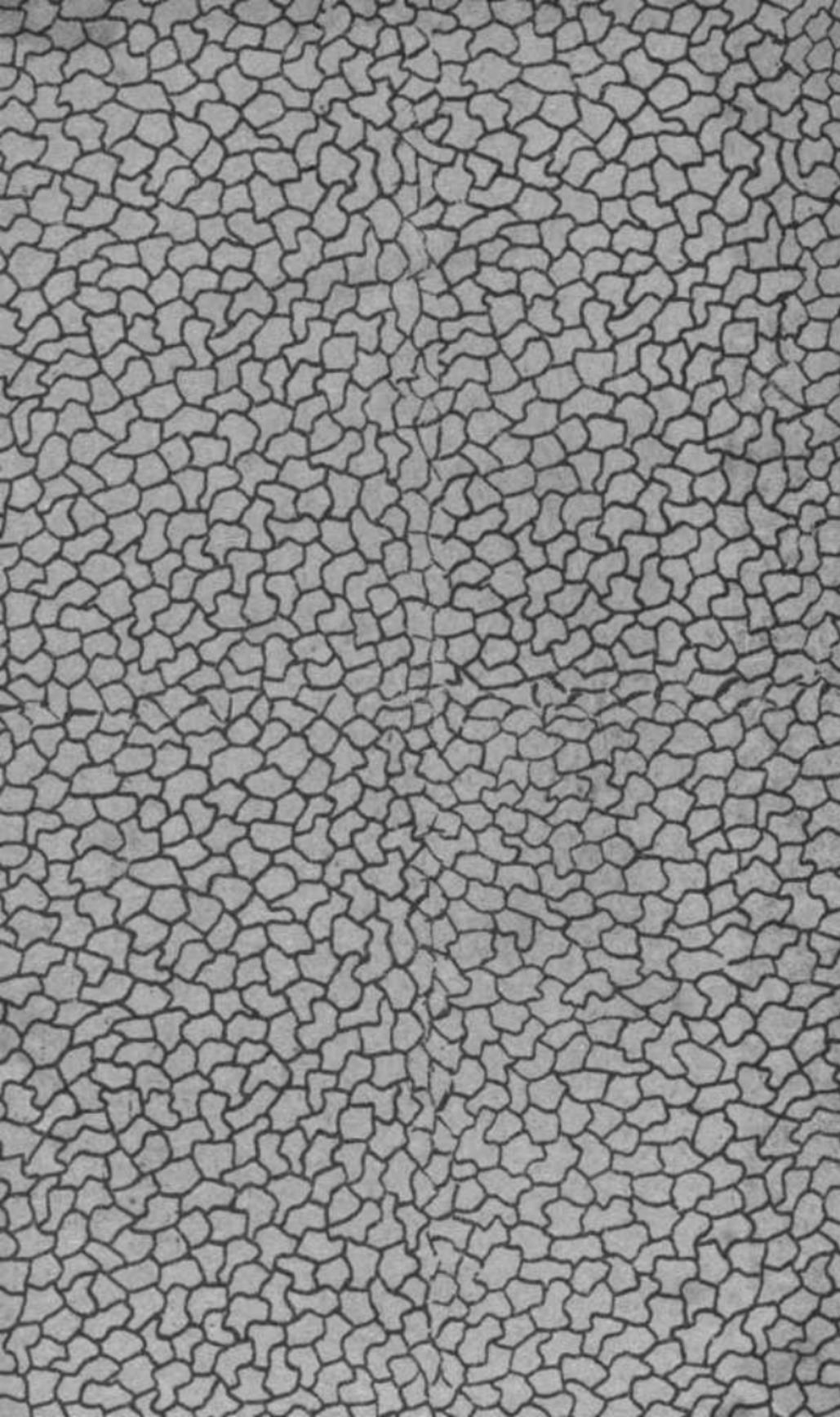


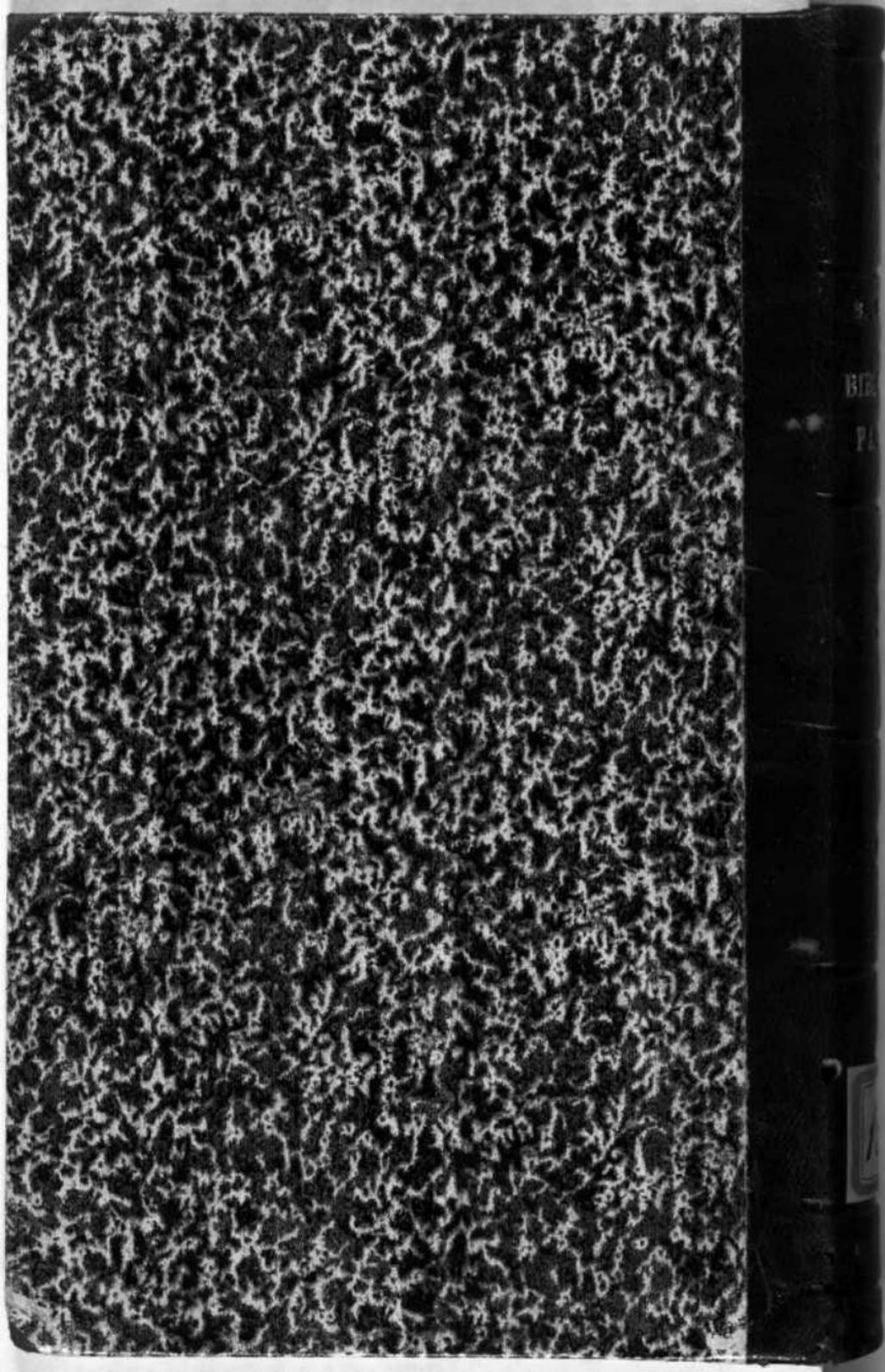
1311

8

7







A. LAPEÑA

BIBLIOTECA

PATRIA

1311.